

INTRODUCCION AL CUADERNO

La invitación que nos hace Jesús a lo largo de toda su existencia y más en particular en su misterio pascual, que acabamos de volver a celebrar litúrgicamente, es a luchar por la vida. "Vine para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10,10). "Si el grano de trigo muere produce fruto abundante" (Jn 12,14). Los seguidores de Jesús han continuado ese combate a lo largo de los siglos buscando cuáles son sus exigencias y los medios más adecuados para realizarlo.

En la actualidad uno de los ámbitos que requieren más ese esfuerzo constante y organizado es la familia. (Este "requerir Más" no significa postergar otros ámbitos, sino simplemente subrayar la importancia actual de la familia). Trabajo tanto al interior de la familia misma, como de proyección hacia toda la sociedad.

Como índice de esta necesidad y de la conciencia eclesial de ella tenemos los siguientes documentos. El Vaticano II le dedica un amplio capítulo de su constitución fundamental *Gaudium et Spes*. Igualmente los obispos latinoamericanos reunidos en Puebla en 1979 se detienen en este tema. Y a él fue consagrado el sínodo episcopal celebrado en Roma en sept-oct 1980. Y un año después Juan Pablo II publicó su exhortación apostólica *Familiaris Consortio*.

También en Christus hemos abordado este tema. A él dedicamos nuestro cuaderno de marzo de 1980. Entonces nos fijamos más en la relación entre la familia y el cambio social. Pensamos que esos artículos siguen conservando su validez. Desgraciadamente la situación de la mayoría pobre de nuestras familias ha empeorado aún más tanto en el campo como en la ciudad. Y en otro sentido también las familias ricas padecen graves carencias. Por ello los retos y caminos que

(continúa en la pág. 8)

EN ESTE NUMERO

EDITORIAL	4
¿La opción por los pobres divide a la Iglesia? ¿o es su única posibilidad de catolicidad real?	
CUADERNO: FAMILIAS RESPONSABLES POR LA VIDA	7
Cómo es la familia mexicana <i>Luis Leñero</i>	9
No hay una familia-tipo en México, pero sí algunas características afines. Adaptación de una Conferencia del VI Congreso Nacional de la Familia.	
Problemas de la familia en México <i>Luis Leñero</i>	13
Planteamiento de diez problemas que afectan seriamente a la familia, sobre todo en sectores populares. Adaptación de una Conferencia del VI Congreso Nacional de la Familia.	
Responsabilidad por la vida en circunstancias injustas <i>Luis Adolfo y Guadalupe Orozco</i>	22
A esa problemática familiar subyacen serios problemas de injusticia en muy distintos niveles: económico, político, religioso.	
Luchar por la familia desde su realidad <i>Sebastián Mier</i>	24
¿Cuál es nuestro concepto de familia? Para aportar a la solución de la problemática no da lo mismo entenderla desde la ley que desde la existencia.	
Pastoral familiar en proceso de cambio <i>Luis y Alicia Guzmán</i>	27
Narración de un proceso de cambio de una práctica de pastoral familiar, a partir de los cuestionamientos de la realidad.	
Conciencia y paternidad responsable <i>Luis González M.</i>	32
La conciencia de los padres se encuentra a veces frente a un conflicto de valores. ¿Cómo afrontarlo cristianamente? ¿Qué nos dicen los Documentos de la Iglesia? Adaptación de una Conferencia del VI Congreso Nacional de la Familia.	
Evolución en el concepto cristiano de sexualidad <i>Federico Jiménez</i>	38
No pensamos igual acerca de la sexualidad que hace medio siglo. ¿Cómo se dio históricamente ese cambio? ¿En qué momento estamos hoy?	
Ciencia médica y microaborto <i>Luis Enrique Ruiz A</i>	42
Hay nuevos datos de la ciencia en torno al momento inicial de la vida personal, que son importantes para la formación de la conciencia.	
DOCUMENTOS	45
Consagración de un obispo a los pobres <i>D. Bartolomé Carrasco</i>	
Homilía pronunciada por D. Bartolomé con motivo del XXV Aniversario de su consagración episcopal.	
COLABORACIONES	49
A propósito de "La última Tentación de Cristo" <i>José I. Glez. Faus</i>	
Nuestro prestigiado colaborador hace un agudo análisis del problema cristológico subyacente al escándalo suscitado por la controvertida película norteamericana "La última tentación de Cristo". Y presenta cuatro afirmaciones centrales para la cristología, en un excelente resumen de la teología sobre Jesucristo.	
LIBROS	60
Dios y el hombre: Boletín II	
Recensión de varios libros de actualidad sobre estos temas.	



A propósito de la Opción preferencial por los pobres

El homenaje que hacemos a D. Bartolomé Carrasco nos lleva como de la mano al tema de la Opción por los pobres. Hace tiempo un sacerdote comentaba con cierta amargura que "los pobres nos han dividido". La frase o es inadmisible o denuncia una situación de pecado. ¿Qué iglesia es aquella a la que *optar por la mayoría la divide*? Lo que en realidad la divide son las particularidades, la atención a los grupos que son minoría. Porque lo que caracteriza y da identidad a la Iglesia es el servicio al pueblo de Dios.

¿Opción vs catolicidad?

La iglesia de Jesucristo es y quiere ser católica, es decir, universal; abarcar a todos los hombres. ¿Cómo se construye la 'catolicidad'? ¿Es históricamente posible el 'amor universal'? Para hombres situados, limitados, como somos todos los hombres, es imposible; sólo amamos en lo concreto, en lo particular. Y en una situación en la que el amor sólo se daba a los cercanos y no a los lejanos ni a los enemigos (cf Mt. 5,43-48), Jesús lo que hizo fue ampliar la extensión del término *prójimo*: los judíos lo entendían como reducido a *los cercanos*; Jesús lo extiende a *los que necesitan de ti* (Lc 10, 29-37). De ellos debemos ser *prójimos*. Y no sólo en el terreno de las intenciones, sino en el de la práctica eficaz de liberación: en el mirar por los demás se encuentra la clave de lo que define al hombre como partícipe del Reino de Dios.

Ahora bien: la realidad continental, la realidad mundial es que más de las dos terceras partes de la humanidad son pobres, son necesitados. Y no sólo pobres, sino *empobrecidos*. Si lo que define al cristiano es la cercanía eficaz en favor de los necesitados, el *amor al prójimo como a nosotros mismos*, la iglesia se definirá, se construirá a sí misma en tanto en cuanto se viva por y atiende eficazmente a los que necesitan de ella.

¿Opción preferencial o distribución proporcional?

¿Es esto realidad en nuestra iglesia? Todavía

muchos cristianos se defienden de las exigencias evangélicas de la opción por los pobres diciendo que no es una opción *exclusiva*, sino *preferencial*. ¿Qué significa esto en concreto?

Pongámoslo en números: si hubiera un cincuenta por ciento de pobres y un cincuenta por ciento de ricos, el que la iglesia distribuyera su personal por mitad no sería ninguna opción, ni menos preferencial; sería simple *proporción*. Si consideramos que en México el 80 por ciento gana del salario mínimo para abajo, y un porcentaje menor al cinco por ciento son ricos (en mayor o menor grado) y hay un quince por ciento de clase media, una distribución de su atención en esas proporciones no supondría ninguna opción.

Incluso se podría alterar esta *proporcionalidad* sin que hubiera todavía propiamente una opción, por ejemplo si, por razones de dispersión geográfica, de urgencia de necesidades, de falta de formación, se cambiaran los porcentajes. Sería simple consecuencia de una fraternidad lúcida que llevaría a 'desatender' los servicios cotidianos en alguna localidad para atender a otras menos atendidas.

Pero la realidad es otra: la atención *preferencial* ordinaria de la Iglesia se centra en los lugares de mayor concentración urbana y, por tanto, de más fácil acceso; se concentra también en quienes tienen una mayor formación y cultura. Es típico el caso de los colegios particulares, que en su mayoría atienden a quienes tienen más medios y mayor facilidad para acceder a la educación. De hecho, pues, nos encontramos con una opción que supera esa *proporcionalidad*, pero ¿es en la dirección que señala el evangelio? ¿No hay más bien una opción preferencial (en la práctica) por los más atendidos (o los menos desatendidos)?

El más serio estudio sociorreligioso sobre la Iglesia Católica Mexicana hecho hasta ahora presenta datos y conclusiones que fundamentan esta posición (cf Manuel González Ramírez, *Aspectos estructurales de la Iglesia Católica Mexicana*, CIAS, 1972, México

D.F.); aunque sus datos no han sido actualizados todavía, por desgracia, la complejidad de la situación hace prever que el presente ofrece un panorama más negativo que lo que era ese momento. Entonces decía: "Los bienes de carácter cultural que la Iglesia Católica posee y crea, se concentran en ocho diócesis mientras que en el resto, cincuenta diócesis, van de la escasez al pauperismo. Las diócesis se pueden clasificar ciertamente en bien y mal atendidas, en ricas y pobres en bienes culturales... Los bienes... se centralizan en las localidades de mayor concentración humana, relegando a un segundo término la población dispersa en pequeñas localidades" que, ciertamente, no son habitadas por los más ricos.

El temor de la exclusión

La razón del adjetivo *preferencial* añadido al término *opción* responde al temor de que se haga de ella algo *excluyente*. Pero hemos de tener en cuenta dos cosas: a) que históricamente los excluidos han sido más bien los pobres; b) que optar *por* no supone de por sí y necesariamente optar *contra*; sólo en el caso de que los dos términos entre los que hay que optar estén enfrentados. Pero entonces hay que ver dónde se inicia el dinamismo de exclusión y en perjuicio de quién.

En el caso de la relación riqueza-pobreza, que no es de simple yuxtaposición sino de mutua causalidad, el que inicia el dinamismo de exclusión es el que se apropia lo del pobre al que empobrece, y así *se excluye* a sí mismo de la comunión y la igualdad del Reino. Como lo denunció el papa Juan Pablo II en su

visita a México, y lo retomó el Documento de Puebla, al constatar la existencia de *ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres* (30). Esto quiere decir que la pobreza es *empobrecimiento*; dicho lisa y llanamente: si hay riqueza a costa de pobres cada vez más pobres, es porque hay pobreza en beneficio de ricos cada vez más ricos.

Catolicidad desde los pobres

Si esto es verdad, entonces sí optar por los pobres implicará *no estar con quienes no lo son*. Y esta opción no será neutra, sino que llevará necesaria y evangélicamente a la búsqueda de solución al sufrimiento causado a aquellos a quienes se ama y con quienes uno se identifica; y llevará inevitablemente también una dosis de denuncia profética y enfrentamiento con las estructuras que causan esa pobreza; una dosis de conflicto. Porque no se trata de optar por la pobreza como si ésta fuera un bien santificador; se opta *por los pobres contra la pobreza* en lo que ésta tiene de proyecto (socioeconómico y político) injusto y excluyente, contrario al proyecto de Dios.

Sólo una opción por los pobres asumida de esta manera posibilita a la Iglesia la catolicidad y la unidad. Pretender éstas sin la opción por los pobres corre el riesgo de convertirse en mera ideología justificadora del *status* injusto que hemos estructurado. Sólo desde ella puede convertirse la Iglesia en centro convocador de los mejores esfuerzos de los hombres por lograr los frutos de la fe y del amor: la justicia, la libertad, la paz. Sólo desde ella puede ser la Iglesia seguidora fiel de Jesús en el pro-seguimiento de su *causa, la causa del Padre, la causa de la vida*.



FAMILIAS RESPONSABLES POR LA VIDA

COMO ES LA FAMILIA MEXICANA

PROBLEMAS DE LA FAMILIA EN MEXICO

RESPONSABILIDAD POR LA VIDA EN
CIRCUNSTANCIAS INJUSTAS

LUCHAR POR LA FAMILIA DESDE SU
REALIDAD

PASTORAL FAMILIAR EN PROCESO DE
CAMBIO

CONCIENCIA Y PATERNIDAD
RESPONSABLE

EVOLUCION EN EL CONCEPTO
CRISTIANO DE SEXUALIDAD

CIENCIA MEDICA Y MICROABORTO



CUADERNO

INTRODUCCION AL CUADERNO

ahí señalamos siguen vigentes. Desafortunadamente es más fácil desear y escribir que transformar la realidad. Recomendamos, pues, la lectura de todo ese número cuya introducción reproducimos aquí.

Ahora ofrecemos algunos artículos complementarios con algo de énfasis en la 'paternidad responsable'. Luis Leñero, sociólogo que investiga desde hace mucho el fenómeno familiar, nos habla primero sobre características fundamentales de la familia mexicana (no las que nos gustarían, sino las que ha fraguado la realidad) y algunas de sus causas, y luego nos presenta un amplio abanico de problemas que la afectan profundamente.

Una consideración acertada de la realidad es fundamental tanto para nuestra reflexión teológica como para nuestros planes pastorales. En una tónica más bien testimonial los Sres. Orozco nos recalcan otros datos de nuestras familias.

Sebastián Mier y los esposos Guzmán quieren recordarnos que una auténtica pastoral familiar no puede aislarse de esfuerzos por transformar la sociedad toda. Sea que nos dirijamos a familias pobres o a las acomodadas, las exigencias de la justicia humana y cristiana no pueden estar ausentes, por el bien de las familias mismas.

González Morfín, Federico Jiménez y Ruiz Amezcua nos ofrecen diversos elementos para la importantísima tarea de la formación de la conciencia tanto de los esposos mismos como de los pastores. Hablan respectivamente de la importancia de la conciencia, de los cambios en la manera de entender y relacionar los fines del matrimonio (unitivo y procreativo) y de algunas informaciones biológicas sobre el comportamiento del cigoto humano.



COMO ES LA FAMILIA MEXICANA

Luis Leñero
Director del IMES

En el tema de la familia hay un equívoco o cuando menos hay un aspecto que pide una reflexión particular. Aparentemente todos conocemos a la familia, todos conocemos la realidad familiar, el fenómeno familiar, porque lo hemos vivido desde que nacemos. Sin embargo, se presentan interrogantes muy grandes en este proceso de transformación, que nos ha tocado vivir. No lo podemos evitar, no es cuestión voluntaria nuestra. En este siglo realmente se está dando un doblez de una civilización entera. El final del siglo veinte está siendo sintomático de toda una crisis internacional, que se manifiesta en todos los órdenes y que evidentemente afecta a la familia. La familia es una unidad dependiente de todo lo demás. No es una unidad independiente que vale por sí misma y que tiene su vida por sí misma, que transforma a todo lo demás automáticamente. No, la familia es una unidad social completamente dependiente de todo el contexto. No podemos ignorar el contexto social porque es esa la historia que nos toca vivir. Este es el lugar donde tenemos que ocupar nuestra posición y nuestro papel. Nos ha tocado precisamente una época de tremendas convulsiones cualitativas. Cuantitativas también; pero sobre todo, cualitativas. Estamos en una profunda crisis, al inicio, no al final, de una profunda crisis de civilización. Y esto no lo digo yo; hay un consenso internacional al respecto. Dicen los historiadores que las épocas de decadencia o de quiebra de los sistemas, de las civilizaciones son las grandes épocas en que se comienzan a vislumbrar las nuevas perspectivas de una nueva etapa, de una siguiente era. A nosotros nos está pasando esto; estamos atónitos frente a todo lo que sucede. En el microcosmos familiar se concentra la problemática mundial, la problemática de nuestra sociedad, la problemática de nuestro México con su crisis actual. Apenas estamos comenzando a vivir toda esta crisis económica que es a la vez una crisis profunda de valores.

El propósito que tengo yo aquí es descubrir ciertos factores permanentes que están en el meollo, en el

centro de la dinámica familiar, desde el punto de vista histórico y social y después descubrir la gran variedad de manifestaciones y de riqueza de nuestra realidad familiar mexicana.

FAMILIA CONSANGUINEA-FAMILIA NUCLEAR

Entre las características fundamentales del fenómeno familiar, está toda familia, implica siempre una situación que llamamos nosotros los sociólogos, los antropólogos, *situación adscriptiva*. Es decir, nacemos en una familia, no porque hallamos querido nacer en ella. Desde el punto de vista de la fe, decimos que Dios nos ha puesto en esa familia, y que nuestros padres han sido instrumentos de la voluntad divina. Nuestros padres no son escogidos, nuestros hermanos tampoco, nuestros parientes tampoco. La familia es un fenómeno adscriptivo y en la adscripción involuntaria vamos a encontrar una de las principales características de la fuerza de la familia. Esto tiene consecuencias tremendas, sobre todo para este momento de crisis. La lealtad al grupo al que pertenecemos no es cuestionable. Yo no puedo evitar el pertenecer a esta familia y ser parte de esta familia. El fenómeno familiar tiene su fuerza en este fenómeno involuntario del cual todos formamos parte. Reconocerlo y descubrir en él la voluntad de Dios desde el punto de vista cristiano, es precisamente uno de los grandes factores de fuerza y a la vez de problemática de la familia. El otro es que no todo en la familia es adscriptivo, hay la otra parte que es el fenómeno de afinidad, el fenómeno volitivo. Yo nací en una familia, tengo mis hermanos, mis padres, una condición social que me obliga a esta familia. Soy de una familia de obrero, pues soy obrero. Así obrero parto de ahí, pero después yo formo una familia. La formación de una familia es un fenómeno no adscriptivo. Ahora adquiere en la vida moderna una prestancia y una importancia grandísima. Indiscutiblemente el escoger con quien me caso, el desear o no mis hijos, el procurar toda una serie de condiciones ambientales dependen de mí. Es un hecho bueno o malo, pero está sucediendo en las familias contemporáneas. Estamos ante esos dos fenómenos, el fenómeno adscriptivo, sobre todo basado en la consanguinidad, en pertenecer a una sangre común, a una raíz común, por un lado. Por el otro lado, el tener la facultad de escoger mi esposo, mi esposa, las condiciones en que se van a educar mis hijos, el desarrollar un ambiente familiar. Muchas veces lo voluntario choca frente al fenómeno adscriptivo. Estamos viviendo eso. Las nuevas formas

familiares estaban basadas en la modernidad, en la libre voluntad. Mi voluntad es el principio fundamental de hacer y deshacer a la familia. Se está viendo que eso tiene sus problemas. Crea nuevos problemas, que no se sabe cómo resolver. Entonces de alguna manera se desea volver al principio anterior más adscriptivo de que los matrimonios no se deben concertar solamente con la libre voluntad de los individuos, sino que se tienen que concertar como un acuerdo social como antes en la época del hombre primitivo. Un grupo concertaba con otro grupo, con cierto tipo de alianza y las alianzas se manifestaban a través del matrimonio; el matrimonio no era voluntario, se aceptaba a posterior, pero en realidad había un acuerdo de los grupos, había un control social. Al principio de la edad moderna, sobre todo con el surgimiento de la pequeña burguesía, el desarrollaron aquellos sectores sociales que habían estado de alguna manera más marginados y que al legar a las ciudades comenzaron a adquirir importancia: los artesanos, los comerciantes, los pequeños productores. Todo ese personal después accedió al poder en Europa a través de la revolución francesa: A través de las otras revoluciones europeas se dio importancia al modelo basado precisamente sobre la familia nuclear, libre, voluntaria. Entonces comienza a entrar en conflicto con el modelo consanguíneo, que era el modelo clásico de la aristocracia por un lado y de los esclavos o siervos por otro. Para subsistir los siervos se unían y pactaban consanguíneamente y los aristócratas, para unificar sus tierras y sus posesiones, se unían y pactaban consanguíneamente. Comenzó a surgir el nuevo tipo, con la pequeña burguesía. Eran los marginados de estos dos grandes sectores. Los siervos por un lado, ya tenían asegurada más o menos su participación dentro del feudo. Por el otro lado los aristócratas tenían asegurada su riqueza. Entonces comenzó a surgir un nuevo ideal liberal, comenzó a hablar de la libre voluntad, del derecho de unión, del derecho de pareja y de la familia nuclear conyugal. En un tiempo la iglesia plasmó y sacralizó precisamente la voluntad de los padres para decidir con quién se casaban los hijos. Obligó a los hijos a ser obedientes y a seguir las enseñanzas de los padres, porque era la única manera de concertar y de asegurar la supervivencia. No solamente de la persona que iba a contraer matrimonio, (que todavía no tenía capacidad para decidir quien era la mejor pareja), sino también para el grupo entero familiar. Era un asunto de todos y la iglesia plasmó eso. Después, al aparecer sobre todo la reforma protestante, el liberalismo fue principio de toma

de conciencia individual frente a la misma sociedad. La persona empezó a decidir por sí misma, independientemente e individualistamente. Se llegó a un exceso de individualismo, muchas veces para resistencia a la decisión autoritaria o paternalista de los padres.

Nuestras familias mexicanas son todavía tremendamente consanguíneas, viven en torno a las relaciones de parentesco y además a través de esas relaciones de parentesco se hacen fuertes. Los pobres solamente uniéndose pueden salir adelante y eso es una regla para la vida familiar. Pero por otro lado cada vez es más fuerte el modelo de la familia nuclear conyugal, que nos viene sobre todo del norte de los países protestantes que lo asimilaron como modelo clásico. La familia está formada por papá, mamá e hijitos, los demás estorban, los demás son arrimados. También son arrimados los abuelos, sí los abuelos estorban.

Antes había una norma, la mujer que se casaba iba a vivir al lado de su marido y su marido vivía en torno a su familia consanguínea, ya sea en la misma casa o al lado porque trabajaba con el papá. Entonces la regla fundamental era: hijita, tú no vayas a ponerte mal con tus cuñados, con tus cuñadas, menos con tu suegra.

El modelo de familia nuclear conyugal está siendo basado sobre un modelo de amor romántico, de amor erótico, de amor sentimental, de amor circunstancial. Esta sujeto a los cambios de humor, a los cambios de situación. Los dos modelos tienen sus fórmulas, a veces demasiado rígidas, pero son normas que funcionan de acuerdo a lógicas diferentes. Actualmente estamos viviendo las dos lógicas a la vez y entonces por un lado sí es libre, pero por otro no o sea que los padres tienen que ayudar.

EL MESTIZAJE MEXICANO

El noventa y cinco por ciento de la población en México, al inicio de la colonia, era indígena. Sólo un cinco por ciento o hasta menos de españoles. Después de tres siglos, o sea en paso digamos de doce generaciones, la familia mexicana se convirtió en una familia fundamentalmente mestiza, el sesenta por ciento de los mexicanos eran mestizos. ¿Cómo pudo salir un mestizaje de un grupo tan pequeñísimo de españoles, que nunca pasaron del cinco por ciento, ante un noventa y cinco por ciento de indígenas? A través de un fenómeno que todavía no hemos es-

tudiado aún suficientemente en México. Se está estudiando actualmente y antes no se hablaba de eso. Nuestra familia es una familia fundamentalmente ilegítima, la casa chica era la generalidad. El español, tenía un ejemplo de siete siglos de conquista musulmana y siete siglos no pasan en vano. Los musulmanes y los árabes, los moros, como les decían, eran polígamos. Sobre todo los poderosos. El que podía mantener cinco mujeres, pues las mantenía; tenía derecho y podía hacerlo? Además el español tenía derecho de pernada. Sobre todas las indígenas de su encomienda o de su repartimiento. Esto es un hecho se crean una serie de normas tácitas, sumergidas, que llegan hasta nuestros días. Hay un comportamiento histórico de poligamia escondida. Esto no lo hemos estudiado suficientemente, pero es común, es tradicional.

Entonces se forma la familia mexicana con dos modelos culturales. El modelo del grupo que se impone, que es el español con sus normas y toda la fuerza. Los conquistadores se quedan con las mujeres de los conquistados. Los conquistados van a sentirse aislados, marginados, incluso desposeídos, desposeídos de sus mujeres. De ahí viene una concepción que es - y ahora se está estudiando mucho esto- la concepción machista del mexicano. La concepción machista del español, del mediterráneo u occidental, es netamente patriarcal: -yo aquí mando, yo aquí tengo mi poder y no dejo que nadie, mande por otra parte: En cambio aquí no. El mexicano, el indígena, el mestizo hijo de español en tercera, en cuarta o en quinta generación, va a sentirse un hombre desposeído, minusvalorado, inseguro. Entonces va a tratar de demostrar que es igual que su padre o que su abuelo. Se crea como niño muy cerquita de la mamá, la mamá es la que le transmite la cultura interna íntima. En la familia eso sucede, hay una dinámica de intimidación básica fundamental de transmisión de valores, de socialización interna. Eso se lo transmite la mamá, como perteneciente a una cultura indígena analfabeta, sumergida, pasiva etc protectora de alguna manera. Pero el padre es el que manda allá afuera y Entonces nos vamos a encontrar una contradicción en nuestra historia familiar. El machismo mexicano es un machismo de relumbrón, de palabrería, falsísimo, de inseguridad sobre todo., El mexicano es macho porque es inseguro, porque históricamente ha sido inseguro. Eso no lo digo yo; lo dicen muchos estudios de psicoanálisis colectivo sobre este aspecto. Incluyendo a Octavio Paz. Y Entonces es un machismo de inseguridad, es el

laberinto de la soledad. Por el otro lado está la madre, que al final de cuentas es la que se hace cargo de los hijos, la que cuida, la que protege y en donde el hijo se siente identificado. Pero cuando el hijo crece Entonces va a imitar al padre, con su nueva esposa. Su mamá está en el altar. Es un hijo apegado a las fal-das de la madre. Y con su esposa muy machista, muy inseguro.

PATERNALISMO-MATERNALISMO EN LA FAMILIA MEXICANA

Once por ciento de nuestras familias realmente son de tipo paternal, el treinta por ciento son familias en donde manda el hombre, pero participa ya la mujer en las tomas de decisiones, aunque en segundo nivel. Eso suma ya el cuarenta y uno por ciento. En el otro



extremo tenemos la familia en donde la mujer manda, finalmente. Es la que se hace cargo de todo, ¿por qué? Porque el hombre es un gran ausente. El hombre está con sus amigos o emborrachándose, no trabaja. La mujer trabaja para mantenerlo. En el treinta y cuatro por ciento la mujer es la que asume la autoridad, la responsabilidad de sacar adelante su familia.

Sólo en el veinticinco por ciento de las familias, la cuarta parte, la autoridad es realmente compartida. Hay un campo de decisiones del hombre y de la mujer, de acuerdo uno con el otro; en fin, hay realmente una autoridad democrática al nivel de la pareja.

La curva de autoridad no es fija, en decir, los primeros años, la autoridad masculina casi siempre es

predominante. Después de cinco o seis años de vida marital comienza a tener participación la mujer en la toma de decisiones. Llega un momento en que hay una etapa de gran participación los dos. Pasados los quince años, comienza a descender grandemente la autoridad masculina y a ascender la femenina.

El desarrollo de la mujer no lo podemos evitar, son los aires nuevos. Tiene sus cosas buenas y sus cosas malas; la mujer está realmente en un proceso cada vez más marcado y esto yo lo he visto hasta en las unidades campesinas más atrasadas, en donde la toma de conciencia de su responsabilidad y de su participación es cada vez más fuerte. Es un proceso histórico real, sobre todo en las clases medias. Además la mujer necesita trabajar actualmente. En la crisis ya no alcanza un salario mínimo para mantener a la familia, eso lo sabemos todos; tienen que trabajar los dos. En los jóvenes matrimonios, los dos tienen que trabajar, la mujer tiene que seguir trabajando. Es un hecho. Hay un proceso real de participación y la mujer está fácilmente adoptando este proceso. No le cuesta mucho trabajo, porque siempre ha tomado decisiones, sabe tomarlas. Ha sido incluso formada en ese sacrificio, en esa entrega: Pero el hombre no. El problema del desarrollo de la mujer no es el desarrollo de la mujer, es el subdesarrollo del hombre. El hombre no está capacitado para readquirir su nuevo papel. Aquí tenemos un problema familiar.

ALGUNOS FACTORES DIVERSIFICANTES

La tipología de las familias, la variedad en nuestras familias es muy grande. No generalicemos, no rápidamente digamos esto es lo bueno y esto es lo malo. La doctrina expresa términos ideales. Es

necesario expresarla así; pero no pensemos que ese ideal se va a alcanzar de una manera. Nadie es perfecto. El proceso es un proceso histórico. El punto de vista cristiano acepta al hombre como es para que sea más, para que se acerque más a un mejoramiento, a un mundo menos malo. Abramos nuestro juicio, nuestro criterio, nuestra amplitud de pensamiento. Yo creo que el cristianismo es eso: reconocer esa pluralidad, esa riqueza de la pluralidad. Tenemos que reconocer la gran variedad de nuestro país, el mosaico sociogeográfico de nuestro país. No podemos erigir un modelo a partir de nuestras metrópolis. Por ejemplo la zona tropical es muy diferente en sensibilidad, en su manera de ser, en manera de pensar, incluso en maneras de concebir la forma de llegar al amor, a la convivencia. También hay gran variedad de tipología familiar, según la posición social. Estamos todavía en una sociedad clasista. Nuestra sociedad no es una sociedad esclavista ni de servidumbre ni de estamentos como en la edad media, pero tenemos evidentemente una división de clases sociales muy marcada y que provoca tensiones fuertes y que tiene horizontes de vida muy diferentes. El sector marginado de nuestra población, el sector que no tienen ocupación fija, el sector que no tiene seguridad de vida cotidiana, cuyo problema es qué voy a darle de comer a mis hijos mañana, y es el cuarenta y uno por ciento.

México es un país netamente joven, estructura demográfica joven. Cuarenta y cinco por ciento de nuestra población es menor de quince años. Casi la mitad de nuestra población, son niños y adolescentes en su primera etapa. La mayor parte de nuestras familias son jóvenes, podemos decir el cincuenta por ciento, la mitad de las familias están en los problemas propios de la etapa inicial.



PROBLEMAS DE LA FAMILIA EN MEXICO

Luis Leñero

La presentación de la problemática familiar no ha de convertirse en una cascada de males que nos aplasta sino en un reto a la creatividad y a la búsqueda. El cristiano que no busca no es cristiano; el religioso que no busca no encuentra a Dios, quien está siempre más allá de lo que nosotros creemos. Los problemas muchas veces son llamados de Dios a que despertemos de nuestra pasividad, de nuestro triunfalismo o de nuestra soberbia.

Voy a plantear diez problemas que he escogido dentro de la investigación que hemos realizado, y que son el resultado de nuestros estudios de realidad.

1°. La subsistencia familiar como problemática central de una mayoría de población.

2°. La vivienda familiar, el asentamiento familiar, la conformación ecológica de nuestras familias.

3°. La reproducción familiar, ligada a la reproducción biológica, pero también a la reproducción social y valorar de la familia.

4°. El aborto.

5°. El conflicto conyugal, la problemática de la separación de las parejas actuales.

6°. Las relaciones entre padres e hijos.

7°. El problema del anciano derivado precisamente de la crisis familiar actual.

8°. Los menores en situación difícil, con comportamientos desviados o con adiciones indeseables, consecuencia del abandono.

9°. El desarrollo de la mujer vamos a verlo aquí como problema; aunque es positivo plantea una serie de problemas.

10°. Por último, la secularización familiar; y eso lo voy a dejar solamente como punto de reflexión y de reacción.

Subsistencia familiar y modelo de desarrollo

El problema de subsistencia familiar es derivado de la situación del país entero y del proceso de modernización que vivimos actualmente. Hay una historia

atrás y hemos heredado un país pobre, que vivió una colonización que empobreció a la mayor parte de la población indígena. Esta no pudo en el lapso de la época colonial incorporarse en situación de igualdad al nivel de los sectores superiores. Esto lo heredamos, pero se ha ido agravando paradójicamente cuando aparece el proceso de modernización. Aparentemente el proceso de modernización y desarrollo del que se habló tanto en los años sesenta planteaba una perspectiva de grandes logros para nuestro país. Sin embargo, paradójicamente en la medida que en México se modernizaba y desarrollaba técnica y económicamente nos dejaba un residuo de pobreza y miseria para grandes sectores de la población.

El modelo exógeno de la gran industria basada en la alta capitalización produce este proceso acelerado de deuda externa que tenemos y de capital impagable que se ha ido acumulando precisamente porque hemos tenido que importar el capital y pagar por ese capital para poder industrializarnos y montar la infraestructura del sistema industrial; eso se está reflejando en las familias actuales.

La falta de alimentación, la crisis, la quiebra de nuestro campo, cuyo desarrollo quedó inconcluso, es la causa de los difíciles problemas que afrontan nuestras familias campesinas, sobre todo la nueva generación, muchas de las cuales han tenido que optar por irse a la ciudad, e integrarse a la industrialización y modernización propia de la ciudad. Esto no es, pues, ajeno a la problemática que vive el interior de la familia; no es demagogia sino la realidad:

Ecología y vivienda familiar

Esta inversión ha concentrado el poder económico en las ciudades, que se han convertido en las explotadoras del campo; el poder ha chupado a todas nuestras regiones su propia producción. Se pensaba que nuestras ciudades iban a ser los polos de desarrollo de los cuales iban a salir los beneficios para toda la región, pero se han convertido en concentradoras de poder.

Esta migración rural del campo afecta muy seriamente a la familia, pues está rompiendo la secuencia de la que vamos a hablar más adelante: los flujos generacionales, la relación entre padres e hijos, la estructura del núcleo familiar. Se está rompiendo porque o los hijos se van fuera o se trata de recrearla en

la ciudad; pero el muchacho que llega a la ciudad, el adulto que llega a la ciudad se hace paracaidista, se consigue un trabajo y ya que más o menos está ubicado les dice ¡ora! vénganse. Entonces a través del flujo familiar, de las relaciones familiares, viene toda la migración. Las cadenas migratorias se realizan por cadenas familiares, cuya consecuencia inmediata es el hacinamiento: llega una familia, dos, más al cuartito en donde estaba el que había llegado primero.

Se comienza a constituir un mundo de agregación humana, de masificación en nuestras ciudades con todo el problema ecológico, con los problemas de urbanización, de luz, de agua, de la contaminación. Además, el encerramiento en su hogar, por miedo a todos los demás; y cuando viene un problema, un conflicto, no se quiere que nadie se meta; Pero la familia es incapaz para resolver todos sus problemas, porque la familia no es autosuficiente; la familia requiere de los demás, requiere de las otras familias.

Muchas veces los padres no tienen nada que decirles o no les pueden decir ya nada a los hijos y los hijos no reciben de los padres, la relación está rota por cualquier razón. Hasta que no recreemos lazos de solidaridad entre los padres, lazos de solidaridad entre los hijos, lazos de solidaridad entre generaciones intermedias, entre padres e hijos, porque son las que forman la secuencia, la continuidad. Por eso es muy importantes en toda promoción familiar el pensamiento de la promoción interfamiliar, porque solamente así podemos crear esos lazos. Si se encuentran intermediarios que están en la mitad de las generaciones, (un profesor, los amigos, un primo, una tía menor, que hagan de intermediarios entre unos y otros), los problemas pueden tener alternativas de solución mucho mejor. Yo veo como estrategia fundamental la acción social interfamiliar comunitaria; he visto resolverse casos que aparentemente estaban perdidos. No se puede recurrir solamente al psiquiatra o a psicólogo, pero sí se puede recurrir al vecino, al amigo, al compañero que puede oír al muchacho que no oye ya razones, pero que a través de la co-municación entre padres y esa situación intermedia, puede ayudar a resolver el problema; pero todo esto implica un sentido comunitario de la familia: la familia tiene que proyectarse en un sentido comunitario y no en un sentido egocéntrico, hacia adentro.

Yo creo que aquí hay un aspecto fundamental del problema cristiano: si a mí no me interesa lo que sucede allá al lado mío, si a mí no me interesa lo que

le sucede a las otras familias, si yo solamente mi familia... cuando yo me vea en algún problema, nadie se va interesar por ayudarnos. Necesitamos de todos; sobre todo los pobres son los que más reconocen este principio. De ellos hemos de aprender todos los de clase media, porque somos terriblemente egocéntricos y egoístas. La gente sencilla acepta que le ayuden otros y acepta ayudar y quiere ayudar. El sentido comunitario es para mí esencial; en la dinámica de la familia hemos encontrado este problema repetido una y otra vez en la base del rompimiento de nuestras comunidades.

La reproducción biológica, social y valorar

En el problema de la reproducción familiar hay una problemática demográfica cierta: México ha crecido, se ha ido multiplicando, incluso en los últimos veinte años, a pesar de todas las campañas de planificación familiar. Este índice de crecimiento multiplicado evidentemente no es el problema en sí. Pero tiene una dimensión de masificación y otra al interior de la familia; de ahí su dimensión problemática, sobre todo en una situación de crisis. Yo creo que es uno de los problemas de la sensibilidad en los últimos cinco años y no antes.

Cuando nuestra sociedad y nuestras familias tenían una economía de autoconsumo, producían lo que consumían; tenían sus gallinitas, sus puerquitos, sus hortalizas y de ahí salsa todo; al final de cuentas el crecimiento de la población, el número de la familia no se sentía tanto. Era una carga, pero no se sentía tanto; al final de cuentas un poquito más adelante los muchachos ya trabajaban, ya ayudaban en el campo. El hijo era visto también como un recurso de trabajo y una posibilidad.

Pero ¿qué pasa cuando la sociedad se ha monetarizado completamente? Cuando, sobre todo en las ciudades, todo lo que hay que comer hay que comprarlo, entonces se necesita tener dinero; y tener dinero a corto plazo significa tener un ingreso que alcance; y si el salario pierde su poder adquisitivo, entonces tener un hijo significa tener que pagar una cantidad que no se tiene. Esto forma parte de una angustia cotidiana tanto del padre como de la madre.

En ese contexto se encuentran otras razones para recurrir al control de la natalidad en un sentido o en otro; no le llamemos paternidad responsable, puede ser con alta responsabilidad, puede ser mínima la responsabilidad, pero al final de cuentas es algo que

nace como problema al que se le busca solución en una sociedad monetarizada en la que todo cuesta. "¿Qué vamos a hacer si seguimos teniendo estos hijos?". Hay una presión real que no se resuelve simplemente diciendo "Aguántate, que Dios te los mandó". No puede hacerse ese planteo; hay una situación real de presión y de dificultad que trasciende al mero problema de la crianza de los hijos, y que apela a la responsabilidad.

Por otra parte, hay una situación de conciencia mayor de la salud; las tasas de mortalidad en México se han abatido extraordinariamente. Tal éxito no es privativo de México sino del mundo entero: las campañas de vacunación masiva han bajado las tasas de mortalidad drásticamente, y si antes teníamos una tasa de mortalidad del 35 o de 40 y a veces hasta el 45 por cada mil habitantes, ahora ha bajado a 7; mientras que las tasas de natalidad que teníamos de 45 nacidos por cada mil habitantes, esas no se han reducido tan drásticamente. Hay, pues, un fenómeno que antes no se conocía: antes la gente se moría; eso resolvía el problema de una boca menos, dicho rudamente; ahora es menor la mortalidad y, siendo eso un bien evidente, plantea una problemática que no se dice siempre: los que nacen, los que ya no se mueren antes de un año ¿cómo quedan? ¿cuáles son las condiciones en que están desde el punto de vista sanitario? Se salvan de no morir pero se quedan viviendo en condiciones sumamente difíciles.

Esto plantea una nueva situación que antes no se pensaba: hay un problema de salud y se puede evitar, sobre todo la muerte de la madre; (el sacrificio de la madre que da la vida por sus hijos y los deja huérfanos era casi inevitable y a veces se sublimaba desde motivaciones heroicas). Pero actualmente se ve que hay posibilidades de evitar esta muerte de la madre; y una de las razones más fuertes para recurrir a los medios anticonceptivos -y así lo expresan en las encuestas-, es precisamente la búsqueda de salud de la madre, o que no empeore su salud, o evitar un nacimiento riesgoso tanto para la vida de ella como para la vida del hijo. Esta es otra condición que se está presentando y que va formando toda una configuración mental en nuestra población. Y no es que la población busque una conducta egoísta; está presentándose como una situación de vida.

Por otra parte hay un fenómeno que han analizado unos autores de unos estudios en Africa. Caldwell estudió lo que se llama el flujo generacional y su inter-

cambio. El padre se sacrifica por sus hijos con la idea de que sus hijos después le paguen de alguna manera lo que él ha trabajado. Para esa mentalidad es bueno tener varios hijos porque de esta manera los padres se aseguran. Los hijos son considerados de alguna manera, como un seguro de vida, como un flujo que tiene un intercambio en el paso de una generación a otra. Los padres se sacrifican y dicen: "Bueno, nosotros paramos ya nuestro desarrollo como personas, ya a nosotros nos educaron y llegamos hasta donde pudimos; ahora lo importante es que mis hijos salgan adelante". Pero ¿qué es lo que pasa cuando se tienen los hijos y los hijos apenas ya son jovencitos adolescentes se van y ponen su casa aparte? El flujo no regresa, el sacrificio que hicieron los padres por él ya no regresa y en la siguiente generación cuando se dan cuenta de lo que han hecho a sus padres, se dicen: "yo les hice eso a mis padres, pues me voy a cuidar; ya no voy a tener tantos hijos, ya no me voy a sacrificar, y no voy a ser tan tonto de sacrificarme por mis hijos para que después mis hijos me dejen sin nada"; esto no lo dicen explícitamente, pero su comportamiento así es. El problema del flujo generacional es, si ustedes quieren, de mala educación de los hijos frente a los padres.

Es interesante ver los datos de una encuesta que hicimos en ciudades medias mexicanas: nos encontramos en el estudio de tres generaciones (abuelos, padres e hijos) que, siendo familias del mismo sector de clase social, los más pobres eran siempre los abuelos y, al llegar a su edad final, se quedaban solos sin nada porque ya nadie veía por



ellos; porque su economía era más baja que la economía de sus hijos e incluso de sus mismos nietos casados. El flujo no había regresado.

La tasa de natalidad se ha abatido drásticamente de 1970 a la fecha. En 1970 eran 45 los nacidos por cada mil habitantes, la tasa de natalidad era 45, actualmente la tasa de natalidad es de 28 y algunos hablan hasta de 22, (yo dudo de eso pero pongámosla en 28 nacidos por cada mil habitantes); la tasa de natalidad casi se está reduciendo a la mitad en sólo dieciocho años. Sí: estamos viendo un fenómeno ante el que no podemos cerrar los ojos. Se podrá decir: "es culpa del gobierno". Pero eso mismo sucedió en Europa, y sucedió en la Europa cristiana católica, y además en otra época en la que no se permitía absolutamente nada ni se hablaba de paternidad responsable. Sucedió lo que llaman los demógrafos la "transición demográfica" y se da indefectiblemente de una manera u otra. El uso de anticonceptivos ha sido evidentemente clave; pero en Europa no tenían los anticonceptivos químicos que tenemos ahora; cuando se quiere bajar las tasas de natalidad, cuando se quiere reducir el número de hijos por una razón o por otra, porque se siente la presión, se hace; y todas las poblaciones en el mundo que han pasado por este proceso lo han hecho de una manera o de otra. En Europa se hizo a través del "coitus interruptus" y a pesar de que la Iglesia lo prohibía ciertamente y la población era católica, en la Bélgica católica, en la España católica de la época de Franco el "coitus interruptus" era el procedimiento más utilizado.

El uso de anticonceptivos en México ha aumentado muy notablemente. En 1967 cuando nosotros hicimos la primera encuesta nacional sobre la familia encontramos que un 28% de la población, (estamos hablando de población en edad reproductiva), habían utilizado o estaban utilizando métodos anticonceptivos de lo más variado. Había muchos que utilizaban el ritmo, pero había también otros métodos aunque estaban todavía muy poco divulgados. En 1982 se calculó que había subido a 47.7 el porcentaje de la población que ya utilizaba métodos anticonceptivos y en 1990 se calcula, de acuerdo con una proyección que ha sido consistente en los últimos años, que un 60% de la población casada y en edad fértil, estará usando algún método anticonceptivo.

Nos enfrentamos a un hecho real: la población mexicana, la población católica mexicana está utilizan-

do, va a seguir utilizando, hagamos lo que hagamos, métodos anticonceptivos; ese es el hecho. Y se calcula que para 1990 el 80% va a usar alguna vez, no permanentemente, métodos anticonceptivos. Pero ¿cuáles métodos anticonceptivos? Los datos son clarísimos: usan métodos anticonceptivos considerados como tradicionales dentro de las encuestas (el ritmo, el método de Billings, el método de la abstinencia y el método del retiro del "coitus interruptus") sólo el 6.4 % utiliza métodos a los que se llama 'naturales'; y el 41% restantes usan métodos anticonceptivos químicos, esterilización, pastillas. ¿Quién proporciona estos métodos? ¿A dónde acuden por estos métodos? En los últimos estudios que se han hecho, el 51% de usuarios y usuarias de los métodos anticonceptivos asisten al sector público, es decir la mitad, y la otra mitad se provee de ellos en el sector privado (médicos particulares, farmacias). Podremos juzgar y podremos decir que esto es malo, podremos admitirlo o no de acuerdo con nuestras convicciones o con la posición de la Iglesia, pero el hecho está ahí ante nosotros; y ante ese hecho o nos rasgamos las vestiduras y desconocemos y excomulgamos a las personas, o tratamos pastoralmente el asunto.

Aquí hay un interrogante muy grande, ¿qué hacemos? ¿Qué ha hecho la Iglesia de Europa ante ese hecho evidente que el 90% de la población utiliza métodos anticonceptivos y además utiliza los métodos anticonceptivos más eficaces ciertamente y los que pueden producir menos problemas de salud? ¿Cuál es la pastoral al respecto? Yo creo que tenemos que plantearnos una pastoral "a posteriori".

Por otro lado, lo que está favoreciendo esto paradójicamente son causas indirectas; por ejemplo, la mayor variable asociada con el uso de métodos anticonceptivos es precisamente la educación, la escolaridad; a mayor escolaridad sea la que sea, mayor uso de anticonceptivos; las universitarias y universitarios actualmente van a utilizar métodos anticonceptivos casi incuestionablemente. El trabajo de la mujer, la urbanización, (a mayor urbanización mayor uso de métodos anticonceptivos), el acceso al servicio de salud aumenta el recurso a métodos anticonceptivos.

También influye la integración conyugal: el 53% de las parejas más integradas utilizan métodos anticonceptivos, las parejas más desintegradas en un 23% usan métodos anticonceptivos. Esto lo vimos nosotros en nuestro primer estudio, hecho en 1968;

medimos la integración conyugal por comunicación, por acuerdo conyugal, por felicidad conyugal, por no haber pensado nunca en separarse, por toma de decisiones conjuntas, por todos esos factores. Y las parejas que tenían los mayores índices de integración conyugal tenían mayor incidencia en el uso de métodos anticonceptivos, en el uso de planeación familiar.

Otra variante es la posición económica: a mayor posición económica mayor uso de métodos anticonceptivos; también el tipo de religiosidad: No vimos ninguna correlación significativa con una mayor religiosidad práctica, religiosa (por ejemplo asistencia a Misa); pero si distinguimos tipos de religiosidad, una religiosidad más tradicional o una religiosidad de conciencia personal, eso sí está asociado al uso de métodos anticonceptivos; los que tienen una religión más personalizada y consciente, hacen un mayor uso de métodos anticonceptivos que los religiosos tradicionales, que están más relacionados con el no uso de los métodos anticonceptivos; pero también hay una correlación de esto con un bajo nivel de escolaridad.

El aborto

El problema del aborto rebasa los cálculos de los hijos evitados por la planeación familiar. Estudios matemáticos, hechos para ver cuántos niños dejan de nacer por recurrir a la planeación familiar, llegan a la conclusión (aunque no es definitiva), de que se evitan cuando menos 900 mil nacimientos por métodos anticonceptivos; pero los cálculos que se tienen del aborto van muchísimo más allá: algunos hablan de un millón o millón y medio de abortos. Estarían incluidos los abortos accidentales, (aunque muchas veces estos abortos no son tan accidentales). Pero el número de abortos es pavoroso; la propensión al aborto rebasa la planificación familiar. Hay condiciones más o menos agravantes en el aborto pero esa es la situación real.

Curiosamente, cuando se le pregunta a la gente (y eso también es consistente en muchas encuestas que se han realizado), si acepta el aborto o no acepta el aborto, hay un 25% de la población en edad reproductiva que lo acepta el aborto: ya es alarmante el que acepte el aborto así de entrada. Y un 75% lo rechazan pero cuando se pregunta: ¿y si peligra la salud de la madre o el niño va a salir deformado? entonces se invierte el porcentaje y hay un 79% de población masculina y 76% de población femenina que aceptan el aborto en esas condiciones.

Esto muestra que hay una relativización de la valoración. No nos escandalicemos de esto, que es muy problemático: veamos cuál es el sentir de las personas; por qué contestan así. No pongamos la cara de fariseos y no nos rasguemos las vestiduras, porque muchas veces quienes se rasgan las vestiduras son precisamente quienes han recurrido al aborto o que lo han buscado indirectamente; y esto me consta a mí: cuando la hija soltera tiene un embarazo, y la madre lo descubre..., muchas de nuestras historias de casos (porque esto no sale en encuestas), son de este tipo. Y hay una correlación entre posición económica, escolaridad, y este tipo de abortos.

Conflictos conyugales; separación y divorcio

Tenemos también el divorcio. "¿El divorcio es justificable?", -dice la pregunta-, sí o no. El 50% de los hombres aceptan el divorcio y el 44% de las mujeres; este es un hecho también. Hay una legitimación del divorcio en nuestra sociedad y hay una legitimación que de hecho está presente en familias católicas, muchas veces a regañadientes, a veces como mal menor, -algunos sacerdotes dicen que aquí se aplica la doctrina de Santo Tomás del mal menor-. El hecho es que nuestra población con razón o sin razón, criticable o no criticable, ve en él una tentación bastante grande.

Otro problema, relacionado con el divorcio y la separación, es el de la inmadurez de las parejas jóvenes: actualmente son parejas constituidas por libre voluntad, pero todavía hay un proceso de transformación, de cambio: los dos evolucionan, y su evolución no es pareja sino asimétrica; llega el momento en que ya no se aguantan el uno al otro; y el problema está en los hijos, que vienen de todas maneras... Ligado a esto está también la justificación de las relaciones sexuales premaritales. Esto era inconcebible hace diez años. Pero los datos que les doy ahora no son míos; son del Centro de Estudios Educativos, que aplicó una encuesta diseñada a nivel internacional como en veinte países a partir de la Universidad Católica de Lovaina. Y nos encontramos con datos que no nos esperábamos: justifican esas relaciones el 58% de los hombres y el 37% de las mujeres. La aceptación de la homosexualidad es más baja; curiosamente las mujeres la aceptan un poco más que los hombres: 23% contra 22% de hombres; la prostitución la aceptan el 33% de los hombres y el 24% de las mujeres; las relaciones sexuales fuera del matrimonio la aceptan 39% de hombres y 26% dicen que no.



Aquí yo quiero hacer una aclaración: el que una mayoría estadística esté a favor de una determinada norma no cambia su valor; la norma sigue existiendo; la norma es norma independientemente de que tenga una mayoría que esté o no de acuerdo; pero para la actitud pastoral importa mucho cuál es la posición de la gente; no la vamos a mandar al infierno, no; a la gente la hemos de tomar como tal, vamos a tratar de acercarnos a ella a partir de su propia posición y en ese sentido es importante esta información de los datos estadísticos independientemente de que la norma sea muy clara o esté muy precisa.

Relaciones padres-hijos

El problema de las relaciones padres e hijos e hijos padres es conceptualizado por la juventud de una forma tremendamente crítica. El 80% de los jóvenes en una encuesta que acabamos de practicar precisamente el año pasado, el 80% de los jóvenes rechazan y critican de alguna manera, a veces tremendamente ácida a sus padres, las relaciones de sus padres, los consejos de sus padres. Y existe un 40% en donde el rechazo es total. Es decir: hay una percepción sumamente crítica de la juventud frente a los padres. Y cuando les preguntamos a los padres como son sus relaciones con sus hijos, nos encontramos que la situación es mucho menor: un 60% de los padres dicen que tienen problemas de relación que no saben cómo tratar a sus hijos; que no saben cómo educarlos actualmente; me estoy refiriendo a los hijos adolescentes.

Otra problemática que se da más en la ciudad que en el campo, el replanteo de las relaciones entre padres e hijos. Los hijos sienten que saben más que

los padres, -es la verdad, los hijos tienen en términos estadísticos una mucho mayor escolaridad que los padres. Hay un problema de conceptualización: sentirse en la vida moderna los hijos, y los padres sentir que están desfasados.

Los padres parece ser que tienen más deseos de mejorar esta situación. Pero esto no resuelve la preocupación de los padres porque ya no pueden educar a los hijos como ellos recibieron la educación. Aquí se plantea un problema que a mí me parece apasionante: el de la conducta inaprendida. ¿Qué pasa cuando hay una conducta inahaprendida, es decir una conducta que no he aprendido en nadie? ¿qué pasa con la juventud que dice "yo no quiero seguir el modelo de mis padre? Esto lo vimos en una muestra que sacamos de parroquias: los novios en un 80% decían que querían crear un modelo diferente del de sus padres; no que los criticaran pero que querían ser diferentes. Cuando volvimos a entrevistar a una muestra de estos novios, los encontramos ya casados; estaban actuando de una manera similar a sus padres, casi en su totalidad. Es decir, cuando la conducta inaprendida no encuentra el modelo, entonces primero es un rechazo, una búsqueda, un ensayo-error, y vuelta al modelo atrás con una frustración muy grande.

Ahora precisamente estamos realizando todo un estudio nacional sobre la actitud de los jóvenes, y nos estamos encontrando el problema de cuál es el modelo, el modo en el que podemos replantear la educación de los jóvenes. Y evidentemente tienen que intervenir los padres; el problema no son los jóvenes, dijera yo, son los padres, porque ¿cómo reeducar a los padres? Es más fácil reeducar a los jóvenes; al fin de cuentas están al inicio de su vida y su ensayo-error les permite hacer reajustes. Pero los padres no se dejan y cuando tratamos por ejemplo con los muchachos de las bandas, y con el problema de la drogadicción, o los muchachos drogadictos, el problema es el tratamiento de los padres.

En Tulancingo tenemos un centro de rehabilitación de los muchachos; y se ven procesos de verdadera conversión religiosa. Muchachos drogadictos que estaban en la última y se curan por pura convicción, por fuerza de voluntad, por ver una perspectiva buena, por sentir que vale la pena vivir. Pero cuando regresan a su casa vuelven a la misma situación y reinciden en un gran porcentaje; el

problema es la familia; y no es que los padres sean malos, pero cuando falla la madre, hay problemas terribles. Si falla el papá, no tanto, pero cuando falla la madre el muchacho se viene abajo.

Nuestra sugerencia al respecto, es el buscar intermediarios entre padres e hijos. No para deshacer a los padres, no para prescindir de los padres, sino precisamente para replantear la interrelación comunitaria a otros niveles con intervención de otros elementos. En cierto sentido la familia consanguínea tiene que ser sustituida por la comunidad.

Hay ventajas indiscutibles en la familia consanguínea, por su solidez, por los lazos entre los miembros familiares aun cuando no habiten en el mismo lugar. La familia núcleo tiene también por otro lado sus ventajas. Desde luego que no se oponen. Hay que aprovechar las ventajas de esa responsabilización que da la familia individual, de ese respeto al muchacho, y darle facilidades para que desarrolle su capacidad de toma de decisiones.

Hay que fomentar el reencuentro de las familias al nivel de barrio, al nivel de parroquia, al nivel de grupos, al nivel de clubes, al nivel de escuelas, en cualquier nivel en donde haya un encuentro de diversas generaciones y diversos padres.

Cuando un padre ve en otro el problema con su hijo, ese padre le dice al otro: "No seas así, mira sé más comprensivo", le ayuda muchísimo el ver en los otros el mismo problema que tiene y cuando se ve fuera de uno se capacita uno mucho mejor para resolverlo en la carne propia. Hay una serie de experiencias muy importantes para resolver este problema de la brecha generacional, -brecha un tanto artificial, porque incluso está copiando el modelo de los Estados Unidos: Replanteemos nuestro propio comportamiento. Que la educación no sea vertical descendente, sino también de abajo hacia arriba, cuando si los padres aceptan que van a aprender de los hijos, los hijos se vuelven extraordinarios.

Los ancianos en la familia

El problema del anciano que se queda solo, no encuentra lugar y tiene que recuperar su propia familia y su propio papel. El contacto del abuelo con la tercera generación, con los nietos y el contacto de los nietos con los abuelos es muy importante; muchas veces el conflicto difícil se da entre padres e hijos y el abuelo se puede convertir en el interventor. El abuelo tiene

que tener una actitud de comprensión. Hay abuelos extraordinarios, que han vivido otras épocas pero que ya ven la modernidad de otra forma; no estando tan comprometidos son más comprensivos; entonces son mediadores a veces extraordinarios.

Entonces se puede dar la continuidad de ese modelo de vida de lo que soy yo hasta lo que es mi abuelo. Es decir: la presencia del abuelo es muy importante y es muy importante no relegarlo, no despreciarlo, recurrir a él y darle un papel también por todo lo que puede hacer y que puede ser mucho. Y no se diga las abuelas que cuidan a los nietos y se vuelven madres de los hijos de sus hijas, particularmente en los casos de madres solteras:

La persona necesita nacer en una familia y debe vivir y morir en una familia; lo ideal es que nazcamos en la familia fundada por los padres y muramos en la familia fundada por los hijos. Esto a veces no es tan fácil, porque la familia falla en su misión de enseñar a amar. Pero si nosotros vamos enseñando a amar a los hijos aprendiendo primero nosotros mismos creo que entonces en el futuro podremos decir que nacimos con nuestros padres y morimos con alguno de nuestros hijos.

El Encuentro Matrimonial es un movimiento mundial. De él nació el Encuentro Familiar. Esa maravillosa experiencia se basa principalmente en el amor y la fe cristiana. Nace de una reconciliación entre padres e hijos y entre hermanos que se abren a través de un diálogo a base de preguntas. En cada intervención cada uno reflexiona y escribe y después se juntan en el cuarto de papá y mamá y ahí todos dialogan sobre lo que respondieron cada uno, con resultados maravillosos. Ahí escuchamos a nuestros hijos realmente y nos damos cuenta no de que estábamos equivocados nosotros o ellos, sino de que lo que sucedía era que nosotros queríamos imponer nuestras ideas diciendo que éramos la experiencia. Y ahí nos dimos cuenta de que nuestros hijos pensaban totalmente diferente de nosotros, pero con mucha claridad, también con mucha veracidad.

Los Encuentros Familiares han dado frutos muy grandes: se han reconstruido familias que estaban totalmente desintegradas. En los Encuentros matrimoniales la pareja sí se reencuentra, se apapacha y todo; pero cerramos los ojos a los problemas de los hijos y cuando sale un problema grande queremos taparlo con el dedo. A partir del encuentro familiar se

establece un diálogo entre padres e hijos, y nos damos cuenta que nosotros fallamos porque no escuchamos.

Los menores abandonados

El problema de los niños desvalidos, de los niños abandonados, de los sistemas de asistencia social para atender a estos niños incluso drogadictos tiene que ver con el problema familiar de conjunto. Hay todo un problema de drogadicción terrible, cuya gravedad reside en la difusión de ésta, en la corrupción de los negociantes de la droga. La actitud cristiana verdadera y valiente es enfrentarlo. Los muchachos caen en la droga no porque sean malos sino por que están buscando algo y en esa búsqueda caen. Los padres no debemos estar ausentes, de una manera o de otra los padres tenemos que estar presentes y ser comprensivos.

El caso de un hijo drogadicto es terrorífico; cuestiona todos tus esquemas. Si se deja llevar por una norma rígida, por un regaño, por un señalarle lo mal que está haciendo etc. no le ayuda absolutamente en nada. La única fórmula es la fórmula cristiana del saber perdonar como Dios nos perdona; si a nosotros Dios no nos perdonara estaríamos perdidos. Debe darse el reencuentro de los padres, a pesar de que es muy difícil.

El desarrollo de la mujer

Nuestras mujeres se están desarrollando y ¡qué bueno! Realmente partimos de un ancestral desconocimiento a la dignidad de la mujer aunque se hable de ello hermosamente, simbólicamente en otro sentido. La iglesia misma ha desconocido en muchos sentidos el derecho de la mujer a participar. Esto no es pecado de la Iglesia, es del mundo entero; son 19 milenios de la humanidad en los que el desarrollo de la mujer ha quedado grandemente limitado.

A la pregunta si se identifica el desarrollo de la mujer con su maternidad, el 54% de la población nos dice que sí, que el desarrollo de la mujer es igual al de ser madre. Pero hay ya un 46% que dicen que no sólo en eso la mujer se puede desarrollar, porque no solamente tiene una fecundidad biológica, sino también una fecundidad social y una fecundidad espiritual. En ese sentido los hombres somos el problema: la inseguridad de los hombres dificulta aprender a descubrir el papel que nos corresponde cuando nuestras mujeres se desarrollan. Cuando nuestras mujeres se desarrollan, trabajan y participan en la organización comunitaria, (porque generalmente son las mujeres



las que participan más en la organización del barrio, en la organización de vecindades). Nuestra mujer campesina ha estado presente en su comunidad más que la mujer urbana. La mujer sale y se desarrolla con una capacidad de compromiso que crea problemas que el hombre tiene que saber también reasumir, retomar.

Sacralización o secularización de la familia

Y finalmente, y más brevemente, el problema de la secularización familiar. Toda la vida familiar en la historia de la humanidad ha estado sacralizada: el nacimiento está ligado a Dios, la muerte no se diga; el desarrollo de los diversos pasos de la vida del ciclo familiar está ligado con Dios: el matrimonio, las relaciones sexuales se consideran también sacralizadas en todas las sociedades. Pero ¿qué pasa en la sociedad moderna? Que se seculariza, y cuando esa secularización se convierte en secularismo que rechaza la religión, como ha sido con frecuencia, afecta tremendamente a la familia. Pero si la secularización es vista como aceptación de la tarea humana por la que, como decía Teilhard de Chardin, el hombre toma su vida en sus manos, se responsabiliza, es la causa de su propio beneficio, de su propia aventura y de su propia desgracia, cuando depende de él mismo y asume su propia responsabilidad -y en eso consiste la secularidad-, entonces significa que las causas de lo que sucede en nuestro mundo se atribuyen a nosotros no a Dios; Dios está

allá atrás de todo esto; Dios está en el sustento de la vida, pero no es culpable de nuestros errores, pero no es el que nos regala a unos sí y a otros no; mal Dios sería ese.

No siempre se atina con este sentido positivo, y entonces el proceso de la secularización afecta directamente a la familia, si al secularizarse pierde la referencia religiosa. Si no sabemos encontrar una religión para la secularidad, no vamos a poder ver que, aunque la vida cotidiana de la familia no esté sacralizada, sin embargo Dios está reinando en ella. No podemos contentarnos con recurrir simplemente a formalismos rituales; lo que está pasando es que la

secularizando a una velocidad extraordinaria. No le atribuyamos la culpa simplemente a la escuela laica; atribuyámosla a que no hemos sabido encontrar una religiosidad adecuada a este mundo de responsabilización secular. La secularización es un fenómeno netamente cristiano: cuando Cristo vino a este mundo y se encarnó le dió carta de naturalización a la vida humana, a la carne humana, a la temporalidad y le dijo al hombre: "cree en ella porque si crees en ella y te desarrollas en ella te vas a acercar más a Dios". Nuestra vida familiar y la cristianización de nuestras familias tiene que ir más allá de este proceso de secularización que, aunque no lo queramos, va a estar cada vez más presente en



RESPONSABILIDAD POR LA VIDA EN CIRCUNSTANCIAS INJUSTAS

Luis Adolfo y Guadalupe Orozco.
Secretariado del Equipo Regional
de Pastoral Familiar, Región Occidente

No pretendemos elaborar un artículo acabado; sólo queremos destacar algunos obstáculos que continuamente encontramos en nuestro trabajo de pastoral familiar. En todos esos obstáculos descubrimos una tremenda carga de una injusticia (social, económica, política, sexual, religiosa) de la que los padres (y particularmente la madre) más que 'responsables' resultan víctimas.

Del seno de la realidad de muchas familias brota un grito que reclama misericordia, apoyo pastoral y soluciones sociales, y no un juicio tajante como el que muchas veces reciben. Es más bien a la sociedad tan injusta que hemos construido a la que hemos de juzgar al oír ese grito.

El concepto de paternidad responsable tiene diversos significados, (incluso contradictorios) en distintos ambientes.

- Los pobres tienen poca idea; son coaccionados a tener pocos hijos por la propaganda y las campañas de control natal. Algunos la aceptan y otros muchos la rechazan.

- La clase media se inclina más a entender la Paternidad Responsable como una práctica que les permite tener los hijos que puedan mantener económicamente, casi siempre por comodidad, sin importarle mucho la clase de medios para lograrlo.

- La clase rica, en su mayoría, entiende la Paternidad Responsable como el derecho y la obligación de tener pocos hijos (1 ó 2) recurriendo a cualquier medio. Muchos llegan a aceptar el aborto como el medio más eficaz para evitar los problemas de la paternidad no deseada.

- En las Instituciones sociales y gubernamentales la

Paternidad Responsable es, eufemísticamente, control natal por cualquier medio.

- En el Clero y en los Agentes de Pastoral más preparados, es el derecho y el deber de tener los hijos que en conciencia puedan y deban mantener y educar, respetando la naturaleza y el plan de Dios.

Esto crea una confusión en muchos, una indiferencia en otros, al no distinguir entre *paternidad responsable* y *planificación familiar*. Se tiene una confusa idea de que la Iglesia exige una familia numerosa. Existe gran dificultad para el discernimiento concreto, porque las normas y principios, aplicados legalistamente, no iluminan la situación particular. No se sabe cómo resolver el conflicto de derechos y obligaciones.

La *fecundidad irresponsable* (madres solteras, hijos sin familia, varios 'frentes') es creciente y alarmante.

Enumeramos tan solo unos 'flashazos' de lo que hemos encontrado en nuestro trabajo con familias en una colonia suburbana en Guadalajara.

- Falta de vivienda, comida, escuela, agua; la falta de todos los servicios deja insatisfechas las exigencias humanas fundamentales. Y en esa situación se les exige a las mujeres, ante su angustia por no poder tener responsablemente un hijo más, que lleven el método natural, que requiere educación, orden, limpieza, privacidad y, sobre todo, diálogo con la pareja. Como no lo practican, a las mujeres se les condena y se les quita la esperanza en la otra vida. Ellas dicen: "me descomulgó el padre". Pero además, si no tienen todos los hijos que se supone que pueden tener, los hombres las dejan porque "ya no funcionan". En esa desprotección de la mujer ¿no hay una verdadera injusticia?

- En muchos confesonarios el sacerdote indaga sin que se lo pregunte la mujer cuántos hijos tiene y qué método usa de control. Un asesino tiene salida si busca la absolución; en cambio una mujer que usa anticonceptivos no sólo se encuentra con la negativa sino a veces incluso con una condenación ya en vida. ¿Es mayor pecado el impedir la concepción (muchas veces por razones justas) que asesinar a un semejante? ¿No es esto un abuso? Muchos sacerdotes con los que hemos hablado nos han confesado que no han leído ni siquiera la doctrina oficial de la Iglesia sobre problemas de natalidad y sólo se guían por noticias

mitiladas en periódicos; de ahí que tomen una actitud legalista más que pastoral.

- En veinticinco años de pláticas prenupciales hemos constatado que las parejas jóvenes están cada vez más alejadas de la Iglesia. Y se alejan todavía más por sentirse incapaces de cumplir con una paternidad responsable fincada sólo en métodos naturales cuya eficacia no les resulta verdaderamente eficaz, y sobre la que a veces se les dicen verdades a medias.

- El Gobierno, forzado por el BID, tiene orquestada una campaña tendiente al control de la natalidad, manipulando las cosas y diciendo medias verdades y a

quejan de que los días de abstención son los días que ellas tienen un deseo de unión con su esposo. En la naturaleza la hembra sólo tiene deseos y se aparea cuando es fértil. ¿No funciona igual la naturaleza en la mujer? ¿Es ella la que tiene que sacrificarse siempre?

- En la investigación del Taller de Trabajo sobre Desintegración Familiar, que hizo la Región de Occidente de Pastoral Familiar se encontró en casi todos los medios socioeconómicos como principal causa de desintegración en la familia el alcoholismo y no el control de la natalidad. ¿Qué se ha hecho por parte de la Iglesia respecto de ese problema?



veces imponiendo métodos de control sin el consentimiento de la pareja. ¿Puede la gente del pueblo manejar adecuadamente el problema de conciencia que se le plantea ante esas presiones y las que plantea la Iglesia? En la Región Pastoral de Occidente un gran porcentaje de matrimonios está dejando la Iglesia al no encontrar solución a sus problemas. Otros no se atreven a dejarla, pero se retiran de los sacramentos. Entre los que aceptan y siguen las recomendaciones de usar el método Billings hay algunos muy radicales que llegan a valorar el método por encima de la misma gracia santificante.

- Señoras que practican el método natural se

- Muchas mujeres que han practicado el aborto nos han platicado profundamente angustiadas que lo han hecho forzadas, porque es producto de la vida en promiscuidad con sus consanguíneos, o por el miedo al *qué dirán* de la familia o el ambiente, o incluso forzadas por el marido por no poder mantener al nuevo niño. ¿Qué justicia hay para ellas?

Ante todas estas circunstancias que los padres (y en particular las madres) no buscan sino que padecen, nos preguntamos: ¿qué exige una auténtica justicia? ¿Cuál habría sido la actitud de verdad y misericordia de Jesucristo? ¿Nos parecemos más a Jesús o a los fariseos?

LUCHAR POR LA FAMILIA DESDE SU REALIDAD

Sebastián Mier

Profesor de Moral del Instituto Teológico, SJ

CONCEPTO DE FAMILIA NO LEGAL, SINO EXISTENCIAL

Al hablar de la situación de la familia, de su problemática y de su pastoral hoy en México, me parece que lo primero que hemos de hacer es aclararnos el concepto mismo de familia. Ordinariamente se parte de una consideración más bien jurídica, y según ella el punto fundamental consiste en que los padres estén unidos por el vínculo legal del matrimonio eclesiástico (o cuando menos civil). Así en muchas 'misiones populares', y también en pastoral ordinaria, se visita los hogares para ver si están casados por la Iglesia; si la respuesta es afirmativa, se piensa que ahí ya no hay mucho que hacer, y si la respuesta es negativa, se considera que tal es el principal problema por resolver. Ante dicha situación jurídica, lo demás ocupa un lugar relativamente secundario: la relación entre los cónyuges, la educación de los hijos, la instrucción cristiana, la participación en la vida parroquial, la convivencia con los vecinos, el compromiso con los asuntos de la colonia o del pueblo, etc.

Sin negar la importancia del vínculo institucional, me parece que el énfasis debe colocarse más bien en la vida misma de la "familia" incluyendo sus diversos aspectos. Hacia allá apunta el final de un párrafo un tanto perdido en el Documento de Puebla: "... además, no podemos desconocer que un gran número de familias de nuestro continente no ha recibido el sacramento del matrimonio. Muchas de estas familias, no obstante, viven en cierta unidad, fidelidad y responsabilidad. Esta situación plantea interrogantes teológicos..." (578). Es un apunte sumamente realista y fecundo a la vez, que desgraciadamente no ha tenido un seguimiento suficiente. A la luz de este dato inobjetable tenemos que replantear muchas afirmaciones que tenemos por obvias, pero que poseen más bien un carácter desiderativo.

1. Lo fundamental del matrimonio y de la familia

es su vida misma, con esas características que Puebla expresa como unidad, fidelidad y responsabilidad. Esto no sólo al interior del hogar, sino también en proyección a la comunidad eclesial y a toda la sociedad.

2. Esto nos debe llevar a reconocer con toda sinceridad que "ni están todos los que son, ni son todos los que están", es decir, que ni todos los matrimonios eclesiásticos viven dicha unidad, etc; y que tampoco todos los que no se han casado por la Iglesia carecen completamente de esas cualidades.

3. Por tanto me parece que es mejor definir la familia en términos antropológicos como la unión estable entre el hombre y la mujer que permite:

- * un mutuo apoyo y complementariedad entre ellos en todos los aspectos, amor y respeto;

- * una procreación responsable que ofrezca a los hijos los elementos necesarios para desarrollarse en todos los aspectos (con el apoyo subsidiario de otras instancias sociales);

- * una colaboración adecuada a la justa construcción de la sociedad.

4. Cabe hacer notar que en esta 'definición' prescindiendo expresamente de toda referencia a una confesión religiosa y a un vínculo legal. Estos elementos tienen su importancia, pero no son los definitivos. Y la medida de dicha importancia nos la dará la realidad misma, el influjo real que tienen (o no tienen) para el desarrollo de la familia; y no las suposiciones del estatuto jurídico.

CONSECUENCIAS PASTORALES DEL CONCEPTO EXISTENCIAL

Esta definición nos puede dar alguna luz para enfocar tanto la problemática familiar como la demográfica. Respecto a la familiar nos dice que hay que buscar todos los medios para que todos los niños nazcan en condiciones 'familiares' adecuadas. Eso de 'todos los medios' requiere de mucha experiencia y creatividad, podríamos hablar en general de los económicos (trabajo, vivienda...) los sociales (salud, dignidad, derechos...), los educativos (psicoafectivos, instrucción en general y en particular sexual...) y religiosos (conocimiento cercano el Padre, de Jesús, de su evangelio; aptas celebraciones sacramentales, oración; presencia de María...).

También es necesario reconocer que hay un buen porcentaje de la población que no nace dentro de una

familia. Y esto significa un reto muy grande tanto para la pastoral familiar, como para una adecuada planeación demográfica.

Hablo de *adecuada* planeación porque ciertamente no se trata de caer en la trampa de los modelos egoístas-consumistas-hedonistas que buscan multiplicar el número de comodidades a costa de reducir el número de comensales. Lo fundamental no es que haya menos hombres; sino que las riquezas estén mejor repartidas. La opción cristiana es por una vida sencilla, no por el lujo y la superabundancia. Pero por otra parte cabe reconocer que existe un incremento un tanto desordenado de nacimientos. (Aquí nada más lo apunto; será necesario perfilarlo más).

EVANGELIZAR MAS CON OBRAS QUE CON PALABRAS

Quisiera reformular todo lo anterior en término: un tanto diversos. Jesús nos invita a evangelizar, a llevar el evangelio con *obras* y palabras: "... *curen a los enfermos, expulsen los demonios* y díganles que el reinado de Dios está próximo" (Zc 9,1). Las obras forman parte constitutiva de la evangelización y de alguna manera preceden a las palabras. Esto que ya está presente desde la invitación misma de Jesús, se hace aún más necesario en nuestro tiempo en el que la demagogia de diversas fuentes ha devaluado tremendamente la palabra.

Según esto, la pastoral familiar ha de abocarse a curar las enfermedades y a expulsar los demonios que afectan a las familias en México. Lo cual nos lanza a considerar todo el conjunto de la realidad. Y en ella encontramos de nuevo lo que mencionaba párrafos arriba, que es necesario luchar en todos los ámbitos (económico, social, educativo...) para que la familia tenga condiciones adecuadas para desarrollarse y cumplir su tarea. Cayendo en la cuenta de que existe un número muy grande (no son excepción) de no-familias. (Recordando aquí que el criterio no es tanto el matrimonio eclesiástico o civil; sino la "unidad, fidelidad y responsabilidad"). Dentro de este marco mucho más amplio hemos de colocar la parte de la pastoral familiar que se refiere a la preparación y celebración del sacramento del matrimonio.

PASTORAL MAS DE LAS FAMILIAS QUE DE LOS AGENTES

Así enfocada, la pastoral familiar implica de lleno

a toda la familia y a todas las familias en todos los aspectos de sus vidas. Ahora, para que estas vidas familiares puedan ser consideradas "pastoral familiar" se requieren tres condiciones:

1) primera y básica, que su vida se desarrolle en la "unidad, fidelidad y responsabilidad" en el devenir cotidiano. Es decir, que *vivan* fundamentalmente en la línea del amor y la justicia; tanto al interior de la familia como en sus múltiples relaciones hacia afuera.

2) Que tengan conciencia de que al vivir así responden a una invitación que nos hacen Dios nuestro Padre y Jesús. Más aún, que crezcan en el amor y la justicia cotidianos precisamente para responder más plenamente a esa invitación.

3) Que haya una coordinación entre los diversos esfuerzos, una organización que les vaya dando mayor eficacia y amplitud en todos los ámbitos de la vida (educativo, económico...).

Quizá esta forma de presentar la pastoral familiar pareciera que no necesita de 'agentes' de pastoral (sacerdotes, religiosas, laicos). La experiencia nos muestra que no es así, que es indispensable el trabajo de dichos agentes. Un trabajo dedicado, constante y creativo. Pero sí nos advierte que este trabajo tiene por objeto captar lo que ya hay en las familias y colaborar para potenciarlo, de modo que los sujetos principales vayan siendo las mismas familias.

NIVEL DE "PERTENENCIA" ECLESIAL Y SACRAMENTOS

Las condiciones 2 y 3 que acabo de señalar nos indican por una parte una línea de crecimiento, pero podrían ser también criterio de una pertenencia *activa* a la Iglesia. Y de ahí pasar a preguntarnos si es válido hablar de una pertenencia *meramente pasiva*, que se limita casi a haber recibido el bautismo. Esto no significa desde luego afirmar que quienes participamos activamente en la Iglesia seamos mejores personas e hijos de Dios que quienes no lo hacen; plantea tan sólo la cuestión del significado de una (supuesta) pertenencia que no se manifiesta mediante un interés de alguna manera activo.

Estas consideraciones podrían parecer un tanto abstractas, pero pretenden ofrecer alguna luz ante los muy numerosos casos de personas (supuestamente) "cristianas", es decir bautizadas, que no tienen el

menor interés en casarse por la Iglesia. Si en lo ordinario no participan en la vida eclesial, ¿por qué desearán hacerlo al formar una familia?

Y repito lo que ya insinuaba Puebla 578: eso no significa necesariamente que su vida familiar sea por ello menos íntegra y auténtica. La experiencia muestra que muchas veces esas familias viven grandes valores cristianos.

De aquí no se sigue que ya no haya nada que hacer desde el punto de vista de la evangelización. Al contrario, nos señala un reto mucho más grande: evangelizar la vida toda y no sólo el momento de la unión matrimonial.

No podemos pretender seguir viviendo en una estructura de 'cristiandad' en la que equivalía el ser mexicano con el ser cristiano; en la que muchas acciones 'cristianas' se daban por supuestas. No podemos limitarnos a tratar de conservar la situación anterior; a lamentar los cambios y a condenar a quien no procede según nuestros criterios. Es indispensable una evangelización a fondo que convenza los corazones y no nada más que coaccione las conciencias. Evangelización que ciertamente se sirva de la palabra, pero mucho más del testimonio vital.

PASTORAL FAMILIAR Y CEB'S

Sin pretender que tenga la exclusiva, el trabajo que realizan las comunidades eclesiales de base (CEB'S) me parece muy acertado para lo arriba dicho. No se contenta con la pura reflexión de la palabra de Dios, sino que busca proyectarla a la vida diaria. En una proyección que no sólo 'ilumine' lo que sería bueno que 'se hiciera', sino que buscando los medios necesarios para realizarlo: grupos de salud y nutrición; visita y atención de los enfermos y los ancianos; cooperativas de ahorro, consumo y producción; grupos para 'chavos banda' y drogadictos; catequesis; fiesta patronal; participación en organizaciones de vecinos y colonos; luchas populares, etc.

Respecto a lo más expresamente familiar todavía tienen las CEB's mucho camino por andar. Está muy generalizado el hecho es que, a pesar de que la invitación a participar en las reflexiones y en las actividades se hace a toda la familia, las que mayoritariamente toman parte son las mamás. Hay que buscar los medios para convocar mejor a los

papás y también a los jóvenes. Es cierto que la búsqueda del sustento familiar supone jornadas muchas veces extenuantes para los papás; pero sí podrían tener mayor colaboración. Al menos apoyar más el trabajo de las demás personas y en particular el de sus esposas. En efecto, es muy frecuente que se opongan a las actividades de sus esposas, muchas veces sin más razón que "ellos son los que mandan en casa".

Por otra parte, la riqueza del objetivo de las CEB's corre el riesgo de volverse su debilidad: si busca atender todos los ámbitos de la vida, puede caer en descuidar algunos que son importantes. Más en particular, cabe señalar aquí el posible descuido de lo familiar por preocuparse excesivamente por lo político. Es muy cierto que lo político es fundamental para atacar a fondo las injusticias sociales que están en la raíz de muchos de los problemas de las familias. También es cierto que la actual coyuntura del país requiere de especiales esfuerzos en lo político. Pero todo ello no puede intentarse a costa de la vida familiar necesaria (y de otros aspectos de la vida también trascendentales).

Hay que estar atentos al proceso de cada comunidad, de cada parroquia y región: considerar no únicamente lo que es necesario y aun urgente, sino también cuáles son los recursos (sobre todo humanos) con los que se cuenta. Me parece que es indispensable consolidar primero una sólida base en ámbitos más al alcance de la gente e igualmente trascendentales, antes de lanzarse a acciones de mayor envergadura.

Claro que no se pueden dar recetas ni 'termómetros' muy precisos; pero pienso que las CEB's tienen un aporte muy valioso que ofrecer en toda esta cuestión del servicio a las familias: las familias mismas de quienes participan en las CEB's, las otras familias 'cristianas' y también las que no reconocen a la Iglesia. Todo ello en colaboración con otras instancias que procuran la auténtica promoción de las familias.

PASTORAL FAMILIAR EN PROCESO DE CAMBIO

Luis Guzmán García
Ma. Alicia Puente de Guzmán

En este ensayo presentamos algunas reflexiones sobre los aportes y debilidades de una pastoral familiar que al mismo tiempo que responde a grandes necesidades de algunas familias en la actualidad, manifiesta sin embargo serias limitaciones al restringir su acción a lo intrafamiliar y 'constituirse así' en una visión más familista que familiar, y en su caso más espiritualista que espiritual, más moralista que moral.

Ante las dimensiones no atendidas y que por lo mismo constituyen una debilidad en los mismos planes de pastoral proponemos algunas experiencias que pueden ser un apoyo en la urgente tarea que hoy desafía a la Iglesia y a la pastoral familiar.

FAMILIAS, IGLESIA Y SOCIEDAD

No podemos dejar de hacer una mención a las difíciles y críticas condiciones que hoy son el terreno social donde se ubican las familias y la Iglesia. Aún más, es necesario precisar que, si bien para las mayorías estas condiciones afectan precisamente en las demandas y requerimientos básicos para subsistir, hay otra gama social a quienes esta crisis afecta, sí, pero con menos severidad. También encontramos en el otro extremo un pequeño grupo de familias quienes sienten que en esta etapa 'Dios las ha bendecido', porque sus recursos financieros se acrecientan sin cesar, sus bienes inmuebles aumentan de valor; son aquellas que anhelan la devaluación del peso porque así con sus dólares se multiplica su capacidad económica.

Ante esta rudas, graves y desiguales condiciones sociales, como Iglesia necesitamos diseñar y actuar nuestros programas de acción en relación a las familias. Para el más inexperto programador esto exigiría acercarse con detenimiento a estas realidades diferenciadas para advertir en ellas los requerimientos peculiares que los miembros de una familia ubicada

en lugares sociales concretos presentan. También es necesario percibir los recursos de diferente naturaleza, o económicos o experiencias humanas de organización colectiva... de FE como elementos clave que las familias puedan aportar.

Será de acuerdo en esas necesidades y recursos peculiares que los proyectos de pastoral familiar deben orientarse, si deseamos que sean eficaces evangélicamente esas líneas de acción eclesial. La familia hacia su interior constituye un espacio de entrenamiento en relaciones diferenciadas en cuanto sexos, lugares cronológicos, características de salud, disposiciones, aptitudes o habilidades diferentes. Conforma, entonces, una dinámica experiencia de vida que exhibe con evidencia el hecho de ser desbordada por las influencias de otros organismos sociales.

Si en alguna etapa de la historia se llegó a percibir una 'fuerza de lo familiar', si "la sociedad llegó a ser en algún momento el resultado de las familias", en nuestra etapa actual, por el contrario nos damos cuenta de la gran influencia de la sociedad experimentamos la debilidad de la familia.

No sólo en nuestras sociedades urbanas sino también en millares de pueblo provincianos las familias se ven invadidas por un alud de modelos culturales extranjeros que a través de cantos, modas en el vestir, en el comer, en el pasear, en la forma de reglar la casa, en la forma de utilizar el tiempo, en el tipo de trabajos, de estudios, etc, en los cuales las tradiciones familiares poco pueden hacer y más bien terminan por ser absorbidas, especialmente en la generación de los hijos y rechazados en diferentes formas y grados por la generación de los padres, con las consecuentes tensiones y conflictos familiares.

Se observan también otros cauces por los que la estructura social ha alterado las relaciones conyugales y familiares: es el tipo y forma de trabajo. En las ciudades las grandes distancias, los problemas de transporte colectivo alejan al padre de familia desde la madrugada hasta el anochecer. Las atenciones diarias a los hijos, la comunicación cotidiana se vive entonces en ausencia del padre y es la madre la única que asume cargas y responsabilidades cotidianas; es también la que disfruta el surgimiento a la vida de las diversas aptitudes y capacidades de los hijos.

Pareciera que el sistema actual tuviese como uno de sus objetivos impedir la comunicación entre los

esposos y del padre con los hijos. Eso en el caso de que la madre no trabaje.

Así podríamos continuar enfocando las diversas realidades familiares; baste esto para sustentar que no podemos hablar en singular de la familia en la sociedad sino que es del todo punto imprescindible referirnos a *las familias* en la sociedad, así en plural.

Una derivación de lo anterior se impone; a realidades diferentes, necesidades diferentes, familias diferentes y por lo tanto respuestas diferentes, todas, eso sí, orientadas por un mismo objetivo común: ofrecer a las personas los elementos que les permitan crear condiciones para que ellas ejerzan su dignidad, coadyuven con sus capacidades y logren un caminar digno de denominarse peregrinación fraternal. Esta es la única forma de experimentarse y de comportarse como hijos de Dios, como hijos de un mismo Padre, Padre bondadoso... dador de la vida.

Algunas experiencias de pastoral familiar

Podríamos afirmar que la acción de la Iglesia se orientó durante siglos en forma individual. La preocupación no es directa por las parejas y más aun por las familias es reciente; no tiene más de treinta y cinco años.

Fueron las congregaciones marianas las que por los años cincuentas en lugar de ser de 'señoritas' y de 'jóvenes' -puesto que empezaron a casarse entre ellos -derivaron en las congregaciones de matrimonios. Con otras experiencias semejantes, -las de círculos matrimoniales -fueron convocadas y posteriormente las que impulsaron el primer organismo de pastoral familiar: a nivel latinoamericano:

Movimiento Familiar Cristiano

Con rapidez se difundió en lo nacional y fue acogido con entusiasmo por parejas que tienen un buen nivel económico y/o de preparación profesional.

Desde el punto de vista eclesial el MFC constituyó un paso adelante en cuanto a un proceso de maduración de la espiritualidad y de la responsabilidad de los laicos. Los sacerdotes ya no fungían como directores en los grupos. Su misión era asesorar. Eran los matrimonios quienes tomarían la iniciativa en la organización general, en la elaboración de temarios, propuestas y métodos en las reuniones, etc. El

entrenamiento exigía a ambos: sacerdotes y laicos un cambio de *actitud*. No es el sacerdote el único que puede explicar la palabra; también el esposo, la esposa a través de su experiencia familiar tienen una palabra importante a pronunciar.

Fue un aprendizaje para ambos que el sacerdote dejara de hablar de "espiritualidad *conyugal*" para ceder la palabra y favorecer el que la pareja descubriera en su propio camino los signos, fuentes y peculiaridades de la espiritualidad del matrimonio y la familia.

Fue la ocasión de detectar y después constatar con admiración y entusiasmo que nosotros, los cónyuges, los novios, éramos los ministros del sacramento. Que el sacerdote era sólo el testigo privilegiado de la comunidad eclesial.

Las reuniones de equipo en el MFC fueron asimismo las circunstancias que nos llevaron a precisar -por compartir ahí las experiencias y reflexiones de tan variadas parejas- que el sacramento no es algo que "se nos da", algo que "nos cae del cielo el día que nos casamos ante el altar" sino que se prolonga o más bien que lo prolongamos en forma permanente, que lo renovamos cada vez que con nuestro comportamiento decimos SI TE ACEPTO, en tu salud y en tu enfermedad, en tu pobreza y en tu riqueza...

Esto nos ha conducido también a vivir con gratitud el *sí* que nuestro cónyuge renueva al sentirnos aceptados en nuestras pobreza, limitaciones, enfermedades sean éstas físicas, psicológicas ó de cualquier otro índole.

La oportunidad de compartir experiencias y búsquedas en los equipos y zonas del MFC nos llevó a confrontar la debilidad o incluso la inexactitud de plantear el matrimonio como un contrato con sus fines primario y secundario: uno de ellos 'los hijos', el otro el 'remedio de la concupiscencia'.

Las parejas compartíamos que, sin ignorar las grandes dificultades de caminar juntos, consideramos el matrimonio un llamado a constituir 'una comunidad de vida y amor' -con las luces y oscuridades que le son propios por la tensión que se da en cada ser humano: hecho de la tierra y llamado a ser imagen de Dios.

También vimos con claridad que los hijos más que



fin son FRUTO del amor. Realmente pocas parejas deben casarse por y para tener hijos. Nos casamos porque queremos acompañarnos, por que queremos recorrer juntos el sendero, de la vida. Al compartir todo nuestro ser, llegan unos frutos del amor que se constituyen en nuevos compañeros. Aun desde su cuna nos enseñan y nos ayudan en el descubrimiento del Padre común. En poco tiempo esos hijos se transforman en hermanos.

Ahora bien, *desde el punto de vista social*, de efectos en la sociedad de nuestro país es necesario reconocer una serie de limitaciones.

Los objetivos del MFC se quedaron atrapados en experiencias conyugales y familistas. Aun después que en Medellín se subrayó el compromiso de las familias (además de formadora de personas y educadora de la fe) en el desarrollo de la comunidad, las mismas estructuras de la organización, la misma demanda de tiempo para juntas de un estilo y de otro impedía que las parejas pudiesen estar disponibles para dar un servicio comunitario o, por lo menos, para preocuparse por lograr una mayor información acerca del origen y posibilidades de solución de conflictos, tensiones y necesidades sociales.

Incluso las sesiones de equipo cuya programación sugería reflexiones sobre problemas socio-políticos y apoyadas por temarios adecuados, fueron muchas veces cuestionadas, fundamentalmente por esposos que expresaban su deseo de hablar en esas juntas de 'algo calmado': de la familia, de la espiritualidad... porque su mundo del trabajo les envolvía en ese tipo de problemas todo el día y en la noche en las juntas querían descansar.

Pero no se llegó a plantear la necesidad de comprender el por qué de esos problemas, de qué manera, según su posición ó situación social ellos participaban -aun sin intención- en generar o agrandar esos conflictos.

Cuando se aceptaba hablar de estos conflictos, la preocupación por prever o pensar la forma de afrontarlos, se limitaba a propuestas de más oración y conversión personal, lo cual es evidentemente válido; pero no se percibía la necesidad de una comprensión de la complejidad y conflictividad social.

Ciertamente, incluso a nivel del magisterio -todo esto era previo a Medellín- las orientaciones tenían el mismo tenor. Fue precisamente hasta la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano cuando se habla ya de un pecado social y no sólo personal.

Y así, en muchas ocasiones las juntas de los equipos funcionaron, sin intención de que así sucediera, como espacios de evasión ante la problemática social.

Acercarnos a las familias de zonas populares para 'llevar el MFC' fue la ocasión para algunas parejas de persuadirnos de la necesidad de modificar nuestros métodos de trabajo; de la urgencia de rectificar nuestra concepción del apostolado... Lo perentorio, lo que no podía aplazarse más era reconocer en las familias de esos ambientes su calidad de SUJETOS y no de OBJETOS en una experiencia de evangelización, en todo encuentro humano.

Además eran de tal manera diferentes sus condiciones de vida que nuestros temarios, nuestras propuestas, de tipos de reunión, y de método de estudio resultaban no sólo inoperantes sino incluso agresivas y desde luego expresaban nuestra profunda ignorancia arropada con buenas intenciones.

Guías de Reflexión Familiar y Comunitaria

Fue así que aprovechando diversas inquietudes y experiencias previas se impulsó en zonas populares la elaboración de las guías. El trabajo se realizó con personas de esos lugares (Cerro del Judío y Ciudad Nezahualcoyotl). El contenido de las mismas partía en primer término de hechos vividos por algunos de ellos que podían invitar a los lectores a evocar situaciones parecidas y a compartirlas en el equipo. Un segundo paso hacía relación de esos hechos con la palabra de Dios que ellos recordaban para terminar con un ter-

cer momento constituido por una invitación a actuar en consecuencia lo reflexionado.

Las guías se presentaron en forma ilustrada para facilitar incluso la participación de aquellas personas que no sabían leer.

Las veinte guías resultado de esta experiencia manifiestan un incipiente pero evidente paso a una temática social. Encontramos temas conyugales del estilo de: "¿Cómo podríamos ser más felices juntos?". Temas comunitarios como: "Trabajar con los demás ¿es fruto de la fé? y otros con mayor dimensión social como "El pueblo, la familia y yo" y "ya no aguanto más este mundo".

Este es un material de apoyo a grupos que favorece una participación más activa para las familias de esas zonas. Ellas encuentran ahí sus propias situaciones de vida, su propio lenguaje, sus inquietudes... Ellas son las que las sugirieron. Ellas quienes propusieron la ilustración. En las últimas, incluso, los dibujos fueron hechos por ellos mismos.

Cuando estas guías se incorporan en parroquias que impulsan una pastoral más amplia, cuando los grupos parroquiales trabajan en la atención a otras necesidades de la comunidad y ante la preocupación por la integración y comunicación familiar se introducen en estas guías otros instrumentos que puedan ayudar a los esposos y a los hijos a fortalecer su vida espiritual, el resultado dista mucho del intimismo. Las familias no se quedan en sí mismas. Con iniciativa han incluido en sus otros apostolados la valiosa y urgente dimensión conyugal.

Exigencias y retos

La problemática social no es algo que podamos ver como espectadores pasivos, aun cuando nos preocupe mucho; ni siquiera algo que podamos sólo sufrir como víctimas. Es el terreno en que debemos actuar y actuar con eficacia evangélica.

De acuerdo a lo anterior, una de las primeras exigencias es proceder a la revisión simultánea y alternada de los objetivos, estructuras, contenidos, métodos de trabajo en los organismos diversos de pastoral familiar (llamense éstos MFC, FEF, Encuentros sin negar lo válido y valioso que tienen) con el objeto más directo de revisar si no los hemos desvinculado de su aspecto social.

Esta misma exigencia es válida para revisar servicios, preparaciones, celebraciones, homilias que se utilizan para atender los diferentes "Tiempos de la Pastoral Familiar" en el camino de los sacramentos, especialmente de aquéllos que otorgan prácticamente a todas las familias una explícita y válida oportunidad de fortalecimiento espiritual: bautizo, primera comunión, matrimonio.

Dejemos de hablar de una Iglesia en las nubes, exenta de toda contaminación social; de un Señor 'en los cielos'; del amor de los cónyuges en 'las alturas de la belleza etérea'; del amor a un Cristo escondido en el altar que aguarda tranquilo que ahí le vayamos a visitar. No neguemos la encarnación de ese Señor que no sólo se introdujo en nuestro mundo sino que se ubicó claramente en el inframundo social y político de ese tiempo.

Cristo espera de esa pareja de novios ante el altar que se apoyen, que se amen más cada día; que den testimonio de que el amor existe; pero que juntos, con su amor, con más fuerza, con más alegría, trabajen porque en el mundo vivan *todos*, y no unos cuantos, condiciones más fraternas.

A MODO DE CONCLUSION

Podríamos afirmar que cuando se desarrolla una pastoral familiar desvinculada de una pastoral social, se advierte una tendencia a mantener cerrada a la familia, aislada de su comunidad. Es decir, se torna familista. Aun cuando sus documentos, sus discursos, hablen de un compromiso comunitario, se ha observado que en lo general no puede trascender más allá de los límites de la propia familia.

En cambio si desde experiencias de trabajo comunitario y sociales se incorporan líneas de atención a la familia, entonces ésta resulta una pastoral familiar en la cual la familia se percibe influenciada y condicionada por la realidad social, pero también se hace consciente de su capacidad de potenciar un cambio si orienta sus acciones a promover la organización con las demás familias de su comunidad. De esta manera responde a su vocación de ser sujeto corresponsable de la edificación de la Iglesia y de la sociedad. Sin abandonar una ética individual se construye así una ética social.

Las asociaciones que vehiculen una línea de pastoral en esta forma lograron lo señalado por Juan

Pablo II en la exhortación apostólica Familiaris Consortio: "... Su cometido será el de suscitar en los fieles un vivo sentido de solidaridad, favorecer una conducta de vida inspirada en el Evangelio y en la fe de la Iglesia, formar las conciencias según los valores cristianos y no según los criterios de la opinión pública, estimular a obras de caridad recíproca y hacia los demás con un espíritu de apertura, que hace de las familias cristianas una verdadera fuente de luz y un sano fermento para las demás".

Es decir si como Iglesia -sacramento de Cristo-

asumimos que nuestra inserción es el mundo actual nos demanda trabajar por un cambio que favorezca a las mayorías empobrecidas, entonces partiremos de la certeza y de la exigencia de que toda acción pastoral tendría que contribuir a la transformación de las actuales situaciones de injusticia, que tanto alejan a nuestra Iglesia y a nuestro mundo del proyecto del Padre.

Para lograr esto se nos ha señalado el camino: ORACION y COMUNION fortalecidos por una organización comunitaria.



CONCIENCIA Y PATERNIDAD RESPONSABLE

Luis González Morfin
Profesor de Moral

En el desarrollo de este tema tocaré los siguientes puntos: primero, ¿qué es la paternidad responsable, según los documentos de la Iglesia?; segundo, ¿cuáles son los caminos que, en mi opinión, salen de esos documentos? tercero, retos y preguntas; cuarto, aludiré a los conflictos de valores y cómo tratar de resolverlos.

¿Qué es la paternidad responsable en los documentos de la Iglesia?

Nos basamos en los siguientes textos:

Vaticano II. *Gaudium et Spes*: No. 50, párrafo segundo y No. 51, párrafos primero y tercero.

Humanae Vitae: No. 10

Dcto. de los obispos mexicanos de dic 1972: No. 1, 2.

Dcto. de Puebla: Nos. 583 al 589, sobre todo el 584

Encíclica *Familiaris Consortio*: No. 28

Iniciemos citando la *Gaudium et Spes*, No. 50, párrafo segundo:

"En el deber de transmitir la vida humana y educarla, lo cual hay que considerar como su propia misión, los cónyuges saben que son cooperadores del amor de Dios Creador y que son como sus intérpretes. Por eso, con responsabilidad humana y cristiana, cumplirán su obligación con dócil reverencia hacia Dios; de común acuerdo y propósito se formarán un juicio recto, atendiendo tanto al bien propio como al bien de los hijos, ya nacidos o todavía por venir, discerniendo las circunstancias del momento y del estado de vida, tanto materiales como espirituales y, finalmente, teniendo en cuenta el bien de su propia familia, de la sociedad y de la Iglesia. Este juicio, en último término, lo deben formar ante Dios los esposos.

personalmente. En su modo de obrar, los esposos cristianos tengan en cuenta que no pueden proceder a su arbitrio, sino que siempre deben regirse por la conciencia, que hay que ajustar a la ley divina misma, dóciles al magisterio de la Iglesia, que interpreta auténticamente aquélla a la luz del Evangelio".

Quisiera subrayar aquí este punto: tratarán los esposos de formar su recto juicio mirando no sólo su propio bien, sino también al bien de los hijos nacidos o posibles, considerando para eso las condiciones materiales y espirituales de cada tiempo o de su estado de vida; finalmente teniendo siempre en cuenta los bienes de la comunidad familiar, de la sociedad y de la misma Iglesia. O sea que, para el Vaticano II, la paternidad responsable es una actitud que toma en cuenta también el bien de la sociedad temporal y de la Iglesia.

Veamos ahora lo que dice Pablo VI en la *Humanae Vitae*:

El amor conyugal exige a los esposos una conciencia de su misión de paternidad responsable sobre la que hoy tanto se insiste con razón y que hay que comprender exactamente. La relación hay que considerarla bajo diversos aspectos legítimos y relacionados entre sí. ¿Cuáles son esos aspectos? Los biológicos, las tendencias del instinto y de las pasiones y las condiciones físicas, psicológicas, económicas y sociales. En relación con los procesos biológicos, paternidad responsable significa conocimiento y respeto de sus funciones; la inteligencia descubre, en el poder de dar la vida, leyes biológicas que forman parte de la persona humana.

En relación con las tendencias del instinto y de las pasiones, la paternidad responsable comporta el dominio necesario que sobre aquéllas han de ejercer la razón y la voluntad.

En relación con las condiciones físicas, económicas, psicológicas y sociales, la paternidad responsable se pone en práctica ya sea con la deliberación ponderada y generosa de tener una familia numerosa ya sea con la decisión, tomada por grandes motivos y en el respeto de la ley moral, de evitar un nuevo nacimiento durante algún tiempo o por tiempo indefinido.

La paternidad responsable comporta sobre todo una vinculación más profunda con el orden moral ob-

jetivo, establecido por Dios, cuyo fiel intérprete es la recta conciencia...

Del documento de los obispos mexicanos de diciembre de 1972, sobre todo los dos primeros párrafos:

"LA PATERNIDAD. Ser padre es comunicar la vida en plenitud. Comunicar la vida plenamente no es sólo engendrar, sino proporcionar todo lo que durante años los hijos tienen derecho a esperar de sus padres: en lo material, alimento suficiente, vivienda adecuada, vestido y vigilancia a su salud; en lo humano, atención y cuidado, tiempo y desvelos, amor y comprensión, educación digna que les transmita lo mejor de sí mismos y del ambiente en que viven para que puedan desarrollarse como personas conscientes y libres. Comunicar la vida es entregar a los hijos todo lo que el hombre y la mujer van siendo cada nuevo día: los conocimientos y la experiencia de hoy, la distinta salud, la diferente capacidad de trabajo; en una palabra todo lo que son. Es este todo dinámico y cambiante el que los padres regalan a diario a sus hijos y es, por tanto, algo más profundo, más permanente y mucho más humano que la mera comunicación de la existencia. . .

... Esta visión humana y cristiana de la paternidad nos lleva a concluir, por una parte, la inmensa responsabilidad de comunicar la vida plenamente; por otra parte, la necesidad de que cada pareja reconozca humildemente su limitada capacidad de comunicar la vida antes de asumir tan seria responsabilidad. Por lo tanto, cada pareja debe medir sus posibilidades concretas materiales, temporales y personales, así como emplear los medios adecuados para el cabal cumplimiento de esta misión paterna."

Del documento de Puebla, el número 584:

"Cristo, al nacer, asumió la condición de los niños: nació pobre y sometido a sus padres. Todo niño -imagen de Jesús que nace- debe ser acogido con cariño y bondad. Al transmitir la vida a un hijo, el amor conyugal produce una persona nueva, singular, única e ir-repetible. Allí empieza para los padres el ministerio de evangelización. En él deben fundar su paternidad responsable: en las circunstancias sociales, económicas, culturales, demográficas en que vivimos, ¿son los esposos capaces de educar y evangelizar en nombre de Cristo a un hijo más? La respuesta de los

paures sensatos será fruto del recto discernimiento y no de la ajena opinión de las personas, de la moda o de los impulsos. Así el instinto y el capricho, cederán lugar a la disciplina consciente y libre de la sexualidad, por amor a Cristo cuyo rostro aparece en el rostro del niño que se desea y se trae libremente a la vida".

El lector puede consultar los otros textos que hemos señalado más arriba.

En base a estos documentos del magisterio, veo claros algunos caminos que nos ayudarán a ubicar mejor lo de la paternidad responsable.

Primero, la paternidad responsable es una decisión que nace de una actitud profunda. Es un proceso que implica sustentar, acompañar, educar y evangelizar a los hijos. Una decisión, una actitud y un proceso. Tres dinamismos que, combinados, tienen lugar en la cuestión de la paternidad.

En este sentido, podemos afirmar que la paternidad y maternidad responsables sólo pueden darse dentro de una pareja comprometida mutuamente. Al respecto, uno lee o escucha cosas folclóricas que refieren a que, debido a los adelantos tecnológicos, la paternidad responsable puede darse fuera de la familia.

Cuántas mujeres hay que, por problemas psicológicos, experimentan un rechazo a los hombres y rehuyen a una vinculación comprometida, buscando vivir su maternidad solas. Para esto o "alquilan" un desconocido para engendrar o, más sofisticadamente, se realizan una inseminación artificial de un tubo de probeta. Y hablan de una maternidad responsable. Como hemos dicho, sólo en el marco de la pareja puede darse, de verdad, la responsabilidad de ser padres.

Segundo, la pareja está llamada a crear una familia. Este principio no es ninguna novedad; pero muchas veces, los grandes principios, que son como brújulas, se empolvan. Hay que quitar ese polvito y no hay que suponer que ya todos parten de las mismas bases. Hay que comenzar por lo básico, no hay que dar por supuestas muchas cosas.

Tercer camino: la paternidad responsable surge y se desarrolla en una pareja llamada a crear una

familia en una sociedad. La paternidad responsable de parejas mexicanas es en esta sociedad mexicana donde el 40% de las mamás son solteras, donde cerca del 50% de los niños nacen fuera del matrimonio, donde, creo, hemos pensado una pastoral orientada hacia familias estables, pero quizá poco orientada hacia todo ese núcleo familiar no estable de mujeres y niños que no están en una familia.

Aquí hay un reto enorme: ¿cómo cultivar una paternidad responsable en una familia concreta, en una sociedad concreta, con contextos de injusticia, de destrozo psicológico de la persona, de desnutrición, de hambre, de poca participación ciudadana, etc.?

La paternidad responsable no se vive en una disneylandia romántica del amor conyugal o de relaciones familiares sin problemas.

Cuarto camino: paternidad responsable en una familia, con una misión evangelizadora, en una sociedad concreta. Esto tiene que ver con una vocación eclesial de la pareja: querer ser portadores de buenas noticias, del evangelio, con el testimonio y con la palabra. Aquí hay una veta riquísima para la pastoral que no hemos explotado suficientemente.

¿Cuáles son las buenas noticias que queremos de acuerdo a nuestra situación existencial concreta? ¿Cuáles para las gentes que están cerca de nosotros? ¿Qué evangelización quisiéramos para nuestro país?

Hay que ser portadores de buenas noticias no sólo para el más allá, después de la muerte. Tenemos que ser evangelizadores desde la construcción humana y de la convivencia humana, desde el más acá, en la historia concreta que nos está tocando vivir: evangélica, económica, política, afectiva, sexual; ¿qué nos dice todo esto? Cuando hablo de evangelizadores me viene espontáneamente aquella frase bellísima del profeta Isaías: "Que hermosos son los pies del que recorre los montes anunciando la paz". A eso estamos llamados nosotros, no a vivir fuera de la historia y de la geografía, sino a ser evangelizadores, recorrer los montes, los montes mexicanos anunciando la paz.

La vocación de la familia no es mirarse a sí misma, tiene que ser evangelizadora de otras parejas y otras familias. En este sentido hay una rica experiencia en la Iglesia latinoamericana que ha puesto de relieve el papel del laico en la misión evangelizadora de la Iglesia.

Aquí se impone una pregunta para el tema que estamos tocando: ¿no creen que una variable o un elemento que hay que tomar en cuenta, a la hora de decidir el número de hijos, es la exigencia de ser evangelizadores? Dicho de otra manera, el número de hijos de tal manera que no sólo los pueda atender a ellos, sino que pueda realizar mi misión evangelizadora en la Iglesia y en la sociedad. Esto toca lo mismo al papá que a la mamá.

El papel evangelizador de los laicos va a ser cada día más activo y, más en concreto, el papel de la mujer. Se nos abre, pues, un gran reto: promover familias evangelizadas y evangelizadoras, perpetuamente recibiendo y dando evangelización. Evangelizadoras de nuestros pueblos en la Iglesia.

La definición del número de hijos es una cuestión que está en el fondo de los caminos que he señalado. Esta definición ha de basarse, creo, en cinco criterios: Primero, los que puedan sustentarse económicamente. Segundo, los que se puedan educar, ofreciéndoles posibilidades de instrucción variada. Tercero, los que se puedan acompañar efectivamente con una cercanía afectiva. Una paternidad responsable que olvida la cercanía afectiva no es paternidad responsable. Esto supone tiempo disponible para dedicarle a los hijos. Cuarto, evangelizarlos. Quinto, que sea posible ser evangelizadores de otras familias.

El conjunto de estos cinco elementos ayudará, a cada pareja, a determinar, de acuerdo a sus condiciones personales, sus propias cualidades y limitaciones, su situación económica, etc; el número de hijos que tendrá. Quiero insistir en que esto es una decisión, seria y responsable, que atañe sólo a la pareja. No caben ni hay que permitir en este ámbito las intervenciones ilegítimas del Estado. Aquí hay todo un tema que no es el momento para profundizar, pero lo dejo señalado.

La paternidad responsable supone, entonces, definir, con seriedad, el número de hijos. Si la descendencia es pequeña o numerosa, será una cuestión a decidir por la pareja. Ciertamente el mundo de hoy no es el mismo de hace 30 o 40 años en que abundaban las familias numerosas. Pero, si una pareja, analizándose y analizando la sociedad, decide tener muchos hijos, será una decisión tan respetable como la de aquella pareja que decida tener pocos hijos.

Viene ahora el problema de los métodos. En lo



anterior suele haber consenso: determinar responsablemente el número de hijos y que es la pareja la que ha de tomar esa determinación. Respecto a los métodos es donde hay fuertes discusiones y respecto a lo que se dan los conflictos de valores.

Ya conocemos la doctrina oficial de la Iglesia que admite solamente los métodos naturales y rechaza los métodos anticonceptivos artificiales. Este es un campo de serios conflictos, para muchos matrimonios.

En cuanto a los métodos anticonceptivos, estrictamente hablando, no podemos hablar de métodos anticonceptivos naturales. Desde el punto de vista de la intencionalidad, tan pretende evitar un hijo quien usa un método natural, como quien usa un método artificial. Veamos ahora el problema del conflicto.

Tenemos una pareja que de verdad intenta vivir todos los valores de los que ya hemos hablado, con todos sus más y sus menos, con todos sus titubeos, los altos y los bajos de la propia condición humana. Esa pareja quiere caminar con la ayuda de Dios y el apoyo de la Iglesia.

En un momento determinado surge el conflicto. Yo quiero ser fiel a la Iglesia que me dice que no puedo usar anticonceptivos "antinaturales", que solamente puedo usar métodos naturales. Y sucede, por ejemplo, el caso de muchos esposos jóvenes en los que él viaja, y al regreso del viaje de varios días es perfec-

tamente explicable e indudable que el proceso de espontaneidad afectiva, en la relación con su mujer, le lleva a querer tener relación íntima con ella, una relación física sexual completa, sexual afectiva y entonces surge el problema: bueno, no puedo usar anticonceptivos artificiales. Surge un choque entre su afectividad y su conciencia. Dice él: por un lado está mi deseo, mi impulso global a la unión íntima con mi mujer, y ella lo tiene también hacia mí, por otro lado está el que quiero ser fiel a la Iglesia en la que me piden, por la enseñanza oficial, que no use anticonceptivos artificiales.

Ahí tienen ustedes el caso de un conflicto, un conflicto entre dos bienes, entre dos valores: por un lado querer ser fiel a la enseñanza del magisterio de la Iglesia; por otro lado, tratar de seguir el impulso perfectamente legítimo de entrega a su esposa y de ella hacia él después del viaje. Sin embargo, le toca la mala suerte de que regresa en la época en que ella es fértil. Hay razones de mucho peso para no tener un hijo en ese momento, ya sea psicológicos, económicos, de salud, etc.

Otro caso de conflicto que me tocó conocer de cerca:

Una mujer que ya tiene 4 hijos, con una vocación apostólica educativa enorme, en buena edad, con el apoyo de su marido para esa vocación apostólica educativa. Entonces, dice ella: si ya no quiero tener más hijos por ser fiel a esta vocación interna que yo sinceramente tengo, solamente puedo usar los métodos naturales; hay etapas en que es difícilísimo, el que yo como esposa joven pueda seguir adelante en esto. Vienen las situaciones de conflicto entre dos valores.

En la teoría se ha hablado de conflicto de deberes. Yo pienso que en realidad, no es conflicto de deberes; es un conflicto de valores. No es lo mismo, varios moralistas hacen esta aclaración: más que de deberes u obligaciones hay que hablar de valores. Para clarificar más, pondre otros ejemplos.

Un caso que a mí me sucedió: temía el compromiso de asistir como sacerdote, testigo de la Iglesia a un matrimonio.

Rumbo al templo en el que se iba a celebrar el matrimonio me tocó ver un accidente, que dio como resultado varios heridos muy graves; en ese momento

me surge el conflicto de valores: el valor de la puntualidad por llegar al matrimonio, segundo el valor de dar los últimos minutos a esos heridos. Los dos son valores, los dos son importantes; entonces ahí me dijo Dios, a través de mi conciencia: tú fallas llegando tarde, pero les das los sacramentos a estos tus hermanos. Llegue tarde y la novia estaba enojada. Ya después les expliqué y lo entendieron, pero ahí tienen un caso muy claro, es decir, dada la limitación humana, dada la contingencia humana, no siempre podemos obtener o realizar y/o recibir al mismo tiempo, todos los valores que quisiéramos realizar.

Así es la vida humana, esta experiencia es un caso muy claro, pero todos vivimos otros muchos.

El conflicto, a veces, entre atender un hijo o a otro en una conversación; el conflicto entre quedarse en su casa, para escuchar un hijo o ir a atender a un amigo (a) que de veras requiere una escucha muy larga por una crisis personal; el conflicto en que vivimos muchas veces los obispos, los sacerdotes, de atender a personas con demandas y necesidades muy urgentes. Continuamente vivimos el conflicto entre cómo realizar dos bienes, simultáneamente, cuando sabemos que nuestra condición es limitada ese es el conflicto de valores.

Creo que la causa fundamental del conflicto de valores hay que encontrarla en la misma condición humana limitada, que muchas veces no nos permite tener todos los valores que sinceramente deseamos. Tienen que ver también aspectos de debilidad en determinadas etapas de la vida; aspectos de falta de fuerza, de crecimiento en nuestra evolución humana y religiosa. Hay momentos en que no podemos dar más. Por ejemplo, yo le tengo una profunda antipatía a otra persona, sé que tengo que reparar esa relación y llegar a amarla, como Jesús nos pide. No puedo, sin más, olvidar y, al día siguiente, ver a esa persona como si nada. Hay que ser sensatos y tener una pedagogía, la gradualidad de decir: en esta etapa o en este momento, no voy a aspirar a más. Poco a poco iré reconstruyendo la relación.

Así pasa muchas veces en la vida. Hay que tener la pedagogía del aliento y la esperanza; no la de la luz implacable y rigurosa. Más que condenar, hay que acompañar al hermano. Esto es muy importante para la labor pastoral. Acompañar significa no dejar al hermano, ayudarlo a crecer.

Tenemos que llegar primero al corazón y luego a la inteligencia y, a veces, esa solidaridad con la persona; aún en situaciones objetivamente difíciles, la solidaridad con la persona, no con la situación, nos permite ir avanzando de la mano con ella y después, tal vez de meses o de años, viene el resultado. Hay que tener en cuenta todo eso, esas situaciones de conflicto.

Todo esto ilumina nuestro tema de la paternidad responsable, realidad en que se viven muchas situaciones conflictivas, no sólo respecto al número de hijos y el modo de tenerlos. La paternidad responsable no puede reducirse a la cuestión de los métodos anticonceptivos. Este aspecto del número de hijos, como hemos visto, hay que enfocarlo desde el ángulo de la pareja y de la familia, en todo su contexto completo, fuerza psicológica, económica, salud, energía religiosa, acercamiento de un niño a otro, etc.

Entonces, tenemos por un lado la atracción afectiva legítima y por otro la exigencia de los métodos naturales, como el del ritmo. No siempre funciona tan fácilmente el ritmo y esto genera situaciones de angustia en muchas familias. Es un problema muy serio. Respecto al deseo de unión profunda en la pareja, entendemos la unión sexual como entrega afectiva y de la vida, no sólo como un mero desahogo físico. No, aquí no nos referimos a quiénes viven la relación conyugal como un desahogo zoológico. Estamos hablando de la unión sexual que, como lo dice bellamente Pablo VI en la *Humanae Vitae*, significa entrega afectiva, entrega de historia y de intimidad. Desde esta óptica hay que ubicar la seriedad del conflicto de valores.

Para la resolución del conflicto no hay recetas. En la pastoral concreta hay que invitar a las parejas al discernimiento. Invitarlos a la reflexión tranquila y en paz. Para esto hay que partir de la experiencia de que Dios nos ama y nos libera. Desde este presupuesto proponerle a la pareja que, con toda sinceridad, piense en los valores y trate de equilibrarlos en la balanza de su vida. Aquí, en este momento concreto, ¿cómo vamos a realizar tal o cual valor? Todo esto supone paz en el corazón, análisis de circunstancias, saber rezar, saber revisar para no dejar que nos domine el egoísmo.

Hay casos, por ejemplo, en que el ritmo no resulta, el organismo no funciona adecuadamente. La *Humanae Vitae* recomienda que se utilicen métodos

terapéuticos que ayuden a regular el ritmo. Pero ya en las situaciones concretas, las parejas no tienen la serenidad para ver todo esto. Como evangelizadores, entonces, lo que hay que hacer es serenar, alentar, animar y no exagerando la expresión, pavimentar el camino al infierno: "si usas esto o aquello, ¡te vas a condenar!" No podemos hacer esto último. El camino pastoral, que me parece más evangélico, es el de promover una conciencia bien formada, que pueda reflexionar y valorar las situaciones que se presentan en un espíritu de tranquilidad. Hay que ser fuente de aliento y de paz.

Hay gente que les cuesta mucho trabajo vivir con los métodos naturales, y no por malas gentes, sino por todo lo complicado de su vida, por las características de su historia personal. A esas personas, ¿las vamos a evangelizar con el señalamiento fulminante del pecado mortal? Honestamente, creo que eso no es correcto. Para evangelizarlos hay que partir de su problemática o conflicto y entenderlo. A partir de eso, animar al crecimiento en lo que es la paternidad responsable; invitar continuamente a la revisión de la vida para que no prive el egoísmo en la toma de decisiones.

Otro punto a tomar en cuenta en este sentido es la distinción que hay que hacer entre lo que es una actitud, mentalidad u opción anticonceptiva y lo que, en un momento determinado, puede ser el uso de un anticonceptivo. El uso de anticonceptivos no necesariamente implica una mentalidad *antivida*, *antiniño*.

Creo que esta mentalidad está muy difundida en los países desarrollados. En algunos restaurantes admiten perros y gatos con los clientes, pero no aceptan niños. Ahí se expresa esa mentalidad *antiniño*. Entonces, hay familias realmente entregadas a hacer el bien y que, ante un conflicto como el ya mencionado, recurren a un anticonceptivo. Ahí hay que hacer la distinción que propongo. No podemos afirmar tajantemente que ahí se exprese la mentalidad *antivida*.

Hay que avanzar, pues, en reflexiones y análisis sobre este tema de la paternidad responsable que es, como ya dijimos, una actitud, una decisión y un proceso. Hay que someter esto a la oración. Que no predomine el egoísmo. Que los agentes de pastoral seamos fuente de paz, de serenidad, de crecimiento moral, de misión evangelizadora para las parejas en la Iglesia y la sociedad.



EVOLUCION EN EL CONCEPTO CRISTIANO DE SEXUALIDAD

Federico Jiménez

Coordinador del Equipo Regional Pastoral Familiar,
Región de Occidente

Vamos a tocar un aspecto fundamental de la vida humana que está en íntima relación con el matrimonio; se trata de la sexualidad. Se va a tocar brevemente este aspecto en una forma histórico-teológica... Se intenta mostrar cómo se fue comprendiendo y valorando la sexualidad en el pensamiento cristiano.

Este aprecio y esta valoración de la sexualidad, la Iglesia no lo obtuvo de un momento a otro. La Iglesia, está en el mundo, camina con el mundo, está encarnada como su propio fundador y va creciendo junto con la humanidad; es más, como fermento, luz y sal va impulsando ese crecimiento y lo va vivificando.

La Iglesia necesita de los elementos y medios naturales para conocer la verdad porque ella no conoce de una manera angélica, sino que vive la realidad espacio-temporal. El ser humano conoce por medio de un proceso. No conoce las cosas instantáneamente; las va conociendo y asimilando poco a poco. Aun la misma Revelación divina no ha sido conocida ni comprendida en un momento, la hemos ido viviendo y entendiendo en un proceso de reflexión y penetración. La Iglesia ha ido caminando -a veces dolorosamente hasta con rupturas- en la comprensión de la Palabra revelada. Por esto hablamos de la evolución del dogma. La comunidad cristiana en sus primeros tiempos creyó en Jesús como verdadero dios y verdadero hombre pero tuvo que caminar y luchar para comprender qué significa que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. Actualmente seguimos caminando y profundizando más. Esto no quiere decir que se cambie el dogma, significa que cambiamos nosotros haciéndonos de la salvación que Cristo vino a traer al mundo.

En este aspecto de proceso se va a presentar, brevemente, cómo ha sido el caminar del pensamiento

cristiano acerca de la comprensión de la sexualidad. Se tiene en primer lugar el dato revelado. En la Sagrada Escritura no encontramos una enseñanza sistemática, organizada acerca de la sexualidad; encontramos unos principios y una valoración práctica y muy elevada sobre la sexualidad.

En primer lugar se asienta en el *A T* que la sexualidad es algo humano y como humano es algo formidable, no solamente bueno sino muy bueno. El sexo es un invento de Dios que se nos regala en la vida. El libro del Génesis presenta la sexualidad con dos fines: para unir a las personas y para proyectar la vida. Presenta al ser humano en el estado de gracia, viendo con gusto y agrado su propia realidad corporal: el hombre y la mujer estaban desnudos el uno frente al otro y no se avergonzaban.

La Palabra de Dios afirma que el pecado metió un desorden en el ser humano. No quitó el valor de la sexualidad pero sí ofuscó sus fines. Pero también asegura la Sagrada Escritura que hay una redención, un retorno para poner, como al principio, las cosas en su sitio.

San Pablo también habla de que la sexualidad está llamada a unir a las personas. En la primera carta a los Corintios habla de este fin unitivo de la sexualidad, dentro del matrimonio.

La Iglesia tuvo que evangelizar la *mentalidad grecolatina*, y se encontró con que la *cultura judía* no era el instrumento apto para predicar el Evangelio a los paganos. Para evangelizar a estos tuvo que pasar el contenido evangélico de una cultura a otra, hablar el lenguaje grecolatino. En este trabajo se encontraron con el Neoplatonismo, el Estoicismo y con otras corrientes filosóficas muy metidas con el pueblo y ahí vertieron el mensaje cristiano.

El *Platonismo* tenía algo muy atractivo para los cristianos, quienes se encontraron con un mundo materialista y hedonista del Imperio Romano en decadencia. En ese ambiente predicaron un ideal muy elevado. El neoplatonismo pareció muy apto para presentar ese ideal. Al apoyarse en ese pensamiento marcadamente dualista se empezó a juzgar la materia como algo alejado de Dios, casi como algo malo en sí. El espíritu o "lo espiritual" se empezó a presentar como lo único principal y valedero. Lo corporal quedaba como un valor de segunda categoría.

Esto no debe admirar. Eran tiempos de prácticas de prostitución sagrada, de hedonismo y materialismo. El pensamiento dualista de ese tiempo establecía la oposición entre el bien y el mal. Esta lucha se verificaba en el interior del ser humano compuesto de dos elementos opuestos: el espíritu y el cuerpo. Para la cultura israelita, por el contrario, el cuerpo y el espíritu formaban una unidad íntima, compenetrada. En el pensamiento griego hay oposición. Así fue fácil en esta mentalidad, y tratando de sanear el ambiente, valorar la relación corporal sexual como algo no bueno en sí, donde se justifica esta relación por la finalidad de la procreación. Se dice que el verdadero amor no necesita de la corporalidad, se aman más marido y mujer cuando su amor es puramente espiritual. *San Agustín* llega a decir que marido y mujer se unen en cópula carnal, si no es por el motivo de la procreación, por lo menos cometen pecado venial. En este modo de pensar hay separación entre la sexualidad y el amor. Se llega a pensar que el amor no necesita del sexo.

En el período de la escolástica, en el siglo XII; se continúa con esta mentalidad, pero ya hay avances. *Sto. Tomás* en su concepto de naturaleza humana explica que lo común a todos los animales, incluido el hombre, es determinado por la ley natural. Lo que los animales conocen por el instinto, el ser humano lo conoce por la razón y puede descubrirlo impreso en la finalidad propia de sus tendencias naturales. Esto es la ley primaria y fundamental. Además en el ser humano existe algo propio y específico de él y a esto lo tiene *Sto. Tomás* como un segundo orden que corresponde a la naturaleza social del hombre y es la que empuja a buscar el valor unitivo entre los cónyuges.

Así en el matrimonio existen dos órdenes, uno primario y fundamental común con todos los animales y otro propio del ser humano que es la naturaleza social. En este último somos totalmente diferentes a los animales. Por ser el primer orden lo fundamental y primario en el matrimonio y en la relación sexual es lo que pertenece a este orden, y esto es la procreación y lo llamó *Sto. Tomás* fin primario. A lo que depende de la naturaleza social del hombre lo llama fin secundario y es el valor unitivo de la relación sexual. Este modo de expresar los fines del matrimonio se usó hasta mediados del siglo XX.

La doctrina de *Sto. Tomás* sigue a la de *San Agustín*, pero avanza un poco más. El amor y el sexo



ya están más cercanos. Para él el acto sexual de los esposos está libre de pecado si estos lo realizan por motivo de la procreación. En las relaciones que rebasan este motivo el cónyuge puede aceptar la petición del otro cónyuge que pide el débito matrimonial; es lícito si lo hace por fidelidad por mantener la unidad con él. Y *Sto. Tomás* añade una cosa curiosa; el que pide la relación, si no es por motivo de la procreación, ese sí comete por lo menos pecado venial. El otro no comete ningún pecado porque está respondiendo al motivo de la unidad o fidelidad.

A fines del *siglo XV* ya empieza a haber algunos cambios más importantes. En primer lugar, hay unas reglas de exégesis más profundas. *San Agustín* fue un gran exégeta, pero en el campo del matrimonio y de la sexualidad, debido a su pensamiento neoplatónico y un poco influido también por el maniqueísmo, no comprendió mucho a *San Pablo*. En el *siglo XV* los teólogos empiezan a enderezar el pensamiento de *San Agustín* y dan otra explicación a los textos de *San Pablo* sobre el matrimonio.

Martin Lemaître, un gran maestro en París, dice que no es un acto opuesto a la castidad conyugal el acto sexual de los cónyuges realizado sin el fin de engendrar la prole. En los años siguientes se sigue desarrollando este pensamiento.

La gran renovación viene a principios del *siglo XX*. Por un lado se renuevan las teorías pesimistas de *Malthus*, la reflexión en la teología protestante acerca del valor de la relación sexual dentro del matrimonio con relación también a los hijos. Por otra parte vienen los

grandes descubrimientos, entre ellos dos de Ogino y Knaus, un japonés y un austríaco quienes curiosamente llegaron a las mismas conclusiones por el mismo tiempo sin ponerse de acuerdo.

Esto se da en el año de 1929. En 1930 Pío XI escribe la "Casti Connubii" donde se afirma que el fin primario del matrimonio es la procreación, subordinando los demás fines a éste primero. Pero ya admite la Encíclica que no hacen nada en contra de la naturaleza humana los cónyuges que usan su derecho matrimonial siguiendo la recta razón, incluso cuando hay causas naturales que impiden la concepción. Así en la "Casti Connubii" ya se admite que lo descubierto por Ogino y Knaus con respecto a los períodos agénésicos de la mujer puede utilizarse en forma buena, de acuerdo a la naturaleza humana. Empieza aquí un conocimiento de que la fecundidad puede estar separada naturalmente del amor conyugal; dicho en otra forma, puede el amor humano entre los esposos expresarse en la sexualidad sin una relación estricta con la fecundidad. Esto no quiere decir que la relación sexual va a estar cerrada a la fecundidad.

En este mismo tiempo, eminentes profesores de moral como Doms, Kempel y D. von Hildebrand inician una enseñanza personalista sobre la sexualidad. Esta enseñanza se basa en un análisis de la sexualidad humana que intrínsecamente en su naturaleza es distinta del sexo animal.

Santo Tomás no tenía los elementos suficientes para hacer esta distinción. Estos teólogos ya se dan cuenta que la sexualidad humana es intrínsecamente distinta, aunque tenga cosas parecidas, al sexo animal. Este está forzosamente ligado a la procreación, mientras que en la pareja humana la sexualidad no siempre es fecunda y, siempre, está abierta a la relación. Según estos profesores en el matrimonio la unión sexual afecta a las zonas más profundas y espirituales de la persona humana, encarna la forma más totalizante de la comunión interpersonal. Por eso se deshumaniza la sexualidad humana si se compara de una manera material con el sexo animal. Estos autores no se basan sólo en teorías antropológicas, sino también en investigaciones de la experiencia de parejas que se casan porque se quieren.

La conclusión de los teólogos del tiempo de la "Casti Connubii" es que la moralidad de la relación sexual no puede medirse por la conformidad con la Biología, sino con el proyecto humano que se expresa

en la relación sexual, o sea, que esta relación no sólo marca el nivel biológico sino que llega a las capas más profundas de la persona humana. La sexualidad es la expresión única y formidable que sólo en el ser humano tiene un sentido profundo.

Por ese mismo tiempo la Sagrada Penitenciaría recomienda que se utilicen los períodos agénésicos cuando no convenga tener más hijos, para evitar el pecado grave del onanismo que se practicaba frecuentemente para evitar la fecundidad.

En 1951 Pío XII en su discurso a las comadronas de Roma admite la licitud del método Ogino-Knaus, con la condición de que se mantenga el orden de los fines del matrimonio, que se valore la naturaleza biológica del acto sexual y por lo mismo quede abierto a la posibilidad de la vida aun cuando intencionalmente se excluya la procreación. Así este Papa admite abiertamente la bondad del acto sexual independientemente de la procreación.

El momento culmen de esta misión profunda de la sexualidad lo tenemos en el Concilio Vaticano II, en la constitución sobre "La Iglesia y el Mundo actual (Gaudium et Spes), la cual presenta a la sexualidad con una mentalidad personalista, insistiendo que la comunidad de vida y amor, que es el matrimonio, compromete a la totalidad de la persona de cada cónyuge, no solamente su parte biológica; que las expresiones afectivas y corporales son parte integrante de la persona humana y su signo propio; que el acto conyugal expresa y promueve el amor de los esposos en la alegría que se dan mutuamente; que el hijo es fruto de su amor conyugal.

En la Gaudium et Spes se suprime definitivamente la terminología que aún se usa en la "Casti Connubii". Ya no se habla de fines primario y secundario. Los aspectos de procreación y de comunidad y amor han dejado de estar yuxtapuestos, ahora forman una unidad que nace de lo profundo del ser humano. El matrimonio es una alianza de amor conyugal que se manifiesta también con los actos sexuales. Este amor compromete y abarca toda la persona de los cónyuges. Está enraizado en la voluntad pero la asume la afectividad y la corporalidad como elementos integrantes.

La Gaudium et Spes asegura una nueva etapa en el conocimiento y valoración de la sexualidad. La *Familiaris Consortio* del Papa Juan Pablo II también

se mueve en esta línea. Presenta así el valor de la sexualidad:

"La sexualidad mediante la cual el hombre y la mujer se dan uno al otro, con los actos propios y exclusivos de los esposos no es algo puramente biológico, sino que afecta el núcleo íntimo de la persona humana en cuanto tal, ella se realiza de modo verdaderamente humano, cuando es parte integral del amor con el que el hombre y la mujer se comprometen totalmente entre sí hasta la muerte. La donación física total, sería un engaño, si no fuese signo y fruto de una donación en la que está presente toda la persona y en su dimensión temporal; si la persona se reservase algo o la posibilidad de decidir de otra manera en orden al futuro ya no se donaría totalmente" (F.C. n. 11).

Esta valoración personalista de la sexualidad ex-

plica por qué no son moralmente correctos los actos sexuales prematrimoniales; porque ellos no expresan la totalidad de la entrega. Este concepto de sexualidad también enriquece el sentido de la paternidad responsable. En un momento de la reflexión sobre la paternidad se propuso la abstinencia completa en caso de que no se pudieran usar los períodos agénésicos. En este modo de pensar fácilmente pudiera estar un concepto pobre de la sexualidad de valorarla sólo como instrumento para la procreación o puramente como una atracción física y un desahogo corporal. La sexualidad es un elemento integrante de la vida conyugal y por lo tanto necesario para la unión de los esposos. Así san Pablo habla de la continencia con prudencia y pone sus condiciones, condiciones que no comprendió san Agustín pero que desde el siglo XV se han profundizado y se han valorado. Ha sido un largo caminar que hoy está produciendo sus frutos.



CIENCIA MEDICA Y MICROABORTO

Luis Enrique Ruiz Amezcua
Maestro de Etica Medica UIA

Dentro de la posición clara sobre el aborto directo, o inducido voluntariamente, queda un puesto no definido. Esto versa sobre la discusión de los primeros días desde la fertilización y la anidación. ¿Hay posibilidad entonces de un microaborto inducido?

La discusión supone una investigación sobre el principio de la vida racional, o sea lo ya indicado anteriormente sobre la hominización.

Para dar algunas bases en orden a la discusión filosófica y ética hay que recordar la necesidad de añadir el aspecto científico.

La vida no se inicia y luego se desarrolla en una línea continua, porque tiene fases bien marcadas.

Para mayor claridad en la defensa de la vida hay que indicar como indiscutible que la biología señala el principio en la fertilización: queda programado el futuro ser humano, a nivel celular, desde ese momento.

También es claro, según los datos actuales, que el embarazo comienza más tarde, en el acto de la anidación del huevo en las paredes internas de la matriz, en el revestimiento llamado endometrio. De allí en adelante se desarrolla la gestación.

En esos supuestos queda el tiempo de unos siete días aproximadamente, con un recorrido del huevo desde el primer tercio del oviducto donde se efectuó la fertilización, hasta que emigra a la matriz.

Así podemos distinguir entre vida humana y vida personal. La fertilización inicia la vida humana, pero no necesariamente la vida personal, esto se ha discutido hasta el día de hoy con los vaivenes de opiniones ya indicadas. La vida personal ciertamente

aparecerá después de la anidación. Pero ¿antes también? En esto versa la discusión.

Este período de la vida, como promedio se presenta así:

DESARROLLO HUMANO INICIAL

Tiempo	Fenómenos evolutivos
Algunas horas	Coito, seguido de la capacidad del espermatozoide para la fertilización.
0 horas	Fertilización = óvulo + espermatozoide forman una célula-huevo o cigoto.
± 22 horas	- 2 células
± 44 horas	- 4 células en migración a la matriz
± 66 horas	- 8 células
± 4 días	- 16 células = estado de mórula
± 6-7 días	Llegada a la matriz y anidación. Comienzo del embarazo. Forma de blástula.

Es de suma importancia la diversa conducta que siga este germen vital en evolución, durante esta primera semana: entre la fertilización y la implantación, porque entonces se define el ser humano.

Los investigadores en el campo de la Genética han encontrado que esta semana es crítica para definir los diversos caminos que puede seguir el germen vital antes de la implantación. Lo más ordinario será la fertilización de un óvulo y su evolución, por división hasta la anidación, y subsiguiente desarrollo fetal hasta la maduración y el parto. También es conocida la división del huevo con el resultado de los gemelos idénticos, fenómeno, que puede acaecer aun hasta el día 14, aproximadamente.

Lo que es menos conocido, y es fruto de estudios recientes, es la fusión de las células ya en evolución y que da base a nuevas reflexiones. Es decir, se fertiliza un huevo, éste comienza su división ordinaria, luego tal vez se divide; o se fertilizan dos óvulos, y cada parte sigue sus propias divisiones, que tenderían a un proceso de gemelos idénticos, pero poco tiempo después se habrán unido para formar un solo elemento que anida y da un solo ser humano, el cual evoluciona y nace como una sola unidad.

Estos fenómenos tan especiales se han comprobado en experimentación animal y se concluye en lo humano también por análisis genético. Algunos in-

investigadores han dado por llamarles "quimeras". Su tipo de elementos sanguíneos prueban que son combinación de dos seres y su tipo genético es doble: XX-XY. Fue una fusión de dos células fertilizadas, o una nueva fusión después de haberse dividido un óvulo fertilizado. En cualquier hipótesis la realidad es que hay dos seres combinados, celularmente, en uno. Sus características sexuales están alteradas en la combinación cromosómica de ambos sexos, tienen variantes en los corpúsculos sanguíneos y variante cromática en los ojos.

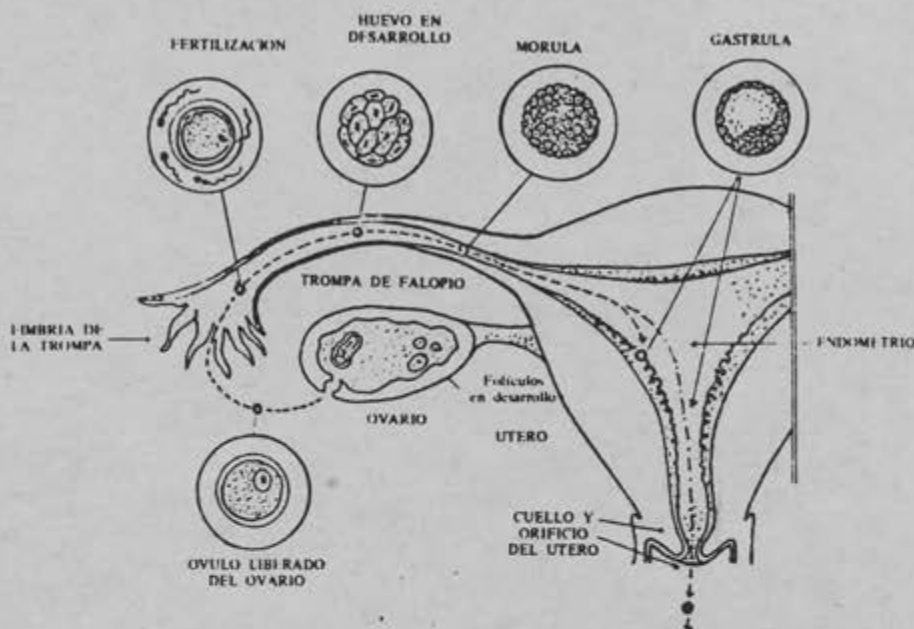
Estos estudios nos hacen reflexionar en el sentido de que el ser humano en su realidad humana, como individuo definido y camino de su natural desarrollo no tienen lugar en la fertilización sino hasta que el embarazo se fija y toma una ruta definida. Entonces el producto ya es irreversible y prosigue en una ruta definida, por la vida fetal hacia la madurez embrionica y el parto; es ya la vida personal, iniciada en el nacimiento.

Otra reflexión importante es la relativa frecuencia con que se presentan pérdidas inadvertidas por la mujer de huevos en diversos estadios de evolución por alguna circunstancia por la cual no es posible o factible la anidación. En el sangrado natural del fin del

ciclo se pierde, porque al faltar la anidación no se producen las hormonas que frenan la ovulación, evitan la menstruación y fijan el embarazo. No parece razonable por todos estos fenómenos, que la naturaleza humana produzca un ser humano en la fijación definitiva hasta el embarazo. Antes podemos considerar la muerte posible; o la pérdida de células vivas en evolución que pueden llegar al inicio de un embarazo, o no lograrlo.

Las diversas aplicaciones son claras. Si el embarazo no se logra por causas naturales, sería una evolución genética no lograda, por la causa que sea, así como un endometrio inepto para la anidación. Si, en cambio, esta anidación se impide artificialmente, como por ejemplo por el artefacto, cuando hay derecho de planificación recta para procurarlo, tendríamos simplemente un método anticonceptivo. En estas suposiciones nuestro concepto de aborto necesitaría revisión, trasladando el fenómeno abortivo al tiempo del embarazo; es decir, a partir de la anidación, ya se inicia la vida humana, con todo el derecho a la vida y el aborto directo queda proscrito por toda sana moral y valor científico.

Gráficamente este período de siete días se puede representar así:



DOS CAMINOS que puede seguir la célula fertilizada en evolución hasta el estado de GASTRULA: implantarse en la pared uterina y dar comienzo al embarazo; o perderse, por no encontrar un medio adecuado.

Dos Caminos que puede seguir la célula fertilizada en evolución hasta el estado de GASTRULA: implantarse en la pared uterina y dar comienzo al embarazo; o perderse, por no encontrar un medio adecuado.

Las bases, a nivel científico para concluir que no hay vida personal y presencia del alma racional en los primeros días antes de la anidación se reducen a estos puntos principalmente:

- la unicidad del huevo no está definida, ya que puede seguir su evolución de división celular como una sola unidad, o dividirse y seguir la división celular independientemente en cada elemento, o finalmente dividirse y volver a reunirse.

- La naturaleza misma rechaza elementos defectuosos, especialmente en este período del desarrollo vital.

- Por falta de preparación adecuada del endometrio no se llega a lograr la anidación en muchas ocasiones.

- La ciencia calcula que al menos el 50% de los

huevos no se logran: al no anidarse o perderse en la primera o segunda semana después de la anidación, no se logra el embarazo. Con la menstruación queda eliminada toda posibilidad de embarazo. Hay científicos que extienden estas pérdidas hasta un 90% de los huevos (óvulos fecundados).

Respecto a la posibilidad de microaborto la lógica elemental sigue dos rectas posibles: las personas que sostengan que la vida personal y la presencia del alma se efectúan desde la fertilización tendrán que sostener que es microaborto el inducir la expulsión del huevo en sus primeras divisiones o impedir su anidación.

Esto se aplica al DIU (dispositivo intra uterino) del cual se tratará en lo referente a los anticonceptivos.

Las personas que opinan, por el contrario, que la vida personal no puede existir sino después de la anidación, no podrán admitir que sea microaborto en los casos mencionados.

Lo importante, intelectualmente, es no variar de premisas con enfoque "acomodativo", sino ser fieles al modo de pensar al sacar conclusiones.





Consagración de un Obispo a los pobres

D. Bartolomé Carrasco
Arzobispo de Oaxaca

MOTIVACION

Hace veinticinco años fui llamado y consagrado para llevar a costas el cargo de obispo en la Iglesia. Del Señor Jesús recibí la gracia del apostolado (Romanos 1,5) para ser obispo en distintas partes de nuestra patria mexicana, finalmente en Oaxaca. Obispo, quise siempre y en todo lugar estar al servicio del Pueblo de Dios, no siempre lo logré como debía ser. Sabía que había sido constituido precisamente para estar a su servicio y para ponerme a favor del pueblo: para esto fui consagrado desde mi ordenación sacerdotal (Hebreos 5,1).

Ha sido ciertamente un camino largo y difícil. A las dificultades propias de mi ministerio se añadieron mis limitaciones y faltas, pero, en la fe, fui testigo de que ante mis debilidades el Señor hizo abundar aún con más reudales su gracia (Romanos 5,20). Esta gracia inmerecida me la hizo llegar a través del pobre, mediante los humillados, los marginados, los hombres y mujeres de las ciudades y los campos. Especialmente me llenó de gracias a través de los indígenas.

Para mí el encuentro con los pobres ha sido finalmente, mi encuentro con el Señor, porque el se identifica con ellos y, desde la situación de los pobres y el servicio que les damos, los salva y nos salva (Mateo 25).

En esta ocasión, en que celebramos el 80 Aniversario de la Coronación Pontificia de la V. Imagen de la Reina y madre de Oaxaca, la Santísima Virgen de la Soledad, así como el XXV Aniversario de mi ordenación episcopal, quiero dar testimonio ante todos ustedes del potencial evangelizador de los pobres (Puebla 1147).

NO VEIA AL POBRE

Antes de entrar al seminario me parecía normal que existieran los pobres. Donde

nací y donde viví mis primeros años de niño, en Taxco, un ambiente pueblerino, allí donde abordé las sorpresas y las primicias juveniles, conviví con los pobres, de los que era parte en mi condición de clase media baja de pueblo, pero no tenía conciencia de ello. A los demás pobres no los noté como distintos del conjunto de la sociedad; para mí eran personas como todas las demás, pero con menos educación, con menos suerte, menos dedicados, y con muchos defectos. Y al comenzar mi vida en el seminario, en 1933, la comunidad seminaria, mis compañeros de seminario, eran todo mi mundo. Allí, quienes vivimos pobres o en otra situación social, convivíamos de la misma manera, comíamos lo mismo y, más bien, la pasábamos aislados de nuestras familias, nuestros barrios, pueblos y ciudades. Cuando en períodos de vacaciones u otros tiempos sí tuve la oportunidad de andar entre los pobres, me parecían ellos personas, familias y grupos que, incluso, en su "sencillez" vivían más tranquilos y más creyentes que los que no eran pobres.

SACERDOTE Y FORMADOR

En Roma fui ordenado sacerdote el 31 de marzo de 1945. Regresando a México mi ministerio transcurrió muy rápidamente, ocupado todo el tiempo al servicio de la Curia y del seminario, ayudando algunas veces en mi parroquia de origen con la predicación, organización de misiones y catequesis. Tuve también algunas experiencias pastorales los fines de semana en actividades apostólicas fuera del seminario, que me mantenían en algún contacto con la realidad compleja y del mundo que bullía fuera del Seminario. En él fui primero maestro y después Director Espiritual. Posteriormente recibí el nombramiento de Rector. Fueron aquellos años valiosos en que pude descubrir el plan del Espíritu en los jóvenes a quienes el Señor llamaba al Sacerdocio, cuya formación humana, moral y espiritual debía yo apoyar y coordinar para que se realizara en cada uno de ellos la propia vocación, desarrollo personal y configuración sacerdotal para el ministerio de la Iglesia. En ocasiones tuve aciertos, pero también tuve la oportunidad de constatar mis yerros.

Esos primeros dieciocho años de mi experiencia sacerdotal me permitieron darle una dimensión nueva al don de la fe, como una respuesta de servicio a aquellas personas que después serían sacerdotes para la comunidad creyente. Estaba convencido de que yo era hombre de Iglesia, y que la amaba. Ella le daba sentido a mi vida.

OBISPO DE LA IGLESIA DE DIOS EN HUEJUTLA

"Episcopos", el que supervisa la acción pastoral: como Obispo me consagraron para la diócesis de Huejutla el 17 de diciembre de 1963.

En Huejutla, fue mi primer verdadero encuentro con "Los Pobres del Señor", con "Los Pobres del Pueblo", como frecuentemente los llama el profeta Isaías. El primer día, al llegar a la catedral para la ordenación episcopal, venía pensando en el seminario en los problemas que tendría que enfrentar. Y allí, en medio de una lluvia fría, casi helada, Huasteca decembrina, descalzos entre el lodo... allí estaban ellos. "Los Pobres del Señor": los indígenas. Alancé a captar que las filas de niñas indígenas, cantaban en su dulce lengua, como en un lamento: "Tonantzín María, Tonantzín María", un verso continuo que quiere decir: María, Nuestra Noble Madre, María. Iba lleno de prejuicios respecto de los indígenas. Los prejuicios que aprendimos en la escuela, en los juegos, en la familia, en los libros, en las actitudes cotidianas. Y allí estaban los indígenas, llenos de fe en la Iglesia, llenos de esperanza en el pastor obispo de la Iglesia. Recordé el lema que me había escogido: "Ut Vitam Habeant", "Para que tengan Vida", y entonces me apareció claro el sentido que aquel lema tenía que tener. Servirlos para que su vida social llegara al mismo nivel espiritual que mostraban. Aquello fue para mi historia personal una conmoción profunda. Pero no pude percatarme entonces de todo lo que se requeriría para poder realizar lo que aunque entre nieblas percibía.

Ciertamente eran otros. Los indígenas y los pobres eran otros, muy distintos, muy diferentes de los que yo siempre había visto sin mirar. Estaban allí con su personalidad, con su dignidad, con su historia, con su experiencia, en la pobreza, explotación y marginación.

La ordenación se desarrollaba; y yo seguía ensimismado en la experiencia pobre e indígena que apenas comenzaba para mí: "Tonantzín María, Ut Vitam Habeant, Tonantzín María, Para que tengan Vida". Los Pobres y el compromiso al que me lamaba el lema que me había escogido se sobreponían en una sola visión. Mi corazón se abría hacia los pobres que siempre habían estado allí, pero que antes eran para mí desapercibidos.

La nueva presencia del Señor, Indígena, Campesino, Jornalero, Mestizo, se me fue aclarando posteriormente también en el

testimonio valioso de sacerdotes comprometidos con los pobres, identificados con ellos en su idioma, en su sencillez, en su vestido humilde, en su alma y en su corazón. La experiencia y el destino del pobre eran la experiencia y el destino de aquellos sacerdotes. ¡Gracias, hermanos sacerdotes de Huejutla, gracias hermano Obispo Arturo, por el testimonio evangelizador que me dieron, escogiendo ser pobres para servir a los pobres! ¡Gracias por haberme descubierto la riqueza histórica, cultural y espiritual de los pobres!

Como Obispo de Huejutla sentía y experimentaba cómo, en medio de los pobres, crecía mi fe en Dios, en el Evangelio, en la Iglesia crecía mi esperanza, crecía ante mí la dimensión de la misma Iglesia. En esa experiencia espiritual me encontraba cuando me llegó un nuevo llamamiento del Señor para obedecerle como Rector del nuevo Colegio Mexicano en Roma. En espíritu de obediencia y amor a la Iglesia acepté este nuevo servicio, pero fue tan duro para mí hacerlo, que expresé mis sentimientos y la razón de la aceptación del servicio de Rector del Colegio Mexicano en Roma con el lema: "Arno a la Iglesia".

En septiembre de 1967 llegué al Colegio Mexicano en Roma con el alma sobresaltada por la experiencia de fe y de compromiso que me habían mostrado los pobres materiales y los pobres de espíritu, sobre todo los indígenas y sacerdotes pobres. Respiraba en mí la validez de la fe y la validez de la Iglesia.

Esto hubiera querido transmitir adecuadamente a los alumnos del Colegio, algunos de ellos ya sacerdotes; pero no estaba preparado para encontrar la forma apropiada dentro de las estructuras que allí teníamos. En muchos momentos me sentí inseguro: Por un lado, era clara para mí la necesidad de sintonizar la formación que se impartía con el Evangelio y con la renovación que estaba impulsando el Concilio Vaticano II. Eso buscábamos tanto los formadores en el Colegio como los profesores en las universidades pontificias. Por otra parte, existía una inercia en nuestra actitud total en el Colegio que no nos permitía avanzar como el Papa Paulo VI nos exhortaba, como lo urgía el mismo Concilio, como nos animaba directa y amigablemente el Cardenal Garrone, Prefecto entonces de la Congregación de Seminarios, y como había visto yo que la realidad del pobre lo exigía. En esta tensión transcurrieron mis casi tres años de Rector en el Colegio Mexicano de Roma, cuando para no seguir frustrando los planes de Dios y por reales motivos de salud, me vi en la necesidad de renunciar como Rector. Meses después me comunicaron que se me había encomendado la misión de Administrador Apostólico en Tapachula, diócesis fronteriza al Sur de nuestra Patria.

OBISPO DE TAPACHULA

Tomé posesión como Administrador Apostólico de Tapachula el 29 de octubre de 1970. Cuando llegué me encontré con que

los indígenas pobres de la Sierra de Motozintla, eran los responsables de la catequesis de su región. Entré en una situación en la que el pobre vivía su fe con conciencia de los compromisos a los que los impulsaba la Palabra de Dios, también eran conscientes de su realidad concreta. Apenas estaba constatando los frutos de aquella madurez pastoral, impulsada también aquí por sacerdotes ejemplares, cuando un año después fui promovido como obispo titular de Tapachula. ¡Dios pague a los sacerdotes de Tapachula y mencione especialmente al P Carlos Lomelí, por el inapreciable testimonio de servicio que me dieron con su entrega a los pobres de Motozintla y otros lugares.

Al recorrer la diócesis para cumplir con mi oficio pastoral, gozaba en el Señor por la espiritualidad misionera de los pobres. Además, los catequistas de Guatemala, superando fronteras territoriales, venían a compartir la metodología y práctica evangelizadora con los pobres de Tapachula. Se encontraban con ellos en la fe, pero también se encontraban todos en la pobreza y explotación por parte de terratenientes y cafetaleros.

El contacto con los campesinos y los indígenas, y el análisis de aquella situación a través de las páginas de la Biblia, me hizo descubrir, con más convencimiento aún, el Plan de Dios en favor de los pobres. Y mis palabras de aliento para ellos me acarrearán dificultades con algunas personas de otros sectores sociales. Pero actuaba animado por el testimonio de fe que los humildes me daban, y consciente de hacerlo en nombre del Señor me propuse oír, asumir y potenciar la voz de los pobres, porque era la voz de la Iglesia.

En Tapachula la fe y el compromiso de las personas y comunidades no tenían fronteras. Esto ha sido una gran enseñanza para todos. La Palabra de Dios pasa de aquí para allá y de allá para acá. También las experiencias, los anhelos y las esperanzas de los pobres se viven sin limitación alguna. Por eso, cuando la situación de lucha se hizo persecución en Guatemala, los guatemaltecos vinieron a estos lugares y encontraron que los pobres eran sus hermanos, y todos compartieron tierra, techo y pan. Doy testimonio ante todos que la experiencia con los pobres fue para mí como una especie de continuo retiro espiritual que me iba convirtiendo más a ellos, y, en ellos, me exigía convertirme y me presentaba el Evangelio y a la Iglesia de Jesucristo con dimensiones que parecían nuevas, pero que brotaban del Evangelio.

ARZOBISPO DE OAXACA

El primero de agosto de 1976 la obediencia me trajo a estas nobles regiones. Fui nombrado Arzobispo de Oaxaca. Indígenas y campesinos aquí en el sur vivían quizá más pobremente, explotados económicamente, marginados y oprimidos social y políticamente, despreciados, por su cultura y religiosidad. ¿Qué podía y debía hacer un obispo? ¿Qué podían y debían ha-

cer sacerdotes religiosos y agentes de pastoral? En la oración meditativa el retiro y el diálogo pastoral entre agentes y pueblo sencillo encontramos lo que nos parecía el único camino: entrar al servicio del pobre, a partir siempre del seguimiento y del ejemplo del Señor (2a Jn 11, 2,5).

Bartolomé, el "hijo del surco", como lo expresa etimológicamente mi nombre, fue sembrado en el surco de Oaxaca, en sus serranías, valles y costas. Tenía y tengo que morir para dar Vida. También aquí encontré sacerdotes que han sido y siguen siendo estímulo constante que me impulsa a la conversión. Religiosas que recorren las montañas para llegar a Cristo, a imitación de María, y hacerlo crecer en la niñez y juventud en los colegios como centros privilegiados de evangelización y catequesis, así como en otros campos de apostolado, uno de los cuales, callado y humilde, es el de las tres casas de vida contemplativa que hay en la arquidiócesis y que son el torrente de agua fresca de Evangelio y oración que riega nuestro apostolado.

La pastoral no podía ser otra que la de realzar el programa de las Bienaventuranzas hacer, por la fe, que los pobres, los tristes, los humillados, los hambrientos, los insultados, los maltratados y los perseguidos llegaran a ser dichosos, se sintieran de veras dueños del Reino de Dios, poseyeran la tierra, se saciaran, se les hiciera justicia, recibieran el premio de la redención. La pastoral en la Arquidiócesis debía procurar que todos, como sociedad, nos comprometiéramos con ellos, los tratáramos con corazón limpio, nos preocupáramos por la paz que buscaban, que viviéramos como pueblo profético (Mateo 5,1-11; Lucas 6,20-23). Solamente impulsando una tarea como ésta me podía entender a mí mismo como sacerdote y como obispo. A esto tenía que convertirme, poco a poco.

En estos tiempos, al hablar los obispos del Pacífico Sur, al regresarle a los pobres la Palabra del Señor y la del Magisterio, ellos la asumían como su propia palabra, como su historia y su salvación escrita y esperada, y, al vivir los pobres su fe en comunidad, asumían compromisos evangélicos en los que nos hermanaban a todos.

Así también se hermanaron en la fe muchos de los sacerdotes y religiosos, así caminaron las comunidades indígenas y campesinas, los obreros, los jóvenes, los marginados de las ciudades. Los agentes de pastoral, las religiosas, los sacerdotes y el obispo encontramos en los pobres la gracia de Dios para ser auténticos, para ser creíbles, para crecer por su fe en la fe nuestra.

La Iglesia de Oaxaca acrecentó la conciencia de que debía vivir el misterio de comunión y participación que impulsó el Concilio Vaticano II.

Tuvimos Comisiones que sirvieron a la Iglesia Pobre en los indígenas, en lo mestizo, en lo rural, en lo urbano. Hicimos esfuerzos para que el Evangelio entrara a todos los niveles que lo reclamaban. Los

pobres le dieron crecimiento allí, en medio de ellos, y lo hicieron fructificar en compromisos económicos, sociales, políticos, culturales y de fe. Ellos nos fueron guiando, caminamos por donde iban sus caminos. Nos interesó lo que les interesaba a ellos. Crecimos por su crecimiento.

Intentos de cambio y de conversión. Estos fueron las principales primicias que se comenzaron a recoger en esta Arquidiócesis cuando la Iglesia recibió otra vez la sabiduría nueva desde su raíz más profunda que son los pobres. Cada encuentro con los pobres nos convertía a la oración, al profetismo, al testimonio. Las comunidades indígenas, las campesinas y otras, los grupos juveniles, las Comisiones Diocesanas, los grupos comprometidos, hombres y mujeres, todos empezamos a experimentar la acción del Señor cuando intentamos la liberación del pobre.

El amor preferencial por el pobre, al que nunca estamos suficientemente atentos, lleva necesaria, aunque pausadamente, a la liberación plena mediante el servicio teológico y pastoral a que, nos exhorta el Papa Juan Pablo II, se debe extender a muchas regiones del mundo. (Mensaje a los Obispos de Brasil, 5). Comienza por la lucha por la tierra prometida que les corresponde (Josué 1-24); va acompañada de acciones económicas que los hagan gestores de sus recursos como vivencia de una nueva multiplicación de los panes. (Mateo 15,32-39), o una comida, donde Cristo vive la comunidad con una sola alma y un solo corazón. (Hechos 4,32-37), descubriendo en las culturas diversas la antigua presencia de la Palabra de Dios en semilla (Ad Gentis, Lumen Gentium).

En Oaxaca las religiosas encontraron más unidad y se animaron con nuevo ahínco por la evangelización, el Presbiterio trabajó con espíritu pastoral, los agentes se comprometieron con la integralidad de la fe tratamos de realizar el compromiso evangélico al lado de los pobres, comprometidos ellos ciertamente más que todos nosotros. La Arquidiócesis caminó con la alegría de servir al pobre que nos testimoniaba que ser de Jesús es lavarle los pies a quien necesita asistencia y acompañamiento.

Entonces vinieron la Asamblea de Puebla y Juan Pablo II que nos aseguraron y nos exigieron, en medio del clamor de los pobres (89), que sufren carencia y falta de participación social, que viéramos y experimentáramos en ellos la imagen y semejanza de Dios (1134). El grupo de obispos que trabajó el Documento "Opción preferencial por los pobres", en Puebla me encomendó la responsabilidad de presidir la comisión que trabajaría precisamente en el documento "Opción Preferencial por los Pobres". Al principio estuvimos un poco perplejos. Nos preguntábamos cómo optar, en cuanto cristianos, por los pobres si precisamente son ellos la esencia del Evangelio y del quehacer de la Iglesia? Si somos la Iglesia, por nuestra misma esencia tenemos un llamado y una

opción evangélica y radical por los pobres. Sin embargo necesitábamos rehacer la opción por los pobres para ser la Iglesia que queremos ser desde nuestra fundación como lo expresó Juan XXIII, la Iglesia de todos, pero especialmente la Iglesia de los pobres (Juan XXIII, Mensaje radiofónico del 11 de septiembre de 1962). Comenzamos así nuestra reflexión y meditación. Como presidente que fui de la Comisión que trabajó para la Opción Preferencial por los Pobres, en Puebla, he querido mantener siempre los compromisos y la palabra que empeñamos entonces, basados en el Evangelio. Esto lo recordaba yo hace unos días, en la homilía del 17 de diciembre.

Al final, los obispos y el Papa nos urgieron y nos impulsaron a trabajar con los pobres para que, promovidos fueran en la Iglesia signo de autenticidad evangélica (1130-1145). Por eso, porque también quienes en Oaxaca no son pobres sentían la misma interrelación a la conversión, publicamos la Carta "Evangelio y Bienes Temporales" para que quienes tienen recursos económicos y han podido construir no sin muchos esfuerzos la sociedad actual, pusieran su capacidad y aptitudes al servicio de los pobres y así construyeran la Nueva Civilización del Amor (Puebla 1188 y Mensaje a los Pueblos Latinoamericanos).

Ese es el testimonio que los pobres nos han dado en la Iglesia de Oaxaca. Y no estamos aún convertidos en la medida que se requiere, todavía tenemos dificultades porque nuestro proceso de conversión no acaba nunca se encuentran muchos obstáculos, no sólo desde las estructuras sociales de pecado, sino que también y son las dificultades más dolorosas, desde aquellas internas en las que el proceso de conversión hacia la presencia del Señor en los humildes lleva otros ritmos. Creo haber entrado en la entraña Oaxaqueña, y por eso doy testimonio delante del Señor Jesús de que aun estas dificultades serán sorteadas desde la vida de fe de los pobres en la Iglesia, si nosotros perseveramos con alegría en su servicio.

El día 17 de diciembre pasado en la Basílica de la Soledad, expuse el ideal que perseguimos en Oaxaca, y que pienso, —perdón por el atrevimiento—, debe ser meta ideal de la Iglesia Universal: Asumir en serio la opción preferencial por los pobres y hacerla operativa de acuerdo al Evangelio proclamado por el Magisterio de la Iglesia. Nos dice el Papa Juan Pablo II en su Encíclica "Madre del Redentor": "No se puede separar la verdad de Dios que salva, de Dios que es fuente de todo don, de su amor preferencial por los pobres" (RM 37). Es una verdad revelada y proclamada por el Magisterio Pontificio. No nace de circunstancias coyunturales de pobreza, miseria o explotación, sino de las mismas fuentes evangélicas. ¡Seamos fieles al Evangelio!

La opción preferencial por los pobres, no exclusiva ni excluyente, sino solidaria, nace de la vida enseñanza y práctica de Jesús. Esta opción no es fruto principal de la

situación de pobreza que vive nuestro pueblo pobre, sino de la opción y práctica de Jesús por los humildes y sencillos. Quien no opta por el pobre, no opta por Jesús. Creo y opto por el pobre, porque creo en el Mesías de los Pobres, lema acuñado por el Pastor Universal de la Iglesia en su Encíclica "Madre del Redentor", 37.

La liberación que proclamamos no es fruto de una ideología ni de un sistema político colectivista, o de otro tipo, sino es la condición indispensable para que seamos libres y podamos decir: Yavé es nuestro Dios, y nosotros somos un nuevo pueblo, realizando la Alianza que hizo con él, para vivir en santidad y justicia.

El camino emprendido requiere seguir bebiendo en las frescas fuentes evangélicas y es irreversible. Queremos retomar y llevar a la práctica las palabras de Juan XXIII: "Frente a los países subdesarrollados, la Iglesia de todos, y particularmente la Iglesia de los pobres... las miserias de la vida social que gritan venganza delante de Dios: todo esto debe ser recordado y deplorado. Es deber de todo hombre, deber apremiante del cristiano, comparar lo superfluo con la medida de las necesidades de los otros y de vigilar bien para que la administración de los bienes creados sea puesta para provecho de todos".

Nadie está excluido de formar parte de la Iglesia de los pobres. Ellos los pobres, para que luchen por superarla y mantengan la pobreza de espíritu. Los que no son pobres y tienen legítimos bienes adquiridos para que se solidaricen con los pobres, vivan la pobreza de espíritu y por la solidaridad pongan al servicio de los pobres los bienes legítimamente adquiridos de acuerdo a la naturaleza de estos bienes, que tienen un destino común.

Esto requiere la lucha por la liberación, como liberación de las idolatrías del poder, el placer y del dinero. Es lucha contra las idolatrías, para que Yavé sea nuestro Dios y nosotros su Pueblo. La corona que hoy ofrezco en nombre de la Iglesia que peregrina en Oaxaca y en mi nombre, es la de seguir luchando por estos ideales, los que ya son en varios casos realidades.

Recíbelos, Madre, y que tus manos maternales los conviertan cada vez más en realidades para gloria de Dios, honor tuvo y bien de nuestra Iglesia Oaxaqueña. La gracia que te pido, es que intercedas para que se acaben en la Iglesia los conflictos y tensiones que se han hecho nacer contra la liberación cristiana. Que tu intercesión maternal haga que entendamos que el Señor Jesús y Tú son quienes vivieron radicalmente la pobreza y nos liberaron de la idolatría del poder, del dinero y del placer para ser auténticos hijos de Dios. Y a mí tu siervo, dame la fortaleza para no desfallecer. Ante Ti y mi pueblo renuevo el compromiso que tu ejemplo me ha inspirado. Bendícenos e intercede para que sea constante todo el tiempo que el Señor me conceda estar al frente de esta Arquidiócesis que amo con toda la fuerza de mi ser. Así sea.

Oaxaca, 18 enero 1989.

FELICITACION A D. BARTOLOME CARRASCO

¡Bienvenidos Señores Obispos a esta fiesta fraterna! Seame permitido dirigirme a Ustedes en general para evitar un tropiezo en el mosaico de sus cargos y dignidades.

Amigo, hermano, padre y pastor de nuestra Iglesia Diocesana, Bartolomé querido hoy convivimos alegres, saludamos a los amigos, reímos y comemos festejando al hermano mayor que celebra sus bodas de plata episcopales. En nombre del pueblo oaxaqueño, de los laicos comprometidos, de las casas religiosas y del presbiterio, recibe nuestro homenaje de gratitud, admiración y de filial adhesión.

Has llegado al otoño de tu vida. Y no hay otoño que no sea emocionante y dramático a la vez. Emocionante, porque Dios ha dispensado una buena cosecha a esta Iglesia local a través de tu ministerio. Es cierto que penosamente los frutos del post-concilio están tomando sazón, como es la forja de una nueva figura episcopal que en la búsqueda afanosa de fidelidad a Jesús y a su Iglesia, ha cobrado sencillez y compromiso. Ya no es el "Señor", administrador eclesiástico, policía o vigilante autoritario del cumplimiento de las leyes canónicas sino el hermano mayor bondadoso y comprensivo, respetuoso de la libertad, dispuesto al diálogo: en una palabra, un testimonio vivo de humanidad. Contigo no es la Iglesia para el obispo, sino el obispo para la Iglesia. Nos has recordado también que la casa de Dios no es la Iglesia sino el mundo y la Iglesia es sólo eso: la sirvienta, y una sirvienta no sirve en su

propia casa, sino en casa ajena. Desde esta vivencia diaria de amor a tu pueblo aprendiste a confiar en los laicos, en los religiosos y en los sacerdotes por mediocres, insignificantes y miserables que seamos. Esto es algo muy grande para nosotros, y lo llevaremos siempre en el corazón.

Otros frutos en ciernes ya anuncian un buen futuro: Descentralización de funciones para una mejor participación de todos; delegación de autoridad para ser corresponsables, brotes muy esperanzadores de nuevos ministerios acordes con las necesidades diocesanas, amplio espacio de colaboración a la mujer, al joven y al indígena, tan relegados de las tareas sociales y eclesiales, apoyo a los conatos de liturgia autóctona que asuma signos y valores de nuestras culturas, ejercicio de un Magisterio regional colegiado buscando hacer eco a la realidad de nuestros pueblos. Y enmarcando y fundamentando todo lo anterior, el anuncio integral del Evangelio que, por lo mismo, es noticia alegre para los pobres, a los que apasionadamente amas en el rostro de los indígenas y desposeídos. Amor que con insistencia has querido contagiarnos. Amor que será nuestra trinchera infranqueable.

¡Bendito sea Dios, el dador de los bienes! De Él y a través de ti está llegando la renovación a nuestra Iglesia que ciertamente es débil, enferma y pecadora, pero llena de esperanza. A esta renovación nos aferraremos tenazmente. . .

También la muerte es parte del otoño, como dijera poéticamente Miguel Ángel Flores:

"Escucha el paso silencioso del otoño que avanza sobre la corona de las frondas e imprime esquivas de fuego en las nevaduras de las hojas. Un río de viento anega la tarde y con leves sílabas se cubren las piedras de epitafios. . ."

Para dur la vida es preciso morir. El precio de los frutos son muchas hojas marchitas. Es el aspecto dramático del otoño que ya estás viviendo y que se intensificará a medida que avance la insolencia.

Hay oscuros presagios: de endurecimiento en el ámbito eclesial y extraeclesial, pues aunque se hable de democratización, al mismo tiempo se aprieta el puño para golpear. Empezarán a soplar vientos fríos que congelan iniciativas e inquietudes y los mecanismos de explotación y despojo aumentan unos y se alían otros.

Bartolomé, guardian de nuestra Iglesia: dales de comer a los lobos. Devorarán tu fama, desgarrarán tu alma, destruirán tus obras, hostilizarán a tus hijos y a tus hijas, desgarrarán tu alma, pero la Iglesia que amas, a la que estás dando tu vida, alcanzará su meta. Serás completamente desnudado, como dijera el Apóstol Pablo. "Los que vivimos en tiendas suspiramos angustiados, porque no queremos quitarnos lo que tenemos puesto, sino vestírnos encima, de modo que lo mortal quedara absorbido por la vida" (2a. Cor 5-4).

Quedate con nosotros, la tarde está cayendo. . . Todavía nos hace falta tu presencia para asistir los poderes de la noche. Nos has enseñado a no tener miedo, y si Dios está con nosotros y también nuestro Arzobispo Coadjutor se solidariza, como lo está haciendo, con este pueblo pobre que es su Iglesia, haremos nuestras las palabras del Apóstol: "nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan; estamos apurados, pero no desesperados; acosados, pero no abandonados; nos derriban pero no nos rematan. . ." (2a. Cor 4,8).

Al final no te dire una palabra tan desgastada y tan equivocada: Felicidades; aunque tú no la tengas lucha sin descanso y que Dios te bendiga.

Oaxaca, 18 enero 1989
Sergio Herrera, Pbro.





A PROPOSITO DE "LA ÚLTIMA TENTACION DE CRISTO"

José I. Glez. Faus
Profesor de Teología. Barcelona

INTRODUCCION: BALANCE DE UN ESCANDALO

Me siento mucho menos interesado en *La última tentación de Jesucristo* luego de haberla visto, que antes de verla. Temo que el ciudadano que entra en el cine con la idea de presenciar la última tentación, salga de allí con la sensación de haberse llevado "la última decepción".

Decepción con todo ese sector reaccionario del catolicismo, cuya agresividad y poco creyente inseguridad nos obligan a perder el tiempo con una película más, del montón, que habría pasado casi desapercibida de no haber recibido gratis toda esta torpe orquestación propagandística.

Decepción por otra parte con la película. Se le ha de reconocer la belleza de algunas pocas escenas, y un verismo ambiental que debe responder a la realidad mejor que tantas estampitas edulcoradas. Pero fuera de esto, lo mejor que puede decirse de ella es que haría mucho bien a todos los que se manifiestan contra ella sin haberla visto; pero dejará bastante fríos a quienes acuden tranquilamente (o sólo curiosamente) a verla.

Pero, como los lamentos no sirven para nada, será mejor aprovechar la circunstancia de la película para elaborar un poco más la siguiente tesis: *los verdaderos responsables "últimos" de este escándalo han sido, en el fondo, los fallos y*

las lagunas de la cristología preconiliar, en la que fueron educados muchos hombres de nuestra generación.

¿Por qué? Pues porque estas lagunas permiten que se filtre un determinado tipo de preguntas y que se obturen determinados elementos de respuesta, de tal modo que, al reaccionar contra los fallos del sistema, sigue uno prisionero dentro del mismo sistema. Este detalle (aparte de otros factores personales y culturales), hace posible la aparición de una obra como la de Scorsese, que es mediocre cristológicamente hablando, a pesar de la probabilísima excelente voluntad de su autor.

Y estos fallos y lagunas son, en mi opinión, los siguientes:

1. El ensombrecimiento de la verdadera *humanidad* de Jesús, que le hacía incomprendible y lejano a nosotros.

2. El olvido de la polarización del existir humano de Jesús por la noción del *Reinado de Dios*, la cual cambia no sólo nuestra idea de Dios sino nuestra experiencia de nosotros mismos como hombres.

3. La separación entre la vida de Jesús y su muerte, que desvalorizaba a aquélla y obligaba a buscar una *razón para su crucifixión* en la cólera misteriosa de un Dios aterrador.

4. El olvido de la que suele llamarse "pretensión" o autoridad de Jesús, que se manifiesta en su *lamada al seguimiento*, tan sugestiva como radical y desconcertante.

El primero de estos cuatro capítulos recoge un viejo dogma teológico demasiado olvidado por muchos cristianos de hoy. Los otros tres recogen verdades garantizadas por la investigación histórica moderna (esa investigación a la que muchos espiritualistas todavía desprecian sin matices como si fuera un peligro para la fe). Pero son verdades

que, aunque brotan del Evangelio, estaban demasiado oscurecidas en la cristología anterior al Vaticano II, la cual se hallaba en estos puntos "bajo mínimos". Y como suele decir el refrán: "aquellos polvos trajeron estos lodos"¹.

En el presente cuaderno queremos decir una palabra sobre cada uno de estos cuatro puntos, con ocasión de Scorsese pero olvidándonos de él, y tratando de componer una especie de "cristología mínima" o fundamental. Y además con la vehemente sospecha de que, si estos cuatro puntos hubiesen permanecido vivos en la predicación y en la transmisión de la fe, sería muchísimo más difícil que se produjeran fenómenos como el film de Scorsese, reactivos e impreparados a la vez.

Antes de comenzar la exposición, vamos a formular otra vez nuestros cuatro puntos, pero ahora de manera *positiva* y en forma de tesis a desarrollar:

1. El Jesús al que los cristianos confiesan como "el Hijo del Dios vivo" era plena y verdaderamente hombre como nosotros, "tentado en todo a semejanza nuestra, excluido el pecado" (Heb 4,15). Contra toda forma de docetismo, apolinarismo o monofisismo².

2. Jesús vivió polarizado por la idea del "Reino de Dios", que expresa una situación histórica en la que la paternidad de Dios se va haciendo transparente en la liberación y la comunión humanas. Toda la enseñanza, la praxis, la conciencia de misión y las opciones vitales de Jesús, sólo pueden ser entendidas desde este hilo conductor: "convertíos porque está cerca el Reino" (Mc 1,15).

3. Jesús murió porque los poderes religiosos y políticos de su época se sintieron amenazados por esa causa histórica del Reinado de Dios, y reaccionaron ante esa amenaza quitándole de en medio como blasfemo y agitador. Y cuando la explicación "expiatoria" de la muerte de Jesús se olvida de esta explicación histórica, se convierte simplemente en blasfema.

4. Jesús estaba tan experiencialmente convencido de la fuerza y la validez de su Causa, y de ser El mismo la personificación de esa Causa, que llamó en seguimiento suyo a todos los hombres. A unos quizá sólo mediante la exhortación a cambiar

de vida (Mc 1,15). Pero a otros mediante la invitación a seguirle, viviendo sólo para esa Causa del Reino, que era lo mismo que vivir para El, y que vivir para Dios.

I. HOMBRE COMO NOSOTROS, BUENO COMO DIOS

Karl Rahner solía decir que, si pudiéramos "abrir las cabezas" de los creyentes, para ver cómo creen en realidad, hallaríamos que muchos de ellos tienen una fe en Cristo inconscientemente monofisita. Es decir: una fe en la que la divinidad de Jesús se come a su humanidad, o le hace sombra.

¿Por qué y cómo suele producirse ese deslizamiento inconsciente? Probablemente se produce porque queremos pensar a Jesús, partiendo de su divinidad.

El inconveniente de partir de la divinidad de Jesús reside en que Dios es para nosotros un concepto omniabarcante. Por eso, una vez establecido que Jesús "es Dios", hay que devanarse mucho los sesos para ver cómo se encuentra algún espacio para que también sea hombre. Y debemos reconocer que es muy difícil encontrar tal espacio en plenitud. A lo más se le pondrá a ese Dios algún envoltorio o algunas "pegatinas", tomados de nuestro ser humano.

Una reacción desordenada contra este estado de cosas se refleja en la frecuencia con que surgen dos preguntas en casi todos los diálogos y charlas sobre Jesucristo. Una es la pregunta sobre la ignorancia de Jesús. La ignorancia es muy irremediablemente nuestra. Es el rasgo más expresivo de nuestra limitación, incluyendo en ella una cierta ignorancia sobre nosotros mismos. ¡Sin una dosis de ignorancia no hay vida humana ni decisión humana posibles! Pero si Dios lo sabe absolutamente todo, y Jesús -por eso mismo- lo sabía absolutamente todo, entonces el ser humano de Jesús no puede ser como el nuestro, ni hay posibilidades para una trayectoria verdaderamente humana en Jesús.

La otra es la pregunta por la sexualidad de Jesús. En realidad se trata ahí de una pregunta más amplia por la tentación en Jesús. El Nuevo Testamento es tajante al afirmar que Jesús fue "tentado en todo como nosotros menos en el pecado" (Heb 4,15). Esta frase, sin embargo, no nos autoriza a imaginar la tentación concreta de Jesús a partir de las tentaciones particulares de cada uno de nosotros. Pues en la tentación de cada hombre concreto intervienen, además de su condición humana, su temperamento y la historia particular de su libertad. Así, por ejemplo, la tentación del alcohol no será la misma en una persona sana que en un alcohólico. Pero ello no significa que éste sea más hombre que aquél: pues lo peculiar de su tentación proviene, más que de su condición humana, de la situación intrahumana en que él o las circunstancias le han colocado.

Cabe añadir además que, al concretar la pregunta por la tentación de Jesús, en la sexualidad, el hombre moderno está reconociendo implícitamente hasta qué punto su sexualidad es para él un problema, y no acaba de saber qué hacer con ella: si se decide a llamar a las cosas por su nombre, y reconoce lo injusto, lo desordenado, lo agresivo o lo egoísta de su sexualidad, entonces se asusta porque se siente condenado, y llamado a una autolimitación "imposible" para salir de esa condena. Pero si, por el contrario, "pacta" con su sexualidad y la canoniza tal cual, entra en un círculo engañoso que acaba llevándole a la frustración o a la banalidad. O dicho de manera más gráfica y más nuestra: si mala era la represión sexual de los hijos del franquismo, mala es también la frustración y dependencia sexual de los hijos de Milan Kundera (léase p. ej., *La Broma si no se entiende lo que estoy queriendo decir*). Este problema se agudiza además en situaciones culturales como la nuestra, en la que los hombres además en situaciones culturales como la nuestra, en la que los hombres además "vegetan" sin ninguna mística para la que vivir.

Ambos razonamientos no se hacen ver hasta qué punto puede haber una inconsciente proyección de la propia psicología en la manera concreta como se colorea la pregunta por la tentación de Jesús. Por eso, una cierta sobriedad imaginativa es muy recomendable en este punto. Pero, una vez hecha esta aclaración, hay que volver a subrayar que el tema de la tentación de Jesús es absolutamente cristológico, y está presente en estratos muy diversos del Nuevo Testamento (evangelios, carta a los Hebreos, etc).

Y tras esta digresión, volvamos a nuestra reflexión sobre la divinidad y la humanidad de Jesús.

Decíamos que es muy peligroso enfrentarse con Jesús partiendo de su divinidad. Los Apóstoles habían procedido exactamente al revés: llegaron a confesar que Jesús era el Hijo de Dios, a partir del encuentro humano con Él, y de la experiencia de que Jesús había sido un hombre como ellos. Experiencia que, en su tiempo, era todavía palpable y no admitía ni sombra de duda por lo reciente.

Lo desconcertante para los Apóstoles no son pues la ignorancia o la tentación en Jesús. Lo incomprendible era cómo con esas "dos manos", tan semejantes a las nuestras, Jesús había hecho de sí mismo un instrumento incondicional del Amor, y había pasado su vida "haciendo bien y ayudando a los que estaban mal" (Hch 10,38). Y cómo ese Amor y esa Bondad que Jesús parecía transparentar sin empañarlas, habían acabado produciendo la total desautorización de Jesús por los hombres: unos por blasfemo, otros por agitador político y otros por loco, todos acabaron echándole fuera. El motivo podía cambiar, pero el veredicto había sido el mismo.

A partir de ahí, y tras la experiencia de su Resurrección los Apóstoles fueron entendiendo no

sólo que Jesús "era Dios", sino también que Dios "es Amor", y no Poder o Fuerza o Perfección cerrada sobre sí misma y celosa de sí misma. Si Dios era así, podía quizás estar unido abriéndole espacio y posibilidades de humanidad. O en todo caso (así vaciándose de su modo divino de ser, al asumir la figura de la esclavitud humana" (cf Filipenses 2,6ss), o de "la carne de pecado" (cf Rom 8,3).

Pero comprender esto a fondo llevaba a afirmar que Jesús era Dios no sólo además de su ser hombre y por encima de su ser hombre, como si fuera una especie de "monstruo con dos cabezas", cada una de las cuales puede verse independientemente de la otra. Dios estaba más bien en el mismo ser hombre de Jesús. Pero no el Dios "poder" que convertiría a Jesús en una especie de "superman", sino el Dios Amor que hacía de Jesús el hombre "Bueno del todo como el Padre" (cf Mt 5,48). Quizás por esto, el título que más veces aparece en los evangelios en labios de Jesús, es el de *El Hombre* (en traducción literal: "Hijo del Hombre"), que le señala sólo como hombre, pero que expresa su divinidad al escribir ese ser hombre con mayúscula y con artículo determinado.

Es verdad que este modo de ver no puede expresarse correctamente con palabras abstractas. Si hablamos de "divinidad" y "humanidad" estamos manejando ya términos falsos, y será un falso problema el preguntarse cómo se armonizan entre sí mismos términos falsos. Pues la divinidad es una palabra sin sentido, ya que Dios no puede ser metido en un concepto abstracto, como hacemos los hombres cuando componemos la palabra "humanidad".

En este sentido, aquella fórmula clásica de los viejos catecismos ("una persona en dos naturalezas"), aunque es muy válida en su contexto histórico y como alternativa a las otras fórmulas que presentaban entonces las partes en litigio, es sumamente peligrosa hoy, cuando sólo se la aprende memorísticamente y se la repite mecánicamente. Pues al decir: "una sola persona que es divina" pensamos sin querer que Jesús no era persona humana y, con ello, falseamos su humanidad. Y al decir: "dos naturalezas divina y humana", imaginamos dos componentes del mismo orden y, por tanto, igualmente accesibles los dos. Es como si dijéramos: un solo tronco que

sostiene dos frutos, manzana y pera. Implícitamente estamos suponiendo que ambos tienen que ser visibles por sí mismos, si nos acercamos al árbol.

Por esta razón, algunos de los que se oponían a esa fórmula de la una persona y dos naturalezas (allá por el s. V), proponían como alternativa esta otra: "una única naturaleza de la Palabra de Dios, *humanizada*". Esta fórmula podría de hecho haber sido bien entendida. Pero en la práctica, derivó casi siempre en un olvido de la palabra subrayada. Se volvía a empezar por Dios, con lo que la atención se concentraba en lo divino de aquel ser, y su dimensión humana desaparecía insensiblemente, tragada o disuelta como una gotita de vino en el mar. Y por esta razón, precisamente para salvaguardar sin posible escapatoria de verdad humana de Jesús, la Iglesia prefirió la fórmula de "dos", es decir: prefirió asegurar lo humano de Jesús, aunque fuera hablando incorrectamente de Dios, que no hablar más correctamente de Dios, pero poniendo el peligro el ser hombre de Jesús. Esta actitud de la Iglesia antigua es, en mi opinión, modélica y obligatoria para las iglesias de todos los tiempos.

Y la razón para nosotros es esta: no hay que plantearse (como afirma Kazantzakis que se planteaba al escribir *La última tentación*), "cómo luchan la naturaleza humana y la divina", o cómo se compensan y se hacen sitio entre ellas. Hay que conocer lo mejor posible el ser hombre de Jesús, porque ese modo de ser hombre es el rostro de Dios, la mejor imagen o fotografía aproximada de lo que puede ser Dios, la revelación o "la Palabra" que expresa a Dios. Sin embargo, muchos eclesiásticos todavía temen que se hable demasiado o se atienda demasiado a la humanidad de Jesús, como si así peligrase su divinidad. Y no se dan cuenta de que -al contrario!- desatender lo humano de Jesús es el mejor camino de negarse el único acceso a su dimensión divina. Si luego estos eclesiásticos confiesan que Jesús "era Dios", esta palabra ya no tendrá el rostro del verdadero Dios, sino el rostro que ellos quieran ponerle proyectando sobre ella las ideas de cada cual sobre Dios. Y así Dios, en lugar de haberse revelado en Jesús, habrá sido sustituido por otras falsas imágenes de dios. Por eso, siempre que se dice "Jesús era Dios", hay que añadir: pero no un Dios sin rostro, al que se pueda

poner el rostro que a cada cual le convenga. Sino Dios con un rostro humano bien definido.

Por consiguiente, la verdadera contraposición para entender a Jesús no está entre los abstractos divinidad y humanidad, sino entre Amor y egoísmo. Pero esta contraposición arranca ya de nuestro mismo ser hombres, aunque -llevada hasta el fondo- pueda expresar también la dualidad entre Dios y el hombre.

De la teología a la película

Si ahora, a partir de lo dicho, miramos la película de Scorsese, nos sorprenderán en ella tres cosas:

- a) El Dios de Scorsese nunca tiene rostro humano.
- b) El Jesús de Scorsese no parece efectivamente Dios y hombre salvo unas veces "demasiado" hombre y otras "demasiado" Dios.
- c) Quizás por eso, Scorsese da la sensación de estar más obsesionado por Satanás que por Jesús. Y a la larga se pregunta uno si ese Dios de Scorsese no se define más bien a partir de lo satánico y de lo esotérico, que a partir de Jesús.

Digamos una palabra evocadora sobre cada uno de estos puntos.

a) En la película asistimos más bien a un Dios que lucha con el hombre que a un hombre que transparenta a Dios. Aunque Scorsese confiese la divinidad de Jesús, no confiesa a Jesús como rostro humano de Dios. Por eso el Dios de la película casi nunca tiene rostro humano. O no tiene rostro, o es abrasador. Cuando Jesús dice "yo soy Dios", añade expresamente: "os quemó". Casi parece como si, en la película, fuera Satanás quien le descubre a Jesús que él es Dios. Lo cual no es ilógico puesto que se trata de un Dios del miedo, de la amenaza y del castigo. Y además, de un castigo para esta vida. El terrible Dios del Bautista (una de las figuras menos logradas de la película) sigue siendo el Dios de Jesús: un Dios que le parece quedarle al hombre es que es dios del miedo puede ser "comprado" con la sangre humana.

b) Hablando técnicamente se podría decir que el Jesús de la película adolece de un cierto adopcionismo. Se llama así a una herejía condenada por la Iglesia, pero que es la reacción que suele producirse siempre que se siente la necesidad de recuperar la humanidad de Jesús. Para conseguir esa recuperación se recurre a decir que Jesús había sido primero hombre y luego divinizado por Dios. Aunque esta afirmación no sea cristiana, contiene algo que los cristianos olvidan muchas veces; y es que el hablar de "primero" y "luego" da cierta historicidad al ser de Jesús y, por eso, lo hace plenamente humano, puesto que ser hombre es siempre ser una historia: la historia de uno mismo.

Pero en la película, más que una "progresividad" y una historia en el ser y en la conciencia de Jesús, encontramos dos momentos demasiado contrapuestos: un Jesús sólo in-

deciso, sólo dudoso, sólo culpabilizado, para a ser un Jesús cuya misma seguridad le vuelve violento. Y es una seguridad tan incomprensible humanamente como para pedirle a Judas que le entregue para así morir crucificado. Al principio es tan "demasiado humano" que no interesa demasiado. Luego es tan "demasiado divino" que deja de interesar. Scorsese no ha sabido dar un desarrollo histórico a la posesión de Jesús por Dios. Sólo ha hecho que Dios se posea de él abruptamente en un momento dado.

c) Precisamente por eso, la película no despierta emoción religiosa sino más bien sólo extrañeza. No es película que llegue a los corazones (y menos aún que los cambie); y yo temo que está más cerca del diván del psicoanalista que del reclinatorio. Su autor parece conocer mucho mejor al demonio que a Dios, y temer a aquél mucho más de lo que se fia de Este. Y decir esto no es devaluar el enorme impacto que tiene el mal en el mundo. Es más bien recordar que Jesús había vivido su relación con Dios como una fe en la paternidad de su Padre, como un fiarse absoluto del Padre, que contrastaba con -y se veía contradicho por- la experiencia de la realidad, pero que era más fuerte que ésta (y llegó a serlo hasta en el momento supremo del total desamparo en la cruz). Mientras que el Jesús del Scorsese va a su misión sin haberse anegado nunca en la experiencia plenificante y letificante de la paternidad del Padre. Sólo "oye voces", para decirlo con una expresión de la película misma.

Todo este apartado toca un punto muy difícil de comprender, en el que la mente humana, siempre acaba patinando como las ruedas en la arena, y sin poder salir plenamente del misterio. La reflexión debe acabar en un silencio, no vacío pero sí asombrado. El silencio del hombre ante el Misterio de Dios, y del Dios que se acerca.

En cambio los puntos siguientes son mucho más concretos y de más fácil comprensión. Por eso es más de lamentar su ausencia, tanto en la película como en la cristología "tradicional" más reciente.

II. JESUS Y EL REINO DE DIOS

Desde el comienzo de su aparición pública Jesús se presenta anunciando el Reinado de Dios (cf Mc 1,15). Este Reino de "Dios no es de este mundo, pero está como latente y a punto de irrumpir en él, si los hombres quieren "cambiar de mentalidad" o cambiar de corazón (*metanoein*) para poder acogerlo.

En cada enemigo del hombre (en cada demonio) que es vencido, Jesús ve un signo del Reino que irrumpe. Sólo cuando el hombre se decide a pedir a Dios que "venga su Reino" puede atreverse también a llamar a Dios *Abbá* (Padre) como el mismo Jesús le llamaba. Jesús vive anunciando ese Reino, preparándolo, y escrutando la

realidad para explicar a las gentes por qué vericuetos misteriosos e imperceptibles y en qué condiciones se acerca el Reino. Su enseñanza comienza ininidad de veces así: el Reino de Dios se parece a...

El Reino de Dios es una situación en que los hombres son libres y hermanos. Libres porque liberados de todos los enemigos de lo humano (de todos los demonios y falsos poderes incluidos el pecado y la muerte). Y hermanos porque hijos todos de un mismo Padre. El encuentro del hombre con Dios, para Jesús, pasa por, o conduce necesariamente al Reinado de Dios; y sin estas condiciones no es encuentro con el verdadero Dios. Y el encuentro del hombre consigo mismo arranca de, o termina necesariamente en, el Reino de Dios. Esto lo expresa magníficamente un texto apócrifo atribuido a Jesús, y que dice así:

"Quién conozca a Dios encontrará el Reino porque conociéndole a El os conoceréis a la vez a vosotros mismos, y entenderéis que sois hijos del Padre y, a la vez, sabréis que sois ciudadanos del Reino. Vosotros sois la ciudad de Dios".

Curiosamente, encontrar a Dios es encontrar su Reino. Y encontrarse a sí mismo es saberse hijo del Padre de todos y, por eso, ciudadano de ese Reino. En esta causa para la que Jesús vive y por la que Jesús muere, se unifican lo divino y lo humano históricamente, igual que en el hombre Jesús se unifican personalmente.

Y de esta centralidad que tiene la noción de Reino, deriva para Jesús la parcialidad hacia los pobres y hacia todos los excluidos por la sociedad, los cuales no son, para Jesús "malditos de Dios" (como afirman todas las teologías políticas oficiales de ayer y de hoy), sino "ovejas perdidas", riquezas perdidas o hijos perdidos que el Padre debe recuperar (cf Lc 15). De ahí deriva también la hostilidad de Jesús contra la riqueza privada y contra el poder religioso. Porque la riqueza privada es contraria a la fraternidad del Reino; y el poder religioso es contrario a la paternidad de Dios. Por eso, los únicos que quedan definitivamente mal en los evangelios no son las prostitutas, ni los guerrilleros, ni los samaritanos, sino "los ricos" y los "sacerdotes y fariseos" (ambos mirados como colectivo social, y sin perjuicio de que también entre ellos pueda haber excepciones maravillosas.

porque también a ellos se dirige el mensaje de Reino). Y por eso, mirando la realidad histórica con los ojos de Jesús, hay que decir con él a todos los bienestantes: "los publicanos y las prostitutas irán al Reino por delante de vosotros" (Mt 21,31).

Sin esta óptica se vacían de contenido a la vez tanto el ser humano como el ser divino de Jesús.

El ser humano porque ya se ha dicho mil veces que "ser hombre es tener una razón para vivir". La psicología de un hombre se transforma cuando tiene una causa válida por la que vivir, que sea a la vez merecedora de una mística y donadora de un sentido. Esto es tan verdad que ha sido causa de que muchos hombres sacralicen falsas causas para poder vivir por ellas. Porque, sin algún proyecto de este tipo, el ser humano queda fijado a sí mismo, convirtiéndose en un pez que se muerde la cola. Y su propio interés volcado en sí mismo, acaba siendo como un cáncer que se come al organismo que lo sustenta.

Y el ser divino porque, sin esta óptica, Dios queda, como decíamos antes, vacío, formal, sin rostro. Y entonces uno puede apropiárselo inconscientemente, proyectando sobre Él su propio rostro, o el que le suministre su propio entorno social.

En resumen: podemos resumir este apartado diciendo que la trayectoria humana de Jesús está enmarcada por estas tres opciones de vida. Son opciones creyentes, cada una de las cuales se concreta y se verifica (es decir: se hace verdadera) en las anteriores.

- a) la opción por Dios como *Abbá* (como Padre).
- b) La opción por el hombre como hijo de Dios llamado a ser, por ello, humanamente libre.
- c) La opción por el pobre como hermano de todos los demás hombres. Y hermano preferido por ser el más necesitado.

Estas tres opciones describen el anuncio de que "el Reino de Dios está llegando hasta vosotros". Si ahora queremos traducir también la coletilla que añadía Jesús ("convertíos"), podremos añadir a estas tres una cuarta opción:

- d) La opción por el cambio de corazón. Es decir: porque las tres opciones anteriores sean

asumidas desde lo más profundo de la libertad del hombre, y no desde la superficie, por la fuerza, la seducción engañosa o la presión colectiva. Por eso, *para llevar a cabo su misión*, Jesús renunciará a ser elegido rey, renunciará a que Dios le baje de la cruz, y se niega a dar una prueba apabullante, que sea distinta del hecho de que "se anuncia el evangelio a los pobres" y de lo que ven los ojos cuando uno se decide a optar por los pobres y acercarse a ellos.

Las indecisiones de un Jesús sin causa

Si ahora desde esa óptica elemental, volvemos a la película de Scorsese *¿qué encontramos?* Yo me temo que dos piezas mal encajadas otra vez; primero un Jesús indeciso y culpabilizado, ajeno al Reino de Dios. Hasta el punto de que Judas, con su militancia zelote, tiene más proyecto de vida que Él. Y más parece ser Judas que el "llame" a Jesús, que no Jesús el que llama a Judas.

El autor podría decir que esos primeros episodios se refieren a lo que se llamó "vida oculta" de Jesús, de la cual no sabemos nada y en la que, por tanto, el novelista puede imaginar lo que quiera. Esto es verdad. Pero el crítico también puede analizar lo que ha imaginado el novelista, y preguntarse por qué lo ha imaginado así.

Y, con toda sencillez y sin ánimo de herir, uno puede lanzar la pregunta de hasta qué punto, desde los Estados Unidos donde se hizo la película (y, en general, también desde el Primer Mundo), se puede comprender y aceptar un proyecto como el del Reinado de Dios, cuyo universalismo y cuya parcialidad hacia los excluidos, nos obliga a poner en cuestión todos nuestros mundos particulares de privilegiados. Ya pasó la época en que los pintores dibujaban a Jesús con los vestidos de su tiempo y en los decorados de su mundo. Para poder retratar a Jesús, se convirtió en criterio hermenéutico obligatorio la necesidad de viajar hasta donde él había vivido, y de conocer históricamente la época en que vivió. Hoy es preciso dar un paso más: para poder pintar a Jesús no hay que conocer solamente su geografía y su historia. Es preciso además viajar hasta los condenados de la tierra a quienes él vino a llamar. Y esta clave hermenéutica es aún más decisiva que la anterior.

Quizá por la falta de ella, el Jesús de Scorsese no establece relación entre los individuos humanos y el Reinado de Dios, sino que se limita deliberadamente (e intimistamente) a aquellos por separado, diciéndole a Judas que "siempre habrá romanos". Luego, en cambio, Scorsese le vuelve más violento que amoroso, haciéndole repetir la escena de los mercaderes del Templo, y esta vez con cierto regodeo agresivo. Y no es que el amor no pueda tener a veces sus dosis de violencia (y los mismos evangelios testifican de esto en algún momento). Pero en la película da la impresión de que la violencia domina sobre el amor. Dios ha violentado a Jesús primero. Esto hace a Jesús ser violento con los otros. Y acaba pidiéndole que muera violentamente.

Sinceramente, uno no sabe si aquí se ha filtrado inadvertidamente algo de ese "inconsciente violento" del país más poderoso de la tierra. Un inconsciente que, sin querer, proyecta en Jesús el afán norteamericano por "castigar a

los malos" porque solo así se defiende el bien. ¿Estamos otra vez ante el trauma del Vietnam, aún no superado?

II. PERDON DE LOS PECADOS Y PASION DE JESUCRISTO

Es verdad que la vida de Jesús entregada hasta la muerte pesa más ante Dios que todo el pecado del mundo y de los hombres. En este sentido satisface por el pecado humano, y se convierte en una oferta incondicional e irreversible de perdón, por parte de Dios. Esto lo entendieron los Apóstoles en sus experiencias pascales, al percibir que la Resurrección de Jesús no era algo exclusivamente para El y que le alejara de todos nosotros, sino algo en lo que todos estamos implicados e incluidos y que, por eso, convierte a Jesús en "Primogénito" de todos los muertos y en "Cabeza" del nuevo cuerpo de la humanidad transfigurada, que la Iglesia debe anticipar. Así habla el Nuevo Testamento.

Pero esto no significa en modo alguno que Jesús tuviera que morir porque la ira incontenible de Dios exigía sangre inocente para satisfacerse. Jesús tuvo que morir por una necesidad histórica bien perceptible: su vida al servicio del Reino levantó una oleada incomprensible de conflictividad. Todos los poderes de este mundo experimentaron esa vida de Jesús como una auténtica amenaza. Y en una reacción ciega de autodefensa, se aliaron todos para acabar con Jesús.

De este modo, la clase alta saducea y los sumos sacerdotes alegaron que era blasfemo el anuncio de un Dios cuya realidad estaba medida por esa dimensión del Reino y de la Misericordia para con los de fuera.

Los zelotes consideraron blasfemo a un Dios que no se identificaba sin escrúpulos con los intereses sociopolíticos de Israel, incluso a través del odio y de la violencia.

Los fariseos sintieron que la radicalidad de Jesús amenazaba las difíciles conquistas obtenidas por ellos durante mucho tiempo. Y el pueblo sintió que el camino de la conversión del corazón era una amenaza para ellos, que deseaban el camino de una salvación fácil y de una "beneficiencia" más rentable...

En cuanto a los romanos, no sabemos si llegaron a percibir a Jesús como una amenaza para el Imperio o si, más sencillamente, realizaron su arbitraje entre Jesús y los judíos del modo más cómodo para sus intereses imperialistas (es decir: prefiriendo no malquistarse a los judíos, aun a costa de sacrificar a un inocente). No lo sabemos con seguridad porque existe la sospecha fundada de que los evangelistas, al predicar a Jesús en medio del imperio romano, hubiesen dulcificado la conducta de los romanos para congraciarse a sus oyentes.

En cualquier caso, lo que sí es cierto es que los poderes religiosos judíos temieron que la vida de Jesús fuese leída por los romanos como una amenaza política; y por eso decidieron que "es mejor que muera uno para que no perezca toda la nación" (Jn 11,50). De esta manera, pronunciarse en aquella época (y en todas las épocas)" era contraria a Dios y era contraria a la paz del imperio. Y Jesús fue condenado como blasfemo y como terrorista.

Y en esta condena había algo de verdad: Jesús es una blasfemia insoportable contra todos los dioses de este orden presente y es, por eso, una auténtica amenaza de subversión contra todo este orden presente. Su condena pretende ser la salvaguarda de este (des)orden establecido. Pero no hace más que poner de relieve la maldad del sistema: la maldad de todo el género humano en este mundo.

A los hombres nos es muy duro aceptar esta revelación. Por eso, a lo largo de la historia, los cristianos hemos ido buscando "culpables" sobre quienes descargar la muerte de Jesús. Uno de esos culpables fue durante cierto tiempo el pueblo judío, dando lugar al catastrófico antisemitismo de los cristianos. Otro de los culpables es Dios: Jesús no habría muerto porque nosotros lo quitamos de en medio, sino porque Dios reclamaba su muerte para satisfacerse, para descargar sobre él el castigo que tenía reservado para nosotros. A la anterior excusa monstruosa de "los judíos" que daba lugar al antisemitismo, sucedía ahora otra excusa más monstruosa de "la ira de Dios" que ha dado lugar a tantas formas de antiteísmo.

Y además, hay que notar cómo, con esta

explicación, se desvaloriza totalmente la vida humana de Jesús, de la que antes decíamos que es el rostro o la revelación de Dios para nosotros. Como de todas formas Jesús había de morir, y como esto era "lo único importante" de su existencia terrena porque es en el sufrimiento donde satisface por nosotros, la vida humana de Jesús se convierte en un simple "compás de espera", del que puede prescindirse en absoluto, y cuyos contenidos son absolutamente indiferentes. Algo de esto es lo que refleja el Jesús de Scorsese, diciéndole a Judas: denúnciame, porque tengo que ser matado. Esta evaporación de la vida humana de Jesús es un factor que, de rebote, conduce a la pérdida de la humanidad de Jesús -en aras de su divinidad- que comentábamos en el apartado 1.

De este modo se cierra un círculo perfectamente vicioso: lo que importa de Jesús no es su vida humana entregada hasta el derramamiento de sangre, sino sólo esa sangre derramada. Y la divinidad de Jesús no es el Amor que se transparenta en esa vida entregada sino sólo el factor multiplicador que hace que esa sangre derramada tenga un valor infinito y digno de Dios. A Dios sólo le complace el dolor. Y el dolor infinito le complace de una manera digna de El.

Más blasfema que la idea de una tentación sexual en Jesús, es la idea de ese Dios que necesita ver la sangre inocente para aplacar su ira. Y que esta idea no estaba ausente de muchas cristologías preconciarias, lo muestran estos dos textos tomados de la predicación cristiana:

¿Qué es lo que condenó a Jesús a una muerte tan atroz? ¿Fue Pilato? ¿Fueron los escribas y fariseos? No hermanos míos no. Fue la justicia divina que nunca quiso decir "basta", hasta que le vio expirar sobre ese suplicio. El Salvador bondadoso agonizaba colgado en el aire de tres clavos, derramaba lágrimas de sangre, sangraba por todas partes. Pero la justicia inexorable decía: "todavía no". Su tierna madre lloraba al pie de la cruz, sollozaban las pladosas mujeres, gemían todos los ángeles y espíritus bienaventurados ante tan cruel espectáculo. Pero la Justicia sin dejarse conmover repetía: "todavía no". Y no dijo "ya basta" hasta que no le vio exhalar el último suspiro. ¿Qué decís ahora hermanos míos? Si la Justicia divina ha tratado tan severamente al Unigénito del Padre sólo porque había tomado sobre sí nuestros pecados -o mejor: la sombra de nuestros pecados- ¿cómo nos tratará a nosotros que somos los verdaderos pecadores?

(San Leonardo de Porto-Maurizio. Sermón para misiones)

Lo más asombroso de este texto es que,

después de tan inaudita severidad, la muerte de Jesús no llega a satisfacer en realidad por nuestros pecados. Sólo nos da un ejemplo paradigmático de cómo nos tratará a nosotros la justicia de Dios, ya que así trató al Inocente al que más amaba. Esto mismo expresa el siguiente fragmento de un sermón del P Segneri:

La sangre de Jesucristo no debe haberse derramado en vano. Pero hay que saber que la primera finalidad de Jesucristo en su pasión fue satisfacer a la Justicia divina por las injurias que le habían hecho los hombres, y así acabar con el gran desorden que reinaba en el mundo, donde Dios sufría tan grandes ultrajes de todas partes, y no recibía de nadie una satisfacción digna de El y que respondiera a la Grandeza de su Majestad Soberana. Ahora bien: al haberse cumplido plenamente esta reparación de la gloria de un Dios ultrajado por sus criaturas, que era el fin primero y principal de la pasión de Jesucristo, se sigue que, aunque todos los hombres se condenasen, la sangre de Cristo no habría sido derramada en vano, sino que su fruto sería muy grande y de infinita gloria para la Majestad de Dios.

Con absoluta lógica cartesiana (aunque no bíblica) el autor, al haber aplicado a Dios unívocamente el concepto de reparación, ha acabado por distinguirlo del de perdón. De acuerdo con sus palabras Jesús muere por una exigencia de la Divinidad, pero no como salvación de la humanidad. Su muerte satisface a Dios pero no por eso nos reconcilia con El. Por eso la resurrección de Jesús está de más en todas estas cristologías. Es un premio debido a Jesús y una muestra de su divinidad. Pero no tiene nada que ver con nosotros ni con nuestra salvación. El Dios de estas cristologías es sólo "el Dios del miedo". Y esa imagen habita todavía las cabezas de muchos que dicen creer en El.

Los cristianos creemos -y debemos seguir proclamando- que Jesús murió "por nuestros pecados". Pero no porque estos pecados fueran "el pasivo" que Dios exigía lavar con sangre, sino porque fueron el agente que eliminó al Señor. Podemos decir que Jesús satisfizo por nosotros, pero no porque la ira de Dios exigiera esa satisfacción cruenta, sino porque el amor de Dios convirtió la misma mano que los hombres levantaban contra El en una mano acogedora de los hombres. Debemos decir que Jesús nos reconcilió con Dios, pero no porque Dios "le obligara" a pagar por nosotros, sino porque Jesús está tan solidariamente unido con nosotros que toda su vida entregada está puesta en nuestro haber. Debemos decir que "hemos sido salvados con su muerte"

pero no porque Dios sea un Dios sádico, que sólo se alegra en la muerte, sino porque no hay nada tan grande ni tan valioso (objetivamente hablando!) como el amor que no retrocede ni ante la persecución y la muerte, y si nosotros no somos capaces de llegar a tanto, no importa porque para eso Jesús llegó por nosotros.

Todo este lenguaje es inevitablemente aproximado y simbólico, como pasa siempre que el hombre intenta hablar de sus relaciones con Dios. Pero -en su inevitable analogía- es infinitamente más exacto que el otro lenguaje del Dios cruel. Para el Nuevo Testamento, Dios ha sido el autor único de nuestra salvación, nunca el obstáculo máximo para ella. Y los hombres somos el mayor obstáculo a nuestra propia salvación, no los deseosos de ella, pero impedidos de ella por un dios vengativo. Tanto que -también para el Nuevo Testamento- después de Jesús han desaparecido para siempre, y han quedado desenmascarados, todos los sacerdotes y los mediadores que "ofrecen a Dios sacrificios por los hombres". Sacrificios inútiles y que por eso habían de estar siendo repetidos constantemente. Ahora "de una vez para todas", la vida entregada de Jesús ha realizado aquello que todos los sacrificios y todos los sacerdotes antiguos no conseguían realizar: agradar a Dios.

Otra vez de la teología a la película

Que la película de Scorsese rezuma una especie de veneración pseudoreligiosa por el dolor y por la sangre, lo ponen de manifiesto aquellas palabras de Jesús a Judas: "I finally understand: the cross" (por fin lo entiendo: morir en cruz). El término de la conciencia de misión de Jesús no es el Reino ni la Paternidad de Dios (que a largo plazo pueden llevar hasta la entrega de la vida), sino que es inmediatamente la muerte cruenta. Esto mismo muestra la secuencia ridícula en que Jesús se arranca del pecho el corazón en medio de un chorro de sangre. Toda su fuerza parece residir en una virtud mágica de la sangre, que es algo muy distinto de esa fuerza divina de una mor que no retrocede ni ante la sangre. Pero los cristianos sólo creemos en esto segundo. No en aquello otro.

Y como el valor de la sangre ya lo explica todo, ocurre que Scorsese se queda sin explicación histórica de la cruz de Jesús. Por eso ha de recurrir a la absurda ficción de que Jesús, en su condición de carpintero, había fabricado cruces, para que así le remuerda la conciencia y la vengada de ahí la idea de la cruz. Pero en realidad, no hacía falta que a Jesús "le viniera" la idea de la cruz. Su vida llevaba ya a ella, sin necesidad de que se la impusieran otros.

Finalmente añadamos que valen también para este apartado todas las consideraciones sobre la violencia como factor inconscientemente estructurador de la cultura nor-

teamericana, que hemos sugerido en el apartado anterior. No es necesario repetirlas aquí, aunque aquí parecen encontrar su campo principal de aplicación, y una confirmación importante.

IV. A JESUS SOLO SE LE CONOCE SIGUIENDOLE

Desde el comienzo de su aparición, los oyentes de Jesús se extrañaban porque "hablaba con autoridad interior" y no como los sabios o las autoridades oficiales. Esta observación que repiten dos o tres veces los evangelios, tiene todos los visos de ser históricamente exacta.

Y esta "autoridad" de Jesús no siempre era halagadora para el auditorio. La conducta y las palabras de Jesús derriban infinidad de piezas sagradas de aquella estructura social. Jesús se desmarcó de la Ley (la sacrosanta Torah) de los judíos, tuvo conflictos con la institución del Templo (no meramente con los abusos económicos que pulularían en su alrededor, sino con esa "teología" que pretende disponer de Dios al tenerlo "encerrado" en un lugar santo, y que jerarquiza a los hombres según su proximidad a ese lugar). Resultó provocativo por su conducta con las mujeres que hacía saltar infinidad de tabús opresores; consideró que, al lado de la urgencia del Reinado de Dios, muchas de las prescripciones socioreligiosas de su sociedad eran futilidades de "muertos que entierran a sus muertos" (cf Lc 9,60); invitó a quienes querían seguirle a "sentarse a la mesa con publicanos" o a "vender cuanto tenían y entregarlo a los pobres"; parece que fue acusado de ser un "eunuco" porque no se le conocía mujer a pesar de su provocativa cercanía a todas las mujeres; supo sacar del fondo de muchas personas que se cercaron a él, una fuerza sorprendente que ellos desconocían -y que El llamaba fe- pero que se reveló capaz de devolver la salud psíquica a muchos desquiciados y a veces también la salud física a ciegos, cojos y sordos. Su voz penetrante llamaba "sepulcros blanqueados, guías de ciegos y exhibicionistas" a todas las autoridades religiosas (cf Mt 23), pero, al contacto con El, renacía la mujer en la prostituta, nacía el ser humano en los niños (tan poco importantes en aquella estructura social), y los hombres comenzaban a sentirse de veras hombres.

Cautivador y desconcertante a la vez, lo fue de una manera normal, en toda la estructura de su existir humano, y no en momentos aislados de par-

ticular exaltación. La gente decía, a la vez, que "nadie había hablado como El", pero que "quién iba a poder salvarse si las cosas eran así". Admiraban la fuerza de la convicción con que hablaba, pero se preguntaban de dónde le venía ésta, porque no había tenido estudios oficiales ni había sido discípulo de los grandes maestros del momento.

Pero si la conducta y la palabra de Jesús trastocaban infinidad de usos y normas y valores sacrosantos de su entorno sociorreligioso, también las personas particulares se veían provocadas o puestas del revés al entrar en contacto con El. Por lo general, los dolientes escuchaban esa palabra que es de las que más veces aparecen en los evangelios: "ten confianza". Otros eran invitados a convertirse y no pecar más. Pero los que se hallaban en situación más normal, oyeron otra palabra más impositiva y sin apelación posible: "sígueme". Antes de saber quién era ese Jesús, muchos de los suyos se vieron confrontados con esa invitación apremiante que brotaba de una irradiación extraña. Y curiosamente, muchos de ellos "dejadas todas las cosas le siguieron". Y aún hoy, antes que nada, Jesús parece ser "el desconocido que dice Sígueme" (A. Schweitzer).

No puede haber reflexión cristológica neutra, que pretenda no haber tomado partido ante este "Sígueme". Si ha tomado partido positivamente, los resultados del estudio se vuelven relativos porque aquella persona, con palabras del propio Jesús a alguien que no era de los suyos, "no estará lejos del Reino de Dios". Pero si la reflexión intenta escabullir esta pregunta, ya habrá desconocido decisivamente a Jesús, aunque luego el investigador trabaje mucho y bien sobre infinidad de datos "objetivos", como los envolvieron. Las informaciones que este tipo de estudios generan, sirven para poco *cristológicamente* hablando. O, con otras palabras: no se puede prescindir del rasgo de que Aquel mismo -¡exactamente el mismo!- que decía "todo el que no está contra vosotros está con vosotros", y que ponía en práctica esa norma dejando que otros "echaran demonios en su nombre aunque no fuesen de los suyos" (cfr Mc 9,37), ese hombre tan tolerante era el mismo que decía: "quien no está conmigo está contra mí".

Irradiación y desconcierto. Llamada interior que respondía a la llamada exterior de Jesús, pero vértigo porque se veía uno llevado quizás a donde,

no tenía fuerzas para ir. Ambos polos ponen en marcha un proceso, cuyo balance es aquella pregunta siempre pendiente: ¿quién es este hombre? ¿De donde brota esa convicción que le mueve?

Y esta pregunta no hace más que agrandarse ante el final fracasado de Jesús. Pero esa pregunta es su legado histórico y, sin pasar por ella, no hay modo de acercarse a El.

El Jesús de Scorsese carece de autoridad

La cristología escolar anterior al Vaticano II olvidó muchas veces este acceso a Jesús, quizás llevada por un afán medio noble y medio polémico de convencer. Creyó que le tenía suficientemente conocido y asegurado llamándolo "Dios", y pretendiendo conocer al margen de Jesús lo que quería decir esta palabra "Dios". De este modo quizá creyó también que podía inmunizarse para no quedar expuesta al imperativo de seguimiento y a la perpetua desinstalación que provoca Jesús. Y de este modo, muchas veces, aun hablando de El, paso de largo ante El.

Y este pasar de largo se refleja también en el Jesús de la película que dió origen a estas páginas. El Jesús de Scorsese no "llama" a nadie. No ofrece seguridad alguna profunda. No tiene en realidad nada que comunicar, salvo en algunos momentos aislados (y a veces bastante bien filmados), pero que parecen ser chispazos fugaces de exaltación que constituyen un paréntesis más que una estructura de su vida. Jesús casi sólo vive el individualismo de su propio problema personal. Esto es lo que lo mueve. Esto es Dios para El: la causa de su problema personal mucho más que la conciencia de ser un puente hacia los hombres. (Compárese esa imagen de Jesús con frases como Mt 5,48 y otras varias de los evangelios, en que Jesús empalma su experiencia de Dios con lo que dice sobre los hombres).

Y así, cuando cuaja en El una convicción, sólo es la convicción de que tiene que morir crucificado "para pagar". El mismo ángel/demonio de la escena de la tentación (que ya dijimos que no es propiamente tentación, sino una especie de delirio ante mortem), le dirá "ya has hecho bastante". Pero en Jesús no se trataba de El, ni de hacer El lo bastante. Sino que se trata de los hombres, y de los hombres desde la particular experiencia de Dios que Jesús tenía. Esto es lo que parece faltar en el planteamiento de la película. Y precisamente por ello, ese Jesús no irradiaba, no transforma. Sólo causa una extrañeza curiosa.

CONCLUSION

Lo que hemos pretendido hacer aquí no es una cristología, sino escasamente unas "líneas maestras" que, en mi opinión, deben enmarcar toda posible reflexión cristológica.

¿Por qué necesitamos tanto la humanidad de Jesús? Porque, al ser Rostro y Transparencia de Dios, se convierte para nosotros en interpelación

de Dios, en crítica a nuestras falsas imágenes de Dios y en Norte para el que vivir. Como interpelación de Dios, la cristología acaba en una llamada al seguimiento. Como crítica, la cristología liberta del dios del miedo, del dios de la fuerza y del dios maravillosista, milagrero o manipulable. Y como rostro de Dios, la cristología orienta la vida del hombre hacia el trabajo por esa situación en la que vayan resplandeciendo la fraternidad, la libertad y la filiación divina (o dignidad suprema) de los hombres, para que se cumpla la voluntad de Dios así en la tierra como en el cielo. Esa situación que Jesús llamó "Reino de Dios".

Luego de este marco queda casi todo por decir. No hemos hablado aquí de la Resurrección que es el Centro de la cristología. Ni de las diversas expresiones de la fe neotestamentaria, que habló del Hombre Definitivo, del Dios anonadado, del Liberador hecho maldición por nosotros, del único Señor de nuestras vidas, del Primogénito entre muchos hermanos, del Hijo de Dios, del único sacerdote posible, de la reconciliación de lo humano con lo Divino, de la recapitulación de todos los hombres en Jesucristo, de la Autocomunicación de Dios que había plantado su tienda entre nosotros, y de la aparición de la Bondad y la humanidad de Dios...

Todo eso y mucho más queda por hacer aquí.

Si ahora hemos de volver por última vez a Scorsese, un creyente deberá pensar antes que nada que esta es la ventaja decisiva de la fe: cuando me parece que alguien "trata mal" a Jesús no es lo mismo que si tratara mal a Sócrates, o a Gandhi o a Pablo Iglesias. Porque en estos últimos no podemos tener más que una fe humana. Y esta fe humana queda lógicamente afectada por el maltrato. En Jesús en cambio se nos invita a creer con una fe religiosa. Y quien de veras cree en Jesús con una fe religiosa, percibe claramente que ese maltrato de los hombres no puede afectar a Jesús. Y esto es lo que ha percibido la inmensa mayoría de los cristianos, que no ha considerado necesario sumarse a todas esas protestas, tan callejeras como minoritarias. Es algo así como si un hombre tira una piedra al cielo" no llegará hasta el cielo, y quizás acabe cayendo sobre él. Sólo la piedra que el hombre tira a otros hombres o a sí mismo, afecta dolorosamente a Dios. Y, por eso, hay causas

mucho más sagradas por las que manifestarse, y todavía más para un ciudadano del "imperio", que una foja o desenfocada película sobre Jesús.

Los profesionales tendemos a pensar que todo intento de reproducir a Jesús de Nazaret en una novela o película está de antemano condenado al fracaso: pues de lo que puede ser dicho no sabemos suficiente; y lo que creemos saber no es para ser contado en una película o novela, sino para ser vivido en esta realidad. El Jesús de Scorsese es por eso tan discutible como el de Zeffirelli, aunque este último se irritase con aquél, porque él era más conforme al sistema y menos reactivo que aquél. Pero seguramente que estos intentos son inevitables, porque es lógico que el artista quiera hablar de aquello que ama o le preocupa. Antes de Scorsese y Zeffirelli, también novelaron a Jesús Mauriac o Papini, o Kazantzakis, o Passolini o muchos otros. Y una vez que se ha producido el intento, y aunque haya fracasado, quizás lo pertinente y lo cristiano no será inculpar al autor, sino darle acogedoramente la mano y repetirle aquel adagio de los antiguos romanos: *in magnis voluisse satis est* (en las grandes empresas, ya es mucho haberlo intentado).

NOTAS

¹ Si alguien cree que exagero o soy muy duro en esta afirmación, le pediría que repasase cualquiera de los libros latinos que servían de texto en las clases de teología (como el de la BAC en España), buscando en ellos: a) que papel **teológico** juega la humanidad de Jesús; b) como se explica su muerte; y c) que presencia tienen en aquellos textos las categorías de Reino y el seguimiento.

² Estas tres palabras designan a tres de las primeras herejías cristológicas que la primitiva Iglesia rechazó con tanta decisión como resistencias.

Docetismo significa "aparentismo". Y da nombre a una corriente del s. I que sostenía que Jesús no había tenido un cuerpo material como el nuestro, sino sólo **aparente**. Razón: nuestra carne y nuestra materia son malas o indignas de Dios.

Apolinarismo viene de Apolinar, nombre del fundador de esta escuela del s. IV que defendía que Jesús había tenido un cuerpo como el nuestro, pero no una psicología como la nuestra. Razón: el espíritu de Dios suplía con creces y hacía innecesaria a la psicología humana.

Monofisismo significa "una sola naturaleza". Da nombre a unos herejes del s. V que sostenían que Jesús era un hombre como nosotros sólo si se le considera antes de su unión con Dios. Luego de ésta su humanidad desaparece en Dios, como una gota de vino se disuelve en la inmensidad del océano. La razón para esta forma de pensar ya se adivina: la infinita grandeza de Dios y la pequeñez del hombre.

Nota: Para completar este texto, sobre todo en trabajo de grupos, puede ayudar el artículo del mismo Autor: **Qué significa creer en Jesús de Nazaret** (en *La Teología de cada día*, Salamanca 1976, pp 13-26).

DIOS Y EL HOMBRE **II**

Como lo anunciamos en el número pasado presentamos ahora la segunda parte de nuestro Boletín sobre Dios y el hombre. Como el libro sobre TEOLOGIA Y PASTORAL DE LA TIERRA no nos llegó a tiempo, esperamos presentarlo en el próximo número.

JOSE COMBLIN, *El Espíritu Santo y la liberación*, Ediciones Paulinas, Colección Cristianismo y Sociedad, 7, Madrid, 1987, 247 pp.

Al presentar este libro resaltaría que estamos ante un aporte que puede ser extraordinariamente dinamizador. Su autor ya había comunicado sus ideas relativas al Espíritu Santo en su libro de 1982: **TIEMPO DE ACCION** Ensayo sobre el Espíritu y la historia. Ahora ha logrado escanciarnos lo más central de sus aportes en menos de la mitad de páginas que el gran ensayo. Y quizás la visión resulta ahora teológicamente más completa y sencilla.

La tesis histórico-teológica de Comblin diría aproximadamente lo siguiente: la gran novedad de nuestra época, a partir de Vaticano II, es la experiencia del Espíritu Santo. Es una novedad en la que apenas estamos entrando. Su signo mayor no es el movimiento de renovación carismática -aunque en éste hay aspectos importantes y muy positivos, unidos a ambigüedades-, sino la Iglesia pobre y de los pobres. "La vuelta de las Iglesias a los pobres va acompañada de una renovación de la conciencia del Espíritu Santo. La teología tradicional decía que los fenómenos espirituales de los primeros tiempos habían desaparecido porque

ya no eran necesarios: la fuerza de la Iglesia los hacía innecesarios para confirmar la fe de los fieles. ¿No habrá sido más bien lo contrario? ¿No habrá sido la fuerza (humana) de las Iglesias la que ha cerrado las puertas al Espíritu y a sus dones? ¿No será normal que la Iglesia recupere los dones del Espíritu Santo en el momento en que deja de confiar en su fuerza económica, política, social y cultural para ser de nuevo una Iglesia pobre, de gente pobre?" (p.10).

El libro está dividido en 6 partes: 1/ La experiencia del Espíritu Santo. 2/ El Espíritu Santo en el mundo (sobre la misión y la historia). 3/ El Espíritu Santo en la Iglesia. 4/ El Espíritu Santo en las personas (sobre la espiritualidad). 5/ Las dos manos de Dios (sobre el Espíritu y Cristo). 6/ El Espíritu Santo y la Trinidad.

Del capítulo primero -que presenta una amplia pneumatología en la historia bíblica y en la historia de la Iglesia- resaltaré dos cosas: 1/ la provocativa afirmación de que desde fines del siglo segundo el Espíritu ha quedado marginado en la teología y en la vida, reduciendo el Espíritu a la Iglesia y masculinizándolo; y de que el desafío del ateísmo moderno no podrá afrontarse sin una recuperación radical de la experiencia del Espíritu. 2/ La riquísima descripción que hace Comblin de la experiencia del Espíritu en América Latina como experiencia de acción, de libertad, de palabra, de comunidad y de vida.

"El Espíritu en el mundo" nos presenta al Espíritu trabajando toda la realidad hacia el Reino, el hombre nuevo y la resurrección, en los procesos mismos de la historia, especialmente desde los pobres y la acción liberadora. Esta perspectiva es la superación radical de todo eclesiocentrismo.

"El Espíritu en la Iglesia" ofrece una dinamización de la comunidad cristiana en su esencia, oficios y ministerios desde el Espíritu inmanipulable.

"El Espíritu en las personas" ilumina el reto de la nueva espiritualidad liberadora. De ahí resalto el siguiente texto, entre muchos otros iluminadores: "Se trata de crear un nuevo modelo partiendo de la ruina de los anteriores. Por eso las mayores personalidades de la Iglesia latinoamericana dan impresión de creatividad y de invención (... El signo de la presencia del Espíritu es la aceptación de la búsqueda en las tinieblas y en la inseguridad, la fidelidad cuando no se sabe el rumbo con certeza, la perseverancia confiada. Al final aparecen personalidades fuertes, iluminadoras, que irradian la presencia de Cristo y aparecen como nuevos Cristos en medio del pueblo. Las noches famosas se viven en medio de las luchas de liberación y de los nuevos desafíos con que todos nos encontramos" (pp.168-9).

"Las dos manos de Dios" nos presentan la superación del cristomonismo sobre todo occidental, a partir de la famosa imagen de San Ireneo que habla de Cristo y el Espíritu como las dos manos de Dios.

En "El Espíritu y la Trinidad" sintetiza con gran madurez y sencillez las perspectivas dogmáticas y contemplativas más hondas de la gran tradición: la cuestión del Filioque, el Espíritu como amor, como don y como vida.

A pesar de la amplitud de la temática se trata de un libro de lectura fácil, que no sólo puede servir como un buen texto para los cursos sobre Dios, sino también para una muy nutricia y dinamizante lectura espiritual.

(Javier Jiménez L).

A. TORRES QUEIRUGA *Creo en Dios Padre. El Dios de Jesús como afirmación plena del hombre*, Col. Presencia teológica, Sal Terrae.

Conforme acertadamente dice el prólogo, el autor asume un talante dialógico con la cultura y sensibilidad actuales y, desde la común defensa del hombre, lucha contra las falsas imágenes de Dios que tienden a asfixiarlo y contra los fracasos de la ilustración que lo encadenan de nuevo.

I. En esta primera parte, el autor invita a la sensibilidad actual a considerar los aportes positivos (y negativos) que tanto el ateísmo como el cristianis-

mo han aportado a la humanidad, desde la común plataforma de la afirmación del hombre como mutuo interés de ambos. Sin simplismos, pretende abrirse a la comprensión del otro y aportar la propia visión cristiana del hombre.

Con esto logra provocar la autoconciencia histórica que, tanto en la teoría como en la experiencia, evidencia un choque de paradigmas desde donde la modernidad exigía la autonomía del hombre, reivindicándosela a una religión que aparecía como *indisolublemente vinculada a un marco pasado y autoritario*.

El terreno de encuentro y diálogo se encuentra en la común intención de la afirmación del hombre; lo mejor del ateísmo está en que niega la negación de las posibilidades del hombre, en tanto que el cristianismo ofrece la afirmación radical del hombre desde la experiencia misma de Jesús de Nazaret; para afianzar este punto de partida no queda más que reconocer el fracaso de la ilustración y remontar las aspiraciones primeras.

II. Después de esta plataforma general inicial, el autor desarrolla aquí el aspecto particular de la autonomía social; para ello nos ofrece un breve y sintético recorrido histórico

La constitución de la sociedad burguesa partió de la honda inquietud y del esfuerzo continuado por universalizar la sociedad; su fracaso llevó a cambiar de manos la particularización de la sociedad

En este proceso, la imagen de Dios permaneció incólume, sin ajustar paradigmas; en consecuencia, no hubo renovación institucional ni teológica que, al ritmo de los tiempos, pudiera afrontar una crítica suficientemente lúcida; por el contrario, el rechazo a lo nuevo facilitó ser presa de la ideología burguesa que acabó, de todos modos, por imponerse.

Toca ahora instaurarse en una *dialéctica del mucho más*, que retome las líneas fundamentales de la conciencia occidental (razón crítica y libertad emancipadora) desde la aspiración original que hizo nacer el movimiento social y el espíritu profético que animó al cristianismo, es decir, desde el Dios de Jesús y la opción por los pobres como universalidad real.

III. En una perspectiva creyente, la radicalidad cristiana queda expresada en la afirmación *Creo en Dios Padre*. Desde la experiencia del Dios de Jesús, el autor enfrenta las preguntas y objeciones en cuanto al reconocimiento de Dios en el mundo moderno.

Para ello analiza el símbolo clave de Dios como Padre, hasta llegar a la revelación que del Padre nos hace Jesús: como amor que protege y promueve, como el que entrega a la propia responsabilidad de lo real pero sigue atento a la llamada del amor.

IV. La afirmación de un Dios Padre así tiene que salvar el escollo del problema del mal en el mundo: argumento del ateísmo y dolorosa espina para el creyente.

Tras analizar los prejuicios en nuestra conciencia, el autor nos va llevando a la revelación de Dios como anti-mal en la acción y destino de Jesús. Dios quiere y puede vencer el mal y ya lo ha hecho en la totalidad de lo real.

Queda entonces el escollo de la salvación en la historia; es inherente a la conciencia finita el ir llegando a ser lo que está llamada a ser; Dios respeta el tiempo y la necesaria pedagogía en la creatura, y esto lo hace presionando con su gracia y solidarizándose con el sufrimiento por las fisuras del mal.

Mientras tanto, queda en nuestras manos el compromiso: *que Dios no quiere el mal lo tiene que demostrar la actitud de los cristianos; que Dios puede vencerlo es algo que toca a nuestra praxis anticiparlo en los signos concretos de liberación.*

V. Finalmente, el ateísmo no depende sólo de la coherencia y testimonio de los cristianos; su posibilidad es autónoma, relacionada con uno de los rostros del mal.

Ante el ateísmo, al cristiano le toca comprender y poner enfrente lo mejor de la oferta cristiana; ante el desencantamiento de la modernidad y sus consecuencias, el cristiano tiene que remontar, en sí mismo y para otros, la recuperación del rostro liberador de Dios.

Más que pruebas de la existencia de Dios, el cristiano puede ayudar a que el ateo reconozca al Dios que ya está viendo (de manera semejante al método mayéutico) así como sumar a los diversos aspectos con los que se mira una realidad, el aspecto religioso (su *blick* particular); con ello el cristiano no suma algo a la realidad; simplemente descubre la presencia de Dios en ella.

A través de este reconocimiento, el cristiano debe proclamar la alegría de la salvación cristiana, apoyado en tres ejes fundamentales: el carácter puro y exclusivamente liberador del proyecto cristiano, la radicalidad de la autonomía humana en la que Dios es solidario - aun en el dolor- y la mostración efectiva del carácter liberador de Dios en la liberación socio-histórica del hombre.

En este recorrido, el autor logra implantar una plataforma accesible para el diálogo con el ateísmo; pero su finalidad no es hacia afuera del creyente sino que, al mismo tiempo y con gran delicadeza, toca las llagas abiertas en el interior de los creyentes debidas a las fricciones y choques del paso de una fe vivida en la modernidad a su ensanchamiento en la perspectiva de la liberación. La lectura del libro y su propuesta aportan mucho a la eliminación de ambigüedades en aquellos que han ido evolucionando hacia una fe crecientemente evangélica y una praxis crecientemente comprometida; de igual manera, por su serena comprensión crítica de la fe *burguesa*, constituye una prudente y atenta invitación para que muchos den el paso hacia una fe más comprometida que apueste verdaderamente por el hombre.

La disposición del autor, la solidez de lo propuesto y la sencillez en la manera de proponerlo facilitan una lectura orante y reflexiva que, sin dificultad, nos lleva a hacer presentes, sin estridencias, a muchos interlocutores. Con esto queda bien asentada la plataforma dialógica pretendida.

(Carlos Cervantes sj)

PEDRO TRIGO, *Creación e historia en el proceso de liberación*, Col. Cristianismo y Sociedad 13, Ediciones Paulinas, Madrid, 1988, 358 pp.

No dudo en presentar este volumen como una

de las obras más importantes y novedosas de la actual producción teológica latinoamericana.

La razón de esta afirmación -que puede parecer excesiva- es la siguiente: en este libro se afrontan con gran sensibilidad histórica y con gran hondura teológica algunas de las principales cuestiones disputadas (o que habrían de discutirse) del actual proceso latinoamericano de liberación.

Trigo opta desde el principio por "no escribir un nuevo tratado que recogiera lo más substancial de la doctrina de la creación desde el método escolar" (p.8). Pues reconoce que hay varios buenos tratados de ese estilo. Trigo más bien parte de cuestiones y articula la temática a través de ellas, pues está convencido de que "desde la correcta interpretación de los signos de los tiempos se abre la puerta para recibir la revelación como totalidad; y de que sólo desde el encuentro creyente con el Señor de la historia en el hoy de la historia de la salvación puede asumirse ésta como globalidad" (p.9).

El libro está articulado en 6 capítulos: 1/ Creación en la historia. 2/ Del horizonte del caos-cosmos a la fe en la creación. 3/ El mal en la creación. 4/ Naturaleza y creación. 5/ Vida e historia. 6/ La persona y su valor.

Imposible sintetizarlos todos ellos en una breve recensión; pues se trata de una teología enormemente viva y compleja en la que su autor va combinando la problemática y la experiencia actual sobre todo en la iglesia liberadora de los pobres con una relectura muy creadora de las grandes tradiciones bíblicas y eclesiales. Entonces me reduciré a presentar tres ejemplos sacados de los capítulos 1, 4 y 5, para invitar así a la lectura y el estudio de este libro.

Nuestro primer ejemplo se refiere al tema de la violencia. Encuadrada la cuestión en el gran horizonte de la creación de Dios no como algo del pasado sino como acción presente del Dios de la Vida, nos presenta entre otras las siguientes reflexiones acerca de la violencia: "Si Dios es el que como don personal da su sol y manda su lluvia al justo para consolidarlo en su camino y al que obra el mal para vencer su maldad a fuerza del bien paciente, respetuoso y personalizado, y si en eso consiste ser creador, vivir de esa fe, estar en él,

consistiría de un modo correspondiente, en obrar de la misma manera(...) Esto hoy entraña en A.L. una proposición histórica que de buenas a primeras desafía toda lógica, pero que, lejos de construir una mera utopía, está llamada a hacer historia. En presencia de la agresión en todos los niveles de la existencia, se trata de optar de un modo integral por la vida. También, y de un modo necesario, por las fuerzas de la vida. Pero únicamente por las fuerzas de la vida, no por las de la muerte. En definitiva se trata de descartar poco a poco y radicalmente de nuestro horizonte vital la violencia que acaba dando muerte. (...) No por un principio abstracto (...) "El cristiano no es simplemente pacifista porque es capaz de combatir. Pero prefiere la paz a la guerra" (Medellín 2,15). Tal vez es lo que se ha decantado en estos años de violencia institucionalizada, de violencia revolucionaria y de contrainsurgencia y guerra sucia represiva. Lo de "la espiral de la violencia" no es una frase hueca, sino una terrible experiencia. Tal vez a través de este inmenso océano de dolor irreparable (cf Mt 2,17-18) se nos ha revelado un poco más el rostro de nuestro creador en la historia. Estamos aprendiendo que si él es el creador no puede descreer, porque no puede negarse a sí mismo (2Tim 2,13). Y la forma radical de descreer es matar. El no tiene ese poder porque ése no es un poder encaminado a la vida. Entonces dar muerte no es un hecho que pueda sacralizarse. Es siempre un mal, aunque sea en legítima defensa de una persona inocente o de todo un pueblo. Pudiera ser un mal necesario, si por nuestros instintos atávicos y falta de capacidad para arbitrar alternativas no encontramos otro medio para impedir un mal mayor. Pero cada vez vemos más difícil caracterizar como mal menor una muerte, y mucho menos una guerra, y de ningún modo ya el asesinato llevado a cabo por las autoridades y la tortura. Reafirmando que la guerra imperialista y la represión contra el pueblo son crímenes no sólo de lesa humanidad sino pecados, es decir crímenes de lesa divinidad, también vamos llegando a la conclusión de que son un mal las guerras de liberación. Por eso las que existen como mal menor deben ser vividas con mala conciencia; no con angustia psicológica, sino con espíritu de penitencia. Y no pueden engendrar ninguna glorificación ni legitimidad.(...) Muchos años nos va a llevar sembrar en nuestra historia y en nuestros corazones este nuevo clima. Sin una gran dosis de violencia de vida no será posible barrer esta violencia que acaba matando. (...)" (pp. 48-50).

Nuestro segundo ejemplo se refiere a la cuestión de el Estado. Enmarcado en el tema de la naturaleza y la creación, muestra cómo la fe bíblica siempre se enfrentó contra la tentación pagana de la divinización del Estado. Y presenta entre otras las siguientes reflexiones: "En el fondo de la cristiana relativización del poder y de la tendencia a la participación política anida una concepción del poder político: éste no sería una instancia poderosísima contrapuesta a cada ciudadano aislado, sino lo menos distinta posible de los ciudadanos concretos pertenecientes a una extensísima red de comunidades primarias y de asociaciones de interés común. El ideal sería que la frase de Luis XIV 'el Estado soy yo' la pudiera asumir cada ciudadano con creciente realismo en cuanto a la dirección y control del aparato burocrático, ya que no en cuanto a su manejo técnico. Esto se podría conseguir tanto mejor cuanto más se prive al Estado de su condición absoluta y mesiánica y se lo reduzca a sus dimensiones y a su papel de servicio eficaz en la organización de la convivencia ciudadana (...) Muchos, aun en la situación deformada imperante, tratan de inducir modificaciones graduales en la dirección del fortalecimiento de la sociedad civil y la búsqueda de justicia y participación. Pero no parece nada fácil ni siquiera imaginar un Estado como expresión segunda de los lazos primarios que entablan las personas y que las constituyen. Y, sin embargo, desde el punto de vista de la creación es ésta una pretensión indeclinable. Porque la absolutización

del Estado se lleva a cabo a costa de la instrumentalización de las personas. Y porque, como subraya el Apocalipsis (c.13), el Estado absolutizado se convierte en un poder bestial, los gobernantes en fieras y los ciudadanos en el rebaño marcado por el hierro de la bestia (...) Así pues, los cristianos no podemos resignarnos a la paganización del Estado como si fuera un hecho fatal" (193-6).

Nuestro tercer ejemplo se refiere a todo el capítulo quinto, que relaciona vida e historia. Se trata de una meditación históricoteológica muy honda y completamente enraizada en las prácticas populares de vida y liberación. Imposible también sintetizarla aquí. Baste sugerir que toda la amplia problemática es iluminada desde el binomio bíblico: bendición y llamada. La vida, incluso la actual, es siempre una bendición que hay que acoger y celebrar, compartir y agradecer; y al mismo tiempo es una llamada al discernimiento y la acción históricos, a la práctica liberadora, marcada tantas veces por las señales de la cruz, y la esperanza en la resurrección, en la nueva creación. (Cfrs. pp. 221-300).

A través de estos ejemplos quisiera incitar al estudio de una obra difícil, pero que afronta con valentía y hondura estas y otras cuestiones ligadas a la vida y liberación del pueblo y a la fuerza del fermento evangélico.

(Javier Jiménez L.)

